The Library
of the
University of North Carolina

Endowed by The Dialectic
and
Philanthropic Societies

863
L86h

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00025247938

This BOOK may be kept out *TWO WEEKS ONLY,* and is subject to a fine of FIVE CENTS a day thereafter. It was taken out on the day indicated below:

23 Mr'25
6 Ag'25
22 Ag'26
27 Nov '32 C
23 Sep'39 V

Digitized by the Internet Archive
in 2024 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/unhombrevistopor00lpez

UN HOMBRE VISTO POR DENTRO

OBRAS DE RAFAEL LÓPEZ DE HARO

NOVELAS DE LA VIDA

En un lugar de la Mancha.
Dominadoras.
Batalla de odios.
La novela del honor.
Poseída.
El país de los medianos.
Muera el señorito.
Los nietos de los celtas.
El más grande amor.
Un hombre solo.
¿Y después?
Pero el amor se va.
Todos los amores.
Un hombre visto por dentro.

NOVELAS DE LAS ALMAS

Sirena.
Ante el Cristo de Limpias.

NOVELAS DE LA CARNE

El salto de la novia.
Floración.
Entre todas las mujeres.
La imposible.
Las sensaciones de Julia.
La Venus miente.
Fuego en las entrañas.

NOVELAS CORTAS

Del Tajo en la ribera (El Cuento Semanal).
Vulgaridad (ídem).
El caso del doctor Iturbe (El Libro Popular).
El amor de Doria (ídem).
El amor, la codicia y la muerte (ídem).
La mujer de los dos (ídem).
Eleonora (El Cuento Galante).
La hija del mar (La Novela de Bolsillo).
El beso supremo (ídem).
Meg, la frívola (Almanaque Amor).
Nora, la intrépida (Los Contemporáneos).
La mirada del ciego (ídem).
Espejo de paraísos (ídem).
La cueva de las ideas (ídem).
La inmolada (ídem).
La novela de un viaje (ídem).
Corresponsal de guerra (La Novela Corta).
El triunfo de la sangre (ídem).
Coqueta (ídem).
¿Quién manda? (ídem).
El principio primero.
Doña Rosario (La Novela Corta).
Nela (ídem).
La monja de cera. (La Novela Semanal).
La Condesa Ofidia (ídem).
Los ojos verdes de Otilia (La Novela de Hoy).
Coincidencia extraña (ídem).
Doble crimen (ídem).
El secreto de Hortensia (ídem).
Demasiado hermosa (La Novela de la Noche).

ESTUDIOS

Su majestad el individuo.

TEATRO

La zarabanda de las pasiones.

PQ6621
O74
H7
1924
PV 2-06

RAFAEL LOPEZ DE HARO

UN HOMBRE VISTO POR DENTRO

NOVELA

UNIVERSITY LIBRARY
UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL

EDITORIAL ATLÁNTIDA
MENDIZÁBAL, 42 — APARTÁDO 473
MADRID

Es propiedad del autor.
Copyright by Rafael López de Haro.

Sucesores de Rivadeneyra (S. A.).—Paseo de San Vicente, 20.—MADRID

PRÓLOGO

Rafael López de Haro es uno de nuestros primeros novelistas contemporáneos. Esta afirmación, no por axiomática menos necesaria, me viene, sin querer, a los puntos de la pluma recordando la variedad que ofrece la producción de este autor. Novelas de la carne, novelas de la vida o novelas de las almas, como él mismo las clasifica, es lo cierto que su labor no está exenta de contrastes y abundan las perspectivas y los atisbos profundos del analista de almas, del químico de los espíritus, del novelista psicólogo, aunque haya quien emplee este calificativo humorísticamente... ¡Bah! El humorismo es un arma que sucumbe a sí propia, porque ¿quién nos priva reírnos del humorismo y sonreírnos de los humoristas? Si ellos, los humoristas geniales, ante cu-

13330

yas cabriolas soy el primero en inclinarme admirativo, creen que eso de la psicología novelística se hace durmiendo, nosotros podemos decir que el humorismo es algo tan sutil y etéreo, que la mayoría de las veces no se percibe ni entre líneas, y así, por lo menos, al humorismo habremos respondido con humorismo.

Aunque no crea yo mucho en la exactitud de las clasificaciones que de su obra suelen hacer los novelistas, desde antes de Balzac, puesto que decir novela y decir vida es lo mismo, y las novelas, por lo tanto, son de la vida o no son novelas, salvo las de mundos fantásticos, que cada día son más raras, no está mal, como un recurso de distribución de trabajo o fichero ordenador, la clasificación que de su labor hace Rafael López de Haro.

López de Haro ha escrito esta novela, UN HOMBRE VISTO POR DENTRO, *y no sé si entrará en uno de los tres grupos señalados. Yo creo que no, a menos que se dé a la palabra vida su verdadero aspecto y significado biológico, en cuyo caso, sí, como ninguna, es* UN HOMBRE VISTO POR DENTRO *una novela de la vida, un novela biológica, hasta en el sentido científico de la palabra.*

Se diferencia mucho esta novela de todas las anteriores del autor. Yo creo sinceramente que este libro derivará la atención de alguna parte de la crítica, que hasta ahora nada nos dijo de este novelista original, ameno, vario y proteico. Claro que el crítico supremo, digan lo que digan los sacerdo-

tes de la palmeta, para los artistas y para los gobernantes, es el público, que si es injusto muchas veces por omisión, no lo es nunca por acción. Esto parecerá a los sabios y doctos una herejía... ¡Pero es tan grato a veces ser hereje y hasta iconoclasta!

López de Haro está ahora en la plenitud de su arte; se halla consagrado hace tiempo por el Gran Sacerdote—el público—, y no tiene por qué ni para qué adular los, a mi juicio, mal llamados gustos plebeyos. Por eso ha podido escribir UN HOMBRE VISTO POR DENTRO, *donde, después de maravillosos e interesantísimos análisis de almas, nos sorprende rompiendo el humano paquete,* viéndole por dentro, *hasta enseñarnos los más íntimos recovecos, y a la vez, las más científicas razones.*

Pero no vaya a creer el lector, por lo que llevo dicho, lo que yo creí cuando el autor me razonaba su novela, que la barruntaba rara y tal vez pesada, *digna de un profundo ensayista o de un sabio matemático. No. La novela de López de Haro es, ante todo y sobre todo, amena. La amenidad de este escritor culmina en* UN HOMBRE VISTO POR DENTRO. *De ahí, a mi juicio, su gran mérito: que une a la suprema amenidad y al máximo interés la suprema originalidad y el máximo deleite espiritual.*

Esta novela es, por tal vigorosa condición, una audacia. Hasta el presente, el estudio y representación artística de las desviaciones del sentimiento, de las subversiones del instinto

maternal no salieron de los límites de la ciencia. La Biología moderna estudiaba estos casos de exasperación funcional, demostrándonos que no son tan raros como se venía creyendo, que se repiten frecuentísimamente. Pero ningún novelista se había aventurado a copiar su dinámica fisiológica y a presentarla gráficamente, como quien levanta la tapa de un reloj y nos muestra la causa de que no marcase el tiempo: el muelle real actuaba al revés.

El caso de la madre de Fernando Aduín es un caso biológico cuyas causas y efectos están prodigiosamente expuestos en la novela. No hay misterio, no hay enigma: las leyes de la herencia son inviolables, los productos de la humana selección obedecen matemáticamente a sus antepasados como a sus términos el resultado de una operación aritmética.

El lector hallará en los intensos capítulos de esta novela las emociones más extrañas y los sobresaltos que menos hubiese de esperar. Es lo imprevisto de unas vidas fuertemente trágicas.

Es, sin género de duda, esta novela la mejor, la más interesante de Rafael López de Haro.

El estilo, aparentemente conciso a veces, alcanza la justeza máxima. La prosa de este autor, cincelada a veces con sumo cuidado, como con preocupaciones académicas, aparece aquí más flúida, más nerviosa a ratos, más original siempre. Celebraré que esta independencia al escribir las oraciones no sea casual. Digo esto porque mi única preocu-

pación al escribir es hacerlo clara y sencillamente, huyendo por igual de lo pedante *y de lo* pedestre...

Finalmente, UN HOMBRE VISTO POR DENTRO *conmueve, emociona, y esto sí que es el inconfundible marchamo de la obra de arte.*

El lector dirá si he afirmado la verdad.

ARTEMIO PRECIOSO.

PRIMERA PARTE

VISTO POR FUERA

I

UN CUADRO DE FAMILIA

A la una en punto de aquel memorable día, Pucho Aduín sonreía ante su imagen, orgulloso de ella. En momento tal, la puerta del armario de Pucho era un bello cuadro, mejor un fino y primoroso cromo, digno de figurar en algún Palacio de la Moda para enseñanza de alfayates, modelo de elegancias y arquetipo de pollos *bien*.

La corbata de Pucho, pequeño el nudo y gracioso, se arqueaba en breve puentecillo para esconderse en seguida bajo las solapas de la americana cruzada, entallada y amplia en las caderas, como en el pecho abombada por combas que evocaban un busto femenino. La moda correspondiente aplanaba éstos y los deprimía, estatuyendo para las damiselas la que llamaron "silueta tabla",

cual si tendiesen ambos sexos de consuno a cierta inexplicable transmutación o trueque de sus atributos y líneas. Pucho Aduín, atento siempre a la más sutil insinuación del veleidoso gusto, interpretaba sus designios con sagacidad. La corbata era marrón, el traje, azul obscuro, y los zapatos, negros. En cuanto al pañuelo, del mismo tejido que la corbata, cual desprendido de ella. La camisa, de sedilla, largos los picos del cuello, que sujetaban dos imperdibles diminutos, y los puños estrechos, ceñidos a la muñeca. Todo ello modelado por la esbelta anatomía de Pucho, buen mozo, acaso con demasiadas curvas, pero lindo, apolíneo, mórbido como Ganimedes.

No menos hermosa academia merecía la cabeza de Pucho, tan a tono, tan elegante y a la última usanza, como su cuerpo y atavío. El cabello, castaño, mucho y sedoso, peinado hacia atrás, formábale un casco de bruñido bronce, y bajo la frente plana, un tanto estrecha—tal el canon de la moda—, doselados por las cejas, que las pinzas afinaron y delinearon cuidadosamente, se admiraban los ojos grandes, claros, las pupilas verdes jaspeadas y tediosas, que no para mirar, para enjoyecer tanta belleza existían allí. Al desgano y desdén de tan egoístas luminares correspondía la palidez del rostro, rasurado a conciencia, la aureola de los cercos y la marchitez de los labios

que parecían cansados de besar. Una nariz ancha y unos dientes correctos, aporcelanados e iguales, completaban la armonía de aquel árbitro de las elegancias en los tes del Palace, en los halls de otros hoteles de moda, en las tardes de Molinero y en las noches de Rosales, Fornos y Maxim's.

Sonreía él a su imagen embebecido, dichoso, a la sazón en que su madre, Adela, entró en la alcoba.

—¿Te ha amanecido ya, Pucho? ¿A qué hora viniste anoche?

Pucho no contestó.

—Hijo mío: esto no puede seguir así. No miras un libro, no haces nada y vas a cumplir veinticinco años sin oficio ni beneficio. Dentro de pocos días tu hermano será doctor en Derecho.

Pucho no contestó.

—Tu padre se va a cansar y, cuando menos lo esperes, te planta en el arroyo. Tu padre no es como yo: no amonesta, no avisa, pero si toma una resolución, es inapelable.

Pucho no contestó, y calló Adela. Veíalo en el espejo y en la realidad, de este modo entera a su mirada envolvente la figura del primogénito que tanto a ella se parecía. Las pupilas claras de la madre se inmantaron en las del hijo, que la observó irse embelesando hasta el éxtasis. Para Adela, que de su carne se hubiera formado la mara-

villa de Pucho, era milagro cuya contemplación renovaba cada día sus arrobamientos. "¡Qué guapo es, Dios mío, qué guapo es!"

Pucho se dignó, al fin, hablar.

—No tengo una peseta.

Adela sacó del pecho, se dijera que de su corazón, un billete de veinte duros y se lo ofrendó al ídolo.

—Es el último, ¿sabes?, es el último.

Pucho tomó el billete, lo dobló en ocho dobleces y lo dejó caer, como un papelillo insignificante, en el profundo bolsillo de su pantalón.

—¡A ver si lo pierdes!

Sonrió, despectivo, el Adonis.

—¿Me han planchado camisas blancas? Esta noche me tengo que vestir.

—¿Dónde vas?

—Con unos amigos. Es moda en la Princesa.

—¿Qué obra dan?

—¡Ah, no sé! Castro-Flores tiene un palco. Irá buena gente. Me van a presentar a unas chicas de Bilbao que se traen mucho postín. Gastan un cochazo estupendo. ¡Que no resulte luego que no tengo camisa! Y que las planchen bien.

—¡Descuida, descuida! Eso corre de mi cuenta.

—¿Comemos? ¿Ha venido papá?—concluyó

Pucho, como un gran señor que ya ha tratado con su mayordomo cuanto deseaba.

—No, no ha venido y me alegro. Cuando llega y no estás vestido no le puedo engañar diciéndole que asististe a clase.

Pucho dió media vuelta y marchó hacia el gabinete mirándose las uñas sonrosadas y hialinas. Era un dechado, un figurín, una preciosidad, un dios helénico. Sintió la madre desleírse su alma en la adoración entrañable, convulsa, en una misteriosa y honda transparencia de su sangre, que debía rutilar ante el hijo como el vino en las copas cuando las abrillanta el sol.

Inmediatamente, Adela llamó a la criada para que viniese a ayudarla en el arreglo de la alcoba del señorito. Antes de que llegase la zafia, abrió la madre el balcón a fin de renovar el ambiente. En la alcoba de Pucho olía densamente a tabaco egipcio, a los jabones de tocador, a las esencias y, más que nada, a él, a Pucho. Por este rastro, vendados los ojos, le distinguiría Adela entre mil. "¡Qué hermoso es, Dios mío, qué hermoso es!"

En el gabinete, Isabel se aplicaba a coger con primor los puntos que se escaparon en algunas de sus medias de seda. La operación era delicadísima, porque un punto en una media de seda rompe su tersura y la desgracia. Hoy, para una chica elegante, que no puede derrochar el dinero, son

las medias de seda un capítulo principal: no consienten zurcido; sus heridas más pequeñas implican gravedad. Es necesario que la mirada resbale como sobre un metal bruñido en la inconsútil superficie de unas medias atesadas, túrgidas como una segunda piel.

Caía el sol en el mirador donde Isabel restauraba la fina malla. El sol incendiaba sus cabellos rufos, cortados en melena, daba una transparencia de hierro candente a las yemas de los dedos y deslumbraba en el ampo de su nuca; pues era Isabel blanca, nacarada, con orientes carmíneos, cual si su estatua, fina y pulida, hubiera sido tallada en una enorme perla.

—¿Me llevarás esta tarde, Pucho?

—No voy a poder.

—¡Anda, hombre! Mamá no quiere salir y tendré que quedarme.

—¿Cómo te voy a llevar, chiquilla, si estoy sin una gorda?

—¡Mentira!

Clavó en Pucho sus ojos verdes, claros: unos ojos que eran iguales a los del hermano y que parecían diferentes, disímiles, porque los de Isabel, entre las pestañas espesas y vibrátiles, fulguraban con vigor. En los ojos de Isabel la luz era interior; en los de Pucho, llegaba de fuera.

—¡Lo sabrás tú mejor que yo!

—Lo sé como tú. Mamá te acaba de dar dinero. Os lo calláis los dos.

—¡Que te crees tú eso!

—¡Si no me importa! ¿A qué esos tapujos? Lo que yo quiero es que me lleves esta tarde. Mi gasto lo pagaré yo.

—Mucho interés tienes. ¿Es que te entiendes ya con ese punto?

—Eso es cuenta mía, Pucho. Si te vas a meter en mis cosas, no me lleves a ninguna parte.

—Soy tu hermano mayor.

—Un hermano mayor que, mientras yo no haga nada censurable, no tiene para qué saber más. No me lleves.

—Te llevaría si fuera verdad que mamá me hubiese dado dinero. Pero te repito que estoy sin una gorda.

—Pagaré mi gasto y el tuyo. De ahí no puedo pasar. Mira: me estoy quedando sin medias. ¡Y cualquiera le habla a mamá de comprar medias!

Llegó en este momento de la calle el hermano que faltaba: Fernando.

—Hola. ¿Ha venido ya papá?

—No—respondió Isabel.

Fernando era más joven que Pucho y menos que Isabel, más alto que aquél y en casi nada semejante a ninguno de los dos. Era moreno, enjuto, nervioso, de facciones quijotescas y de mirada

inquisidora y profunda. Mucho más Aduín que sus hermanos, quienes traían en la albura de la piel, en el color de las pupilas y en la tendencia a tumirse con adiposidades, toda la fofez linfática de la línea materna.

Se sentó Fernando, poniendo los codos en las rodillas y tejiendo las manos, grandes y robustas. Se apreciaba así, más que viéndole en pie, lo larguirucho que era. Sin decirles nada había cohibido a sus hermanos, haciéndoles callar. Venía Fernando de clase, traía de la Universidad un poco de cansancio, mucha gana de comer y una muda acusación formulada implacablemente con sólo su presencia.

Pucho se asomó al mirador, dándole la espalda al estudioso; mas como aun así le molestaba la mueca de desprecio con que Fernando le miraría siempre, porque, sin verla, sintió que le estaba juzgando y condenando la mirada aquella, volvió de su acuerdo y salió del gabinete silbando una tonadilla.

Fernando entonces fué junto a su hermana.

—¿Qué haces, nena?

—Ya lo ves.

—¿Se escapan muchos puntos?

—Es una condenación. Y como no te des cuenta, se corren hacia arriba, y par de medias

perdido. Esta, por ejemplo, no tiene arreglo ya: la raya llega desde el tobillo a la rodilla.

—¡Y que no hace eso feo! Vamos a ver, preciosa: ¿qué me darás si te regalo media docena de pares? Precisamente acabo de ver unas, en uno de esos moldes huecos que de noche se iluminan, que son un sueño: parecen tejidas con hebras de cristal.

—No, Fernando, no—opuso, mirándole dulcemente—. Casi todos tus ahorros te los gastas en mí y no es justo.

—¡Bah! Esta tarde te las compro.

—Tú no. A ti te engañan.

—Si te doy el dinero ya sé adónde va a parar.

—Te prometo que no; esta vez, no.

—¿Me enseñarás la compra?

—¡Déjalo! Pero si te empeñas, dame el dinero. Te enseñaré la caja de medias.

—Pero que no se enteren ni Pucho ni mamá.

—¡Ah, desde luego!

A la una y media llegó a su casa don Prudencio Aduín, alto funcionario de Hacienda. Vestía de negro siempre, y no transigió con las camisas sin almidonar: las suyas seguían siendo blancas, de pechera rígida y cuello recto. Tampoco se dejó arrollar por la invasión de sombreros flexibles, fiel a su hongo desde que, a redropelo, hubo de resignarse a arrumbar la chistera. Don Prudencio

era magro, cejijunto, dueño de una gran nariz corva y pálida y de una boca rasgada y exangüe. Una cara en que la risa parecía lo más inverosímil. Don Prudencio parecía obsediado por una incesante preocupación, inmerso en un conflicto perdurable, en algo que no denunciaba su vida metódica, cronométrica. Por las mañanas asistía a su oficina; por las tardes, a su café. Desde hacía veinte años no iba con su mujer a ninguna parte. Avaro de sus palabras, pronunciaba en el gineceo las estrictamente indispensables, y en cuanto a regir su hogar, hacíalo tácitamente. ¿Qué había en la vida interior de don Prudencio, acaso intensa y agitada? ¿Qué grandes luchas se libraban allende sus ojos turbios, negros y enmatecidos, como dos botones de pasta que han perdido el lustre? Don Prudencio Aduín era un alto funcionario de Hacienda. Imposible averiguar nada más.

El timbre, pulsado por don Prudencio, repicaba más sonoro, apremiante y autoritario. Isabel, al oírlo, corrió a abrir la puerta. Ella recibía siempre de manos de su padre el hongo insenescente y le ayudaba a despojarse del gabán para, después, darle un beso que don Prudencio recibía mayestático.

La comida era, minutos más tarde, un acto solemne y ritual, muy rara vez profanado por la

conversación. A la señora de la casa le era solamente permitido iniciar un tema que se debatía lacónicamente. Mas Adela obraba parca en el uso de tan privilegiada facultad.

A fines de curso Fernando traía sus notas de sobresaliente, y Pucho no traía nada. Don Prudencio dictaba su fallo:

—Pucho: eres un imbécil y un malvado. Desde hoy no tendrás en esta casa más que estrictamente la alimentación, y si en septiembre no apruebas, te pondré en la calle. Prohibo en absoluto que se te dé ni un céntimo para trajes y diversiones.

Decía y miraba terriblemente a su mujer.

Esta escena se repetía cada fin de curso.

He aquí otro diálogo periódico también:

—Papaíto—le decía Isabel, mientras le ponía los gemelos a la camisa acartonada—, este año queremos ir a San Juan de Luz.

—Bueno.

—¿No vendrás tú?

—No. Yo no salgo de Madrid.

—Mamá dice que no tiene bastante dinero.

—Nunca tendrá tu madre bastante dinero para nada, y es porque se lo gasta ese idiota de Pucho. Dila, de todos modos, que cuente con lo necesario.

Don Prudencio tenía un pequeño capital puesto a renta, que, unida al sueldo, le permitía vivir

medianamente. Buen administrador, escatimaba todo gasto; mas para este del veraneo, que le libraba de la familia durante tres meses, era todos los años generoso.

Aquel día, en que le conocemos, don Prudencio Aduín, después de tomar su postre, se enderezó, se acarició la calva ebúrnea y luego, las dos manos descoloridas y rugosas sobre el mantel, esparció una mirada condescendiente. Adela y los demás esperaron, anhelosos, lo que el jefe de la familia fuese a decir. Y dijo:

—Mañana llega mi primo Julián.

La noticia fué recibida con profunda emoción. El tío Julián era rico y espléndido. Isabel vió asegurados sus vestidos y sus sombreros de moda para la temporada de verano, Adela pensó que en dos o tres meses no se vería obligada a sisar de los gastos familiares, a simular compras y aun a acudir a otros expedientes inconfesables para que Pucho hiciese buen papel, y los tres, Isabel, Pucho y Adela, se fruyeron ante la perspectiva de unas semanas de teatros, de comidas en los sitios de lujo y de excursiones en automóvil; pues todo eso, amén de ulteriores probabilidades, significaba el viaje del tío Julián.

—¿Viene por la carretera?—preguntó Pucho.

—No; en el tren. Dice que ha vendido, por

antiguo, el coche que tenía y que se propone comprar otro.

—Que me llamen mañana a las siete. El tren llega a las nueve a Madrid.

—Descuida, hijo mío. Yo te despertaré.

—¿Y tú, Fernando, no vas?—le preguntó la hermana.

—Yo tengo una clase precisamente a esa hora.

—No creo que harías mucho perdiéndola por ir a esperar al tío Julián.

—Para ti, mamá—replicó Fernando—, cualquier motivo justifica una falta a clase.

—Fernando—dijo Pucho—es muy orgulloso. No va a esperar al tío Julián porque no se crea que le hace el amor a la herencia.

Fernando miró a Pucho a fondo, como si lo atravesase de una estocada, y se limitó a replicar:

—Como otros.

Un gesto de don Prudencio cortó el incidente. Don Prudencio se puso en pie con parsimonia. Isabel acudió a cepillarle, a ponerle el gabán, a ofrecerle el sombrero y a darle el beso de despedida. Mientras esto sucedía, Fernando estaba ya en su habitación, donde esperaría un minuto para no coincidir con su padre en la escalera. Pucho iba al café un poco más tarde.

LOS ADUIN

Como todo el vecindario de Atlántica, los hermanos Aduín bajaron al muelle para presenciar la entrada en la bahía del primer barco que llegaba a ella propulsado por una máquina de vapor.

La bahía de Atlántica tenía en aquella época un aspecto muy diferente del que ofrece en la actualidad. Es claro que no han cambiado de lugar ni de forma los lomos ondulados de las dos penínsulas que la abrigan; que en ellas continúan vegetando los pinares espesos, azules por la mañana y broncíneos al aterdecer; que siguen como si acabaran de quebrarse y desgajarse los peñascos en que el mar viene rompiendo furiosamente desde la hora del cataclismo que le opuso aquella costa, no como su término natural, sino como rotura y truncamiento de un continente, cuya solución de escolleras parece datar de hace un momento, renovado siempre el estupor del océano que, expulsado de sus antiguos lechos, quiere volver a ellos, y batalla, rabioso, golpeando con estrépito los bordes ásperos que lo contienen; la majestad de la cuenca de montañas nemorosas, con su gran espejo aprisionado, es la misma de entonces, y no han variado los tonos de naranja, de

añil y de acero con que se adornan las aguas en cada puesta de sol. Pero, no obstante la inmutabilidad del panorama y su singular estructura, hoy no parece el mismo. Si los hermanos Aduín levantasen la cabeza, se volverían a morir abrasados en su propia ira.

El pequeño puerto, cuyos sillares el mar había pintado de verde, arrinconado se ve en un seno del abra y relegado a servir de dársena a las gamelas y dornas de los pescadores de chocos y de percebes. Un gran puerto de blanca sillería avanzó ría adentro, captando entre sus espigones un gran espacio en el que las aguas cautivas se ensucian, pandas y muertas. Al otro lado del malecón, las aguas vivas y libres braman y se pulverizan, sin conseguir otra cosa que festonear la firme construcción de encajes diamantinos. Las asíntotas del tren corren a lo largo de los muelles y por ellas las locomotoras acuden a saludar a sus hermanas las máquinas de los grandes buques, que atracan arrimados a la fábrica colosal. Grúas enormes y rechinantes inclinan y enderezan su forzudo brazo tornátil; el tráfico se hace entre estridores, silbos y traquidos, con prisa, con violencia... Algún barco de vela se acerca a los acantilados con su carga de ladrillos o de barricas, que lo envilecen.

La antigua Atlántica ha sido arrinconada por

una urbe nueva erigida con maravillosa rapidez; los edificios modernos insurgieron y se multiplicaron fantásticamente, dejando entre sí calles rectas, plazas circulares y parques y avenidas de una traza luminosa y risueña, mientras el villaje primitivo se apiñaba en una arruga del cerro, y es un suburbio de casas chatas, con porches lóbregos, que hieden a humedad y a pescado en descomposición.

Los hermanos Aduín no llegaron a ver esta mudanza causada por la navegación a vapor, por el aumento progresivo del tonelaje y, por ende, del calado de las naves que necesitan cada día mayores profundidades para fondear. En este aspecto, la bahía de Atlántica es una de las mejores del mundo. Pero, sin llegar a ver tan enorme cambio, los hermanos Aduín presintieron la derrota de sus bergantines y goletas, y, por eso, acudieron aquella tarde al puerto con una inconfesada zozobra en sus corazones de navegantes.

La bahía de Atlántica se abarcaba entonces entera de una mirada desde el antiguo muelle. Centenares de lanchas con la vela latina preñada de viento, surcaban la lámina azul salpicando de motitas blancas su cristal; los bergantines y goletas, a todo trapo, venían balanceando sus aparejos enormes, que el sol poniente teñía de gualda como si los lienzos estuviesen tramados con hilo

de oro, y allá lejos, entre las islas Agudas, cuyos conos emergían nimbados por un resplandor fulvo, un navío de cuatro palos, con las gavias túrgidas y tremulentas, cual senos de mujer enamorada, desplegados hasta sus foques y grímpolas, sesgaba de bolina la inmensidad con el señorío más arrogante.

Los hermanos Aduín iban ya en aquella fecha para viejos. Retirados de la navegación, que fué su oficio, se dedicaban ahora a explotar tres barcos de que eran armadores: el "San Fernando", el "Atlántica" y el "Teucro", a la sazón fletado con rumbo a las Américas. Les llamaban a los hermanos Aduín en Atlántica "los viudos", porque lo eran ambos desde bastante tiempo atrás. Si alguna vez se les veía separados resultaba difícil saber cuál era Pucho y cuál era Fernando: tal su semejanza fisonómica y la uniformidad de su pergenio; traían el rostro flaco y aguileño entre las clásicas patillas de color de estaño; ambos tenían los ojos verdes, claros, penetradores de lejanías, y ambos, en fin, cubrían sus cuerpos, huesudos y nerviosos, con trajes negros y se tocaban invariablemente con sendas gorras de capitán de navío sin insignias. Eran dos ejemplares del mismo tipo: la tez de badana, los músculos como el cordaje de sus bergantines, el espíritu rectilíneo, concentrado y voluntarioso.

Ellos fueron los primeros en decir a la vez:

—Ya llega.

La muchedumbre, con mirada ansiosa, buscó en la comba reverberante el puntito que iba creciendo poco a poco. Era primero como una boya empenachada, el airón negruzco en forma de cola de caballo hasta disiparse. En momentos, el sol lo plateaba, y entonces parecía una enorme pluma rizada.

La presencia de la vulcania embarcación enmudeció al gentío arracimado en los malecones; todos sentían en el epigastrio como una compresión; a todos los estremecía el vaticinio de que aquello venía a transformar sus vidas. El buque de vapor enfiló la entrada, salvó la barra tramontando sus olas soberbias, y surcó con insolencia las calmas aguas del abra acogedora.

Los Aduín lo apreciaban ya bien. Traía a cada banda como un medio tambor enorme, lo que, visto de proa, le daba la apariencia de un estupendo carro con el agua a los cubos y la carga ardiendo. En momentos se agrandó y detalló la imagen, pudiendo precisarse las ruedas de paletas, que remaban vigorosamente. El airón de la chimenea, fastuoso signo de la innovación, era lo más admirado por los ribereños. La nave aquella emitía nubarrones, mientras bogaba cabeceando.

—Manotea como un can—le dijo a su hermano el viejo Pucho Aduín.

La multitud empezó a disgregarse, desilusionada. Aquel armatoste no tenía belleza ni ostentaba poder. Los encanecidos mareantes de Atlántica porfiaban que nunca competiría semejante artilugio con las naos veleras, ágiles y graciosas, de aparejo elegante y musical. Aquello de ir tiznando el horizonte y de batanear las olas, les parecía un invento detestable.

—Querer que el fuego camine sobre el agua es ofender a Dios.

—Donde esté el viento...—sentenciaba otro con firme convicción.

Pero los hermanos Aduín comprendieron aquella tarde que les amenazaba la ruina. Previsores, se apresuraron a vender sus veleros y dar otro empleo a su capital, muy sensiblemente mermado en la operación. Desde que tal hicieron se paseaban siempre juntos, viendo cómo el vapor orillaba a los gloriosos galeones, cómo morían acostados en las playas, cómo se iban desarmando hasta mostrar sus cuadernas, costillas descarnadas como esqueletos de animales prehistóricos.

A Pucho Aduín le habían quedado dos hijos: un varón y una hembra. A Fernando, uno solo. Una epidemia de garrotillo igualó a los viudos, llevándose a la niña, y así, en definitiva, serían

sus sucesores sus sendos primogénitos: Prudencio y Julián Aduín. La tradición del linaje de marinos se interrumpiría en ellos: los hermanos Aduín mandaron a sus hijos a estudiar, con el propósito de que fueran abogados o médicos, designio que se realizó en cuanto a Prudencio—Pucho por deformación en el dialecto—, a su hora licenciado en Derecho por la Universidad compostelana. Julián declaró su vocación de negociante, y un triste día luminoso le despidieron "los viudos" al costado de un vapor con casco de acero e invisibles hélices maravillosas, que se lo llevó con rumbo a la América de los portentos.

Poco después el joven Pucho, de tal momento en adelante don Prudencio, recibía el nombramiento de oficial de Hacienda en Madrid. Los hermanos Aduín le despidieron en la estación y se quedaron solos en Atlántica, asaltada por legiones de ingenieros, arquitectos y albañiles. Los canteros, labrando bloques de granito, y los peones aprontando vagonetas de cascote al relleno, las máquinas de todo género producían un ruido, un humo, un polvo, y animaban un tráfago que irritaba dolorosamente los nervios de los marinos retirados. Se les siguió hallando juntos, cada día más blancas, lacias y ralas las patillas, que ya no usaba nadie, menos brillantes los ojos verdes, a ver morir su época condenados, y más lardosos

y raídos los trajes negros con que cubrían sus cuerpos escuálidos, que se encorvaban como saludando ya a la madre tierra.

Pocos años después se vió solo a uno de los Aduín, se ignora a cuál. En breve, también éste desapareció.

EL TIO JULIAN

La correspondencia entre los primos Prudencio y Julián Aduín no fué nunca frecuente. Poco después de morir su padre, Julián reclamó desde Buenos Aires la herencia que le correspondía, demanda que Prudencio se apresuró a cumplimentar escrupulosamente. Julián contestó dando las gracias y elogiando la claridad y justificación de las cuentas. Hablaba en aquella carta de haber emprendido negocios, y ni remotamente de repatriarse. No volvió en varios años a escribir.

Prudencio dió por perdido a aquel pariente, con quien no congenió nunca y a quien no volvería a ver más, y no hizo nada por conservar su recuerdo. El recuerdo, como el légamo en las aguas inmóviles, aposó y se confundió en el fondo obscuro de la memoria con otras mil impresiones insignificantes. Cuando Prudencio formalizó sus relaciones con la hija de uno de sus jefes del

Ministerio de Hacienda, ni siquiera le dijo que tenía aquel primo en la Argentina.

Prudencio se casó, fué obteniendo ascensos y procreando hijos y pasaron los años. Prudencio, a los pocos meses de su matrimonio, compuso aquel gesto impenetrable y arregló las horas de sus días para cuantos fuesen. He aquí, pues, un hombre que lo pensó todo de una vez.

Iban a cumplir Isabelita seis años, diez Fernando y once Pucho, cuando el cartero le llevó a don Prudencio una carta cuyo sobre traía sellos de la República del Río de la Plata. Una carta en casa de don Prudencio era de suyo acontecimiento raro; una carta de América, insólita novedad. Adela hubo de refrenar grandes tentaciones de abrirla durante las horas que tardó en venir de la oficina su marido. Al entrar éste en casa se apresuró a decirle:

—Tienes una carta de América.

Era de Julián. En ella el emigrado le notificaba a su primo que había fomentado una fortuna y que se disponía a regresar a España. "Puesto que tú y yo somos los únicos Aduín que de nuestro linaje existen, al llegar a la cumbre de los años y asomarme a la pendiente de la vejez, siento renovarse un afecto que ha dormido durante mis luchas, mis placeres y mis amarguras, pues de todo hubo en mi vida solitaria." Y con-

cluía previniéndole que desembarcaría en Cádiz para detenerse en Madrid antes de pasar a Atlántica, donde se proponía fijar su definitiva residencia. Sin tiempo para contestar aquella carta, recibió don Prudencio el cablegrama anunciándole la salida del vapor que traía a Julián, y quince días después, el telegrama de arribada feliz.

Adela preparó una alcoba, lo mejor amueblada que pudo, para recibir a aquel pariente rico llovido del cielo; pero Julián rehusó inapelablemente al hacerle, cuando puso los pies en Madrid, la invitación.

—De ningún modo. Llévame a un buen hotel. Yo soy un salvaje que no se aviene a vivir en familia.

En la habitación del hotel los dos primos se miraron atónitos. Se encontraban extraños, desconocidos, y en vano querían hacer brotar de sus corazones un cariño de la niñez que estaba allí frío y seco como la raíz de una planta muerta. Los abrazos, las palmadas y las palabras que se dedicaron no engañaban a ninguno de los dos.

Julián examinaba a Prudencio y lo encontraba antipático, con su vitola de covachuelista; pálido, hepático, fúnebre, a consecuencia de la vida sedentaria y... administrativa. Que un Aduín hubiese degenerado a tal punto era para Julián tan

inexplicable como si en el nido de un milano se criase una gallina. "Este Pucho—pensaba Julián—fué siempre así: zaino, hipócrita y taciturno. Creo que mi señora tía, su madre, era un cirio, y de ella debe traer el hijo la luz lívida que se alufra en su interior como en una cripta. Me parece que no valía la pena de haberle avisado."

La escondida impresión de Prudencio no era más lisonjera. Julián venía de América transformado. Traía la cabeza gris, muy negros unos cabellos y muy blancos otros, en mezcla como de ceniza y de carbón; venía moreno, con la tez avellanada de los Aduín, cuyos rostros enjutos, duros, perspicaces, hacía recordar; mas con una notable diferencia: el color de los ojos. Los de Julián eran verdes también, pero obscuros, y más que enérgicos, feroces. Ojos de no reparar en los medios, de conseguir, fuese como fuese, de no conocer ley ni moral. Vestía un traje claro, usaba sortijas con esmeraldas y brillantes y sus movimientos eran rápidos, bruscos; concisas y cortantes sus palabras. "Un hombre de presa—pensaba Pucho—, un atorrante, como decíamos por allá. Y ahora, un orgulloso, que me querrá deslumbrar con su fortuna. Me parece que no nos vamos a entender."

—Puesto que vienes solo—le dijo—, es que eres... solo.

Un fulgor lívido pasó por las pupilas de Julián antes de responder.

—Solo. ¿Y tú?

—Yo tengo tres hijos.

—¿Cuántos varones?

—Dos.

—Pues vamos a verlos.

Acababan en esto de llevarle a la habitación su equipaje lujoso: varios baúles de cuero, largos, con cantoneras de bronce; cajas de fibra bien guarnecidas de correaje, sombrereras, *plaids*, una máquina de escribir plegable en su estuche, un veráscopo, unos gemelos de prismas... El viajero abrió rápidamente su maletín de mano, esparció sobre la mesa de mármol pomos de cristal con cierres de plata, cajitas, cepillos, jabones, todo un fornimento de tocador; se quedó en mangas de camiseta, y en un periquete se lavó, se friccionó y volvió a vestirse. En la estancia flotaban perfumes densos y capitosos.

—No me entretengo en cambiarme de ropa. Vamos a ver a esos muchachos.

Media hora después jugaba con ellos atolondradamente.

—Son guapos, son guapos los tres. Estos dos salen a la madre: blancos, rubios, y este morenucho—por Fernando—, a nosotros los Aduín.

¡Ven acá, hombre! ¡Qué arisco es el condenado! No me parece que le soy agradable. Ven acá.

Fernando respondió hosco:

—¡No quiero!

—¡Vaya, hombre! Ya seremos amigos.

Invadieron la casa las muñecas, los velocípedos y toda suerte de juguetes caros y primorosos. Cuando el tío Julián llamaba a la puerta, Pucho e Isabelita le asaltaban con bullicio. Fernando permanecía receloso: el tío Julián se había burlado de sus piernas, delgadas como palitroques, y de su cara cetrina y ahilada.

—Y no me lo perdona el rapaz. Peor para él.

Fernando no volvió a acercarse al tío Julián, aunque le traía juguetes como a sus hermanos.

—Vas a ser como tu padre, querido: un misántropo.

El tío Julián permaneció en Madrid unos pocos meses, y al cabo, un día dijo:

—No me gusta Madrid. Es una ciudad artificial y artificiosa. Me voy a Galicia, a nuestra Atlántica. Allí encontraré cualquier negocio para entretenerme. Me pesa el tiempo sin tener qué hacer.

Desde entonces, cada año, en la primavera, venía a Madrid el tío Julián. El anuncio de su llegada era buena nueva en casa de don Prudencio Aduín.

II

LOS MERITOS DE PUCHO

Le dijo a Pucho el tío Julián:

—Vente mañana a almorzar conmigo. Después probaremos un automóvil.

Pucho se presentó en el hotel a la hora convenida, hecho un figurín iluminado. Su traje era esta vez de lanilla clara, blancos los botones; los zapatos, espejeantes; en las vueltas del cuello de su camisa de seda, que formaban un ángulo muy agudo, se anudaba la corbata de foulard con dibujo de turquesas, diminuto el nudo, las dos ramas formando el consabido bullón en que consistía su gracia particular. Un sombrero flexible de felpa que parecía piel de topo; unos guantes amarillos, amarillo plátano, y un junquillo con empuñadura de marfil, completaban la elegancia de Pu-

cho. Con su cara de color de rosa, sus ojos parados y su cabello liso y brillante, era un maniquí que acabase de salirse del escaparate de un gran bazar. ¿Dónde había perdido el cartón con la cifra del precio?

El tío Julián lo miró de alto en bajo y le dijo:

—Eres un primor vistiendo, rapaz.

A la mesa reparó Julián en las manos de su sobrino, finas, largas, suaves, cuidadas como las de una cupletera; en la mirada de su sobrino, que era completamente la mirada de un maniquí.

Pucho le habló a su tío de las marcas de coches más en boga, de las características ventajas e inconvenientes de cada uno y de su precio exacto. Sin verlos, identificaba Pucho los automóviles por el petardeo del motor.

—¿Sabes conducir?

—Sí. Hoy el que no sabe conducir hace un mal papel. Sé conducir todos los coches.

—¿Cómo has podido aprender?

—En una academia de *chauffeurs*. Asistí durante varios meses, hasta dominar el asunto. No me contenté con lo que exigen para obtener el *carnet;* quise mucho más. Hoy me pongo con cualquiera.

—Bien, hombre; bien. Eso implica fuerza de voluntad.

—Es que le tengo una afición loca.

—De averías en marcha también estarás fuerte.

—No, en eso no. No quise aprender. Se pone uno perdido. Todo lo bonito que tiene un automóvil en marcha, lo tiene de sucio y molesto en cuanto levanta uno el *capot*. Y usted, ¿sabe conducir?

—Sí, un poco. Además sé armar y reparar un motor. Allá, en América, una vez que me arruiné, fuí *chauffeur*, sobrino.

Pucho se calló. El tío Julián se calló también. Pasado un tiempo, de pronto, le preguntó al sobrino:

—Eres abogado, ¿no?

Pucho contestó evasivo:

—Me faltan unas asignaturas. En septiembre pienso terminar.

—Pues tu hermano creo que se hace ahora doctor.

Pucho se puso blanco como el mantel.

—No sé. Creo que sí.

—Me parece que no os entendéis mucho los hermanos.

—Ni nos entendemos ni nos dejamos de entender—dijo Pucho con una energía que no era de esperar—. Fernando tiene sus gustos y yo los míos. Como son tan diferentes, cada uno tiramos por nuestro lado. Esto es todo.

—¡Ah, vamos!—comentó irónicamente el tío Julián.

Probaron aquella tarde varios automóviles, en los que Pucho se lució conduciendo. Conducía bien, muy bien. Las máquinas veloces obedecían a sus mandatos con docilidad suma, y lo más admirable de todo era la elegancia de Pucho, retrepado en el *baquet* como en una butaca del Club, negligente al parecer y distraído, tocando apenas con sus manos pulquérrimas y femeniles la rueda del volante y sosteniendo una conversación mientras el velocímetro marcaba setenta, los virajes se sucedían bruscos y era preciso a cada momento hacer un rápido esguince para evitar un choque.

De regreso, el tío Julián le felicitó.

—Vengo maravillado, sobrino. Quien lo conduce como tú, tiene derecho al automóvil.

Pucho sonreía displicente, como quien dice para sus adentros: "¡De qué poco te admiras, provinciano!"

—Esta noche—propuso el provinciano—quiero que me lleves adonde se divierta uno de veras. Nada de timideces; somos dos amigos. ¿Comprendes? Tú debes conocer los centros de la alta galantería.

Sonrió Pucho de nuevo.

—Un poco.

—¿Es necesario vestirse?

—Sí, claro, mejor se va vestido. De frac, con camisa dura, el cuello de pajarita y la corbata blanca, de batista. ¿Tiene usted todo eso?

—Sí, hombre, sí. Ve tú a acicalarte y me encontrarás a tono cuando vuelvas. Cenaremos en el Ritz, y después... como si yo fuese un camarada tuyo, ¿eh? Te doy la alternativa. ¡Somos dos pendones los dos! ¿Estamos?

Pucho sonrió nuevamente con su aire de superioridad.

—Yo allá, en América, he descorchado mucho *champagne*. Y ahora, ¿qué te figuras? No me paso la vida en Atlántica. Todos los otoños hago un viaje a Londres y a París. En Madrid es donde conozco poca gente y estoy desorientado. Por eso, en cuanto te calibré me dije: "El sobrino Pucho es un pendoncete que va a iniciar a este pirandón..." Conque... ¡al avío, pollo!

—Bueno; pero después no contará usted en mi casa...

—¿Qué voy a contar, sonso? ¡Pues bueno se pondría el señor jefe de Administración de primera clase! ¡Don Prudencio!... Hombre más ridículo que tu padre, con su prosopopeya y sus trajes fúnebres, no lo hay.

Pucho rompió a reír de buena gana.

—Es usted famoso, tío Julián.

En su casa, mientras se vestía, auxiliado por su madre, solícita y orgullosa, Pucho le explicó cómo iban las cosas.

—Tú llévale el aire—decía Adela—, que eso no es un pariente, es una mina. Estoy segura de que en este viaje trae un propósito, no adivino cuál, pero un propósito, un plan de algo relacionado con nosotros, contigo fácilmente. Se le han escapado palabras de "arreglar sus cosas", de retirarse de una vez... ¡Animo, hijo mío, que puedes estar haciendo tu suerte. ¿Llevas pañuelo? No te olvides del pañuelo.

Pucho, de frac, era ya insuperable, casi divino. Teresita Saavedra se moriría de envidia al verle Tenía Pucho para el frac mejor empaque de caderas, más declive de la espalda al talle, más finura. Adela, contemplándole embebecida, no cesaba de pensar: "¡Dios mío, qué hermoso es!" Y comprendía Adela y encontraba muy natural que las mujeres se volviesen locas por su Pucho, que su Pucho las sedujese, las consiguiese, derretidas de amor, con sólo mirarlas. No, no le podrían resistir; caerían inconscientes, sedientas. ¡Era muy hermoso Pucho!

—No te hará falta dinero; pero por si acaso ¿tienes?

—Yo, ni mota.

—Pues toma, ten, hijo mío. Veinte durillos.

Anda, no le hagas esperar a tu tío Julián, y llévale el aire, conquístale.

—Es un "indiano"—dijo Pucho—. Y tiene deseos de afinarse. Allá veremos, mamá.

Al verlo en seguida, vestido para la noche, Pucho exclamó:

—¡Caramba! ¡Va usted muy bien! ¿Ese traje es de París?

—De Londres, sobrino.

El tío Julián puso en un tarjetero pequeño buen abasto de billetes, tomó su pardesús, "de Londres también", y dijo alegremente:

—En marcha.—Y cuando iban en el coche preguntó:—Tú serás un buen bailarín. ¿Conoces los bailes modernos?

—Todos—respondió Pucho—. Hoy el que no sabe bailar está perdido. Yo he tomado lecciones de un buen profesor; caro, eso sí, pero el mejor que había. Me enseñó por principios, científicamente. Es verdad que puse mucho empeño en bailar, y creo que lo he conseguido.

—Bien, bien, sobrino—decía el tío Julián, mientras pensaba en otra cosa—. Veo que eres perseverante cuando se trata de adquirir destreza para la lucha social. Una buena boda vale tanto, vale mucho más que una buena carrera. Y, sobre todo, es una manera gustosa de hacer fortuna, ¿no? He ahí una profesión de brillante

porvenir. Tú le tendrás echado el ojo a alguna rica, ¿eh?

—Todavía no—se animaba Pucho—; cuando yo dé el golpe, puede usted asegurar que voy sobre seguro. En eso de los capitales hay mucho engaño.

—Matarse a trabajar, estudiar horas y horas, emigrar a América y pasar las de Caín, como yo hice, son estupideces mientras haya muchachas ricas que se encaprichen por un hombre. Ahora que para eso no servimos todos, sobrino. Se necesitan condiciones, tipo, habilidad...

—¡A ver!—exclamó Pucho con embaimiento.

—¡Adelante!—exclamó, dándole una palmada, el tío Julián—. Y cuenta con mi apoyo. A mí me gustan los hombres ambiciosos, como tú, y capaces, como tú, de trazarse un plan y de seguirlo. Tendrás los medios, las herramientas de tu oficio, las palanquetas y las ganzúas para robar corazones. ¡Adelante, sobrino!

De intento, Pucho entretuvo al tío Julián viendo el tercer acto de una opereta, para llevarle al *cabaret* cuando fuesen mayores la concurrencia y animación. Entraron, en efecto, oportunamente: la orquesta de *jazz band* estridía un pericón con mucho golpe de platillos, repique de cajas y xilófono y alaridos de flauta de pistón, para que en el centro de la sala se agitasen las parejas como si

los trenos, silbos, redobles y campanillazos les sacudiesen las entrañas a los bailadores. Los brazos, los bustos, los rostros de las mujeres adquirían las más diferentes coloraciones: cuál carne se encendía con las rojeces fúlgidas que suelen verse en los reflejos del nácar; cuál tomaba el tinte irritado del eritema, de la quemadura del sol; pero eran más frecuentes los casos en que la piel de las gargantas y de los escotes empalidecía cérea, perlándose de gotitas casi imperceptibles, en tanto los ojos, sombreados sin disimulo con surcos azulosos, se rasgaban aviesos y centelleantes como ascuas en tizón, y las bocas, que tampoco pretendían engañar a nadie con sus carmines químicos y absurdos, bocas de laca, parecían ofrendarse en sacrificio cruento.

Pucho y el tío Julián encontraron una mesa libre cerca del espacio reservado al *dancing*, al bailongo se empieza a decir ahora, y la tomaron. El tío Julián pidió *champagne* del más caro y seco.

El ambiente era denso y cálido: lo espesaba el humo de los cigarros, y lo saturaba el vaho de los vinos, de los cuerpos y de los perfumes, combinándose para dar ese inconfundible olor a *cabaret* que impregna las ropas y que denuncia a los maridos. No hay medio de que pierda un *smoking* el tufo a *cabaret*. Si en la sala es grato, en el hogar

luego el *smoking* apesta a algo canalla y repugnante que hace vomitar a las esposas histéricas.

En esta atmósfera, los esplendores de la iluminación lo envuelven todo en una niebla brillante. Los *cabarets*, por regla general, están decorados con esmaltes y oros para que así sea más afogarado el efecto.

—Tú debes estar bien relacionado, sobrino. Preséntame algo que merezca la pena.

Pucho dió una vuelta por el salón, y a poco vino acompañado de dos mujeres: Nati y Piluca. Nati, rubia y blanca, con blancura de jazmín, los ojos celestes y el cabello finísimo con destellos de plata. Piluca, morenita elástica, palpitante, soslayado el mirar. Pintadas más que muñecas las dos. Dos profesionales sin ninguna particularidad atrayente. Estúpidas...

El tío Julián las despachó con una copa y una desvergüenza.

—Son dos chuchos, sobrino. Aquella del traje de tisú ya sería distinto.

—Aquella es Olga. La de más postín de todas las que andan por aquí. Está con unos puntos que tiran los billetones. De seguro tienen a la puerta un Rols.

—¿Y la otra quién es?

—La otra es *la Merimée*. El mote se lo puso un ateneísta.

—Pues son dos morenas hermosas. Los dos modos perfectos de ser morena una mujer. ¡Esas, sobrino! Esas son las que van a venirse con nosotros.

—No sea usted iluso, tío Julián. Esas ni le miran.

—En seguida lo vamos a saber.

El tío Julián se levantó y fué hacia la mesa donde las morenas se hallaban, resolución de la que Pucho no esperaba nada bueno. Pero, turulato, observó que Olga, después de unas palabras, le tendía al tío Julián su mano y que, finalmente, se ponía en pie y salía a bailar con él ¡un tango! Los acompañantes de Olga, *la Merimée* misma, quedaron estupefactos a su vez. ¿Quién era aquel hombre? ¿Qué tenía su mirada para que Olga tan inopinadamente infringiese las reglas más elementales plantando a unos amigos?

Olga bailaba con Julián Aduín. Formaban una pareja exótica y elegantísima. Julián, alto, correcto, netamente dibujada su figura en el traje de etiqueta vestido con suprema distinción, ágil, nervudo, flexible, bailaba magistralmente. Era su tango el auténtico, el original, nacido y refinado en la tierra argentina. Al pasar cerca de Pucho, que le miraba atónito, sonreía Julián. Su cabeza gris, de platino y ébano, brillaba bajo los focos de luz, y su rostro enjuto, atezado, de perfil aquilino,

señoreábase del recinto con el sereno imperar de sus ojos obscuros y la mundana sonrisa de sus labios delgados y salaces. Olga se dejaba manejar por el atleta como descoyuntada y dúctil; el tisú de plata se ceñía a sus formas, escama resbaladiza; se ondulaba, se contorcía, se enroscaba en vueltas de tornillo, y en momentos tenían sus vértebras vibraciones de fusta. Toda la mujer era línea, ritmo y onda; algo compacto, maleable, dócil, turgido, como el caucho caliente. Debía adherirse y quemar.

Al callar la orquesta, Olga y el tío Julián vinieron junto a Pucho, que fué presentado:

—Mi sobrino.

—Le conocía de verle por aquí—dijo Olga con acento extraño, ni francés, ni italiano, ni inglés.

El modo de ser morena de Olga era el modo marfil: satinada la tez y pálida, finos los labios, recta, casi transparente la nariz y latente; las cejas en arco, como dos plumas de vencejo; ancha la frente, el cabello en dos alas cobijando las sienes, la crencha recta y blanca. Tan rasgados los ojos de Olga, que casi nunca se veía la niña completamente, como si fuera demasiado grande o la guardasen demasiado fieras las pestañas de acero. ¿De qué raza era Olga? De una raza ni turca, ni italiana, ni europea, ni árabe, que ha debido

existir. ¿Era rusa Olga? El nombre que usaba no sería seguramente su nombre. Olga era una mujer inactual, de una raza perdida; de una raza que se debió extinguir en su propio fuego, que se fundió en su sangre.

Al hablar Olga, mate la voz, solía tender el cuello y aleteaban sus hombros. Entonces emanaba de ella un aura desvanecedora.

—¿Por qué no le dices a tu amiga *la Merimée* que venga?

—Se enojarían del todo aquellos amigos.

—¿Y a mí qué me importan esos señores? Llámala.

—Cuando toquen, que vaya tu sobrino y la invite a bailar. Yo entonces haré una seña, que ella entenderá bien.

Pucho sintió que le recorría una ola de frío el espinazo.

Olga miraba con interés una de las sortijas de Julián.

—¿Qué? ¿Te gusta?

—Es lindísima.

Julián Aduín se quitó la sortija y se la ofreció a la morena de raza inclasificable.

—Como recuerdo; tómala.

Era un brillante pequeño, pero limpio, blanco azuloso, de luces muy vivas. Olga dudaba que el ofrecimiento fuese de verdad.

—Tómalo—insistió Julián, y asiendo una de las manos de Olga, le puso la sortija. Ella movió la mano, estremecida por ese espasmo que las joyas producen en la mujer. Las joyas, como es sabido, reviven todos los instintos salvajes de la mujer, la hacen tan simplemente hembra y vanidosa como a sus abuelas aborígenes. La donación era en serio, se la reiteraban los ojos del donante, en los que también había una chispa del amor concreto y positivo del hombre de las cavernas.

—Gracias, querido. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Julián Aduín.

—No olvidaré tu nombre. Te confieso que deseaba la sortija..., y que me había propuesto lograrla. Pero—y le miró entornando los ojos—es mucho mejor que hacer méritos, mostrarse agradecida.

Los que vinieron con Olga y *la Merimée* habían pedido más *champagne* y hablaban con vehemencia, amoscados visiblemente. El tío Julián no se dignaba mirarles, y en cuanto a *la Merimée*, parecía pedir auxilio con sus ojazos negros y redondos. La orquesta reanudó en este instante su música estrepitosa: en el *fox* que ahora ejecutaba, tomaba mucha parte el xilófono, cuyo martilleo de notas evoca las danzas de los caníbales. De vez en vez una bocina de automóvil hipaba estentóreamente, y luego aullaban a coro los músicos.

—Ve y saca a *la Merimée*, sobrino—ordenó el tío Julián.

Pucho se dirigió, un poco roncero, a la mesa de los bebedores, que le veían venir con hostilidad; quedó él un instante perplejo; mas como de otra parte le miraba su tío, se atrevió a bulbucir:

—¿Quiere usted bailar, señorita?

—El que va a bailar de coronilla si yo le doy una bofetada va a ser usted, pollo.

Profería este reto el que estaba sentado junto a *la Merimée*. Era un hombre aceitunoso, cejijunto, cuyos ojos bizcaban inquietos.

La cara de Pucho era como la cara de la luna, y no sabía adónde mirar. *La Merimée* lo sacó del aprieto levantándose.

—¡A ver si eres tú chulo, marqués! Bailo con aquí porque me da la gana.

Pucho se dejó llevar por su salvadora, que le decía:

—No les hagas caso. Están calaos de vino.

El modo de ser morena de *la Merimée* era el modo terracotta, el modo cerámico. Sus ojazos, negros como la noche, resaltaban en un cutis acanelado y mate, de corteza de pan; sus labios eran gruesos, reventones, y su nariz, ancha, de una ansiedad leonina. Al bailar moldeaba en la música toda su carne dura, en donde se simulaban terremotos. Menos alta que Olga, daba la presensa-

ción de pesar mucho más, de pesar tanto como su estatua copiada en el rojo cinabrio de las minas de Almadén. De ascendientes negros traía el frisado de su cabellera negrísima. Ella decía que era gitana.

Pucho bailaba mal, cohibido, sin lucir su maestría, porque lo alcorzaban las miradas de odio de los burlados, quienes, al pasar junto a ellos, le dirigían pullas.

—Es bonito el nene.

—¡Qué rico! ¿Y sabrá ya hablar?

—¡Lindísimo mamón!

Cuando cesó el *fox*, *la Merimée* vino a la mesa de Julián Aduín. Julián hizo descorchar nuevas botellas, escanció, le dió de beber a su sobrino y le dijo:

—Ahora ve y crúzale la cara al señorito aquel.

Iba a beber Pucho; la copa tintineó en sus dientes.

—¿Para qué armar bronca?

El tío Julián se levantó y fué hacia los provocadores. Llevaba en los labios una sonrisa gélida, en los ojos una ferocidad calofriante. A Pucho se le iba a parar el corazón.

—¿Qué será más duro?—les dijo el tío Julián a los que no esperaban esto—, ¿el cráneo de jumento de ustedes o el cristal de una botella? ¿Probamos?

Parecía que el tío Julián, por un procedimiento misterioso, les hubiese extraído toda la sangre a los señoritos aquellos: tal la anemia aguda en sus caras. Con la sangre se les fué también la voz.

El tío Julián les volvió la espalda desdeñoso, y vino a sentarse otra vez junto a Olga.

—¿Qué os parece—dijo Olga—que nos vayamos a tomar unos mariscos a la Cuesta?

—¡Estupendo!—se apresuró *la Merimée.*

—En cuanto tú y yo bordemos un simy, negra. A ver, mozo: dígales a esos vagos de la orquesta que toquen un simy.

Esta vez Pucho, bailando con Olga, se lució, porque los provocadores aprovecharon la ocasión para retirarse.

LOS MERITOS DE ISABEL

Pucho no recordaba el final de la "juerga". Ya de día despertó en un diván del reservado. Le dolía el estómago y sus sienes martilleaban como si se las machacasen sobre el yunque dos herreros hercúleos. Se puso en pie tambaleándose y salió a la carretera. Al darle el vientecillo sutil del Guadarrama, tiritó, se mareó y, apoyado en un árbol, pasó un rato de sudores y angustia. A unos labriegos que cruzaban les hizo reír.

—¡Las tripas, las tripas!—le gritaban.

El tío Julián había desaparecido con las mujeres, dejándole abandonado allí. Pucho, ya aliviado, pidió por teléfono a Madrid un automóvil, que le llevó a su casa, por fortuna antes de que nadie se hubiese levantado.

El tío Julián estuvo quince días sin parecer. Por Pucho que no volviese nunca: al verle se le iba a caer la cara de vergüenza.

Pero el tío Julián, cuando volvió a casa de don Prudencio, no demostró acordarse de lo pasado ni darle importancia; saludó a Pucho con las bromas de siempre, y trabó conversación con Isabel.

—¿Te ha traído ya los trajes la modista?

—Sí, tío. ¡Cuánto te lo agradezco! Estaba ya necesitadísima.

—Tus padres son más roñosos de lo que exige su posición. Una nena como tú merece vestir bien.

—No me quejo—dijo Isabel—. Me hago cargo de que cuestan mucho las cosas. Además, con lo que tú me regalas cada año tengo bastante. Esta vez me has equipado de todo. Eres muy bueno, tío.

—Corriente. Pues esta tarde te pones uno de esos trajes nuevos y vamos a un te de moda. Después, te pondrás otro para la función del Real. Tú, Pucho, vendrás con nosotros. A ti, Fernando, me parece que no te entusiasma el plan.

—No, no me entusiasma. Además, tengo que hacer.

Isabel estrenó aquella tarde un vestido primoroso: sobre un viso de color de fresa, el enrejado de una trepadora figurada en la túnica de encajes verdes con florecillas blancas y azules; algunos insectillos, de élitros de colores metálicos, en la trama de la fingida ramazón. El sombrero se atenía al mismo motivo y era pequeño, "aclochado", encaperuzando hasta la cejas. Quedaban en sombra los ojos claros de Isabel. Su carita infantil era una chuchería, un juguetito delicioso, con aquel tocado. Mirándola daba pena que fuese, en verdad, una mujer, que la esperasen todas las realidades que esperan en la vida a una mujer.

¡Pero sí, sí! La muñeca se humanizó apenas al compás de un vals lento punteó con sus zapatitos bruñidos el parquet. El tío Julián la observaba con una sonrisa ambigua. Cuando estaban, después, en el teatro, la habló así:

—Sobrina: eres monísima y no eres demasiado coqueta.

—¡Ay, tío, por Dios!

—Te lo digo porque me maravilla que no lo seas mucho más. Ahora vamos a ver: ¿qué es ese chico que bailó tres veces contigo? El de la corbata de lazo.

—¡Ah, sí!—hizo que recordaba—. Es abogado.

—Y pobre.

—No sé. Creo que sí.

—Pues ese abogadillo pobre está enamorado de ti. Si no te parece bastante partido un abogadillo pobre, debes desengañarle pronto, cuanto antes, porque no tienes ningún derecho a hacerle daño y porque, además, te lo haces a ti misma.

Isabel se puso seria y respondió:

—Yo no tengo aspiraciones, tío Julián.

—Pero ilusiones, sí.

—Ilusiones, sí, es claro.

—De lujo, de figurar.

—Bueno, sí. Pero...

—Declara tu sentir, sobrina. ¿No lo merezco?

—Pues bien: lo que más me ilusiona es un hombre de talento. Y ese abogadillo pobre... lo tiene.

—¿Estás segura?

—Lo tiene, a pesar de haberse fijado en mí. Puedes informarte, tío. Va a hacer oposiciones a una cátedra y se da por seguro que se la llevará.

—¿Sois novios?

—No, no somos novios... todavía. Todavía no me atrevo a darle una palabra.

—Hasta que gane las oposiciones.

—No por las oposiciones precisamente.

—Comprendido, sobrina. Eres más discreta de lo que imaginaba. Me parecías tonta, y tienen la culpa esos supertangos.

—A los que estoy deseando dejar de ir.

El tío Julián miró a su sobrina con interés. La muñequita estaba muy hermosa y muy triste.

—Isabel—la dijo—, si le quieres, no lo pienses más. Aquí estoy yo. ¿Comprendes? Pero eso que no lo vislumbre tu abogadito hasta después.

III

LAS AFICIONES DE FERNANDO

—¿No tienes otro traje mejor?

—No; no tengo otro.

—¡Caray! ¿Pues qué haces con el dinero que te doy?

Fernando no quería contestar.

—¿Es que se lo entregas a tu madre o a tus hermanos?

—A Isabel le suelo dar alguno. A los otros, no, porque sería tirarlo.

—De acuerdo. ¿Pero qué haces con el dinero que no le das a Isabel?

—Lo guardo. Estoy haciendo un fondo que tiene su destino: viajar. Lo que más le envidio a usted es lo que ha corrido.

El tío Julián miró a Fernando un momento y añadió:

—De todos modos, no vas bien así. Esta tarde te encargaremos ropa.

—¿Para qué?—replicó Fernando, con desabrimiento—. Yo, por ahora, no necesito vestir mejor.

—¿No te gusta?

—¿No me ha de gustar? Me gusta y vestiré bien en su día.

—¿En qué día?

—Me obliga usted a hablar. En el día en que, pagándome yo mi ropa, sea mi ropa y no la librea de criado de nadie.

—Eso no es orgullo, es soberbia.

—Puede que tenga usted razón.

—Y para decírmelo, excusabas haber venido.

—Perdone usted. Yo no he venido a decir eso ni nada. Me ha llamado usted y aquí estoy; me ha preguntado usted y respondo.

—¿Me niegas el derecho a protegerte?

Fernando, que se había puesto en pie, volvió a sentarse, miró a su tío frente a frente y habló:

—Vamos a entendernos, tío Julián. Me parece indispensable. A usted mi madre y mis hermanos le adulan, le hacen una corte servil. Usted se ha acostumbrado a eso, y a mí, que tengo otro modo de ser, no me estima. Por mi parte, me quedo tan fresco. No le necesito a usted. Ahora bien; le he guardado siempre y le guardaré el respeto que

merece. En cuanto a ese derecho a protegerme, lo niego.

—¿No quieres que seamos amigos?

—¿Por qué no?

El tío Julián se encaró a su vez con Fernando.

—¡Basta de desplantes, sobrino! Ni tú ni yo podemos ir contra la naturaleza, que a mí, solterón sin hijos, me manda quererte, y a ti, "espiritualmente huérfano", acogerte a mi cariño. ¿Crees que estoy ciego?

Fernando bajó los ojos, confundido.

—Tiene usted razón.

—Y te guardaré el secreto. Ya nos hemos entendido como tú querías. Y yo te digo: si me correspondes con una ingratitud o si me opones una soberbia injustificada, creeré que tu madre tiene razón.

Iba a replicar Fernando; pero el tío Julián le tomó la vez.

—¡Ni una palabra más sobre esto, sobrino! Ahora yo a mandar y tú, sin rechistar, a obedecer.

—Está bien, tío.

—¿Has acabado ya tus estudios?

—Sí.

—¿Tienes algo que hacer esta tarde?

—Nada.

—Pues la pasaremos juntos. Haz tú un plan.

—A mí me gustaría dar un paseo a pie, entre árboles.

—Bien pensado. Vamos a dar un paseo a pie.

Era una tarde de mayo. Casi hacía calor. Madrid estaba muy alegre bajo un cielo de limpidísimo cristal. Los claveles en la mano de las floristas asaltaban a los transeuntes. Parecía que iban distribuyendo brotes de sangre aquellas mujeres. Olía a claveles toda la Puerta del Sol.

Julián Aduín y su sobrino Fernando caminaban sin hablarse. Altos, escuetos, morenos los dos, llevaban en la mano sus sombreros con el mismo aire de sobria fruición, oreando sus frentes, impenetrables muros. Sus cabelleras undosas, peinadas hacia atrás, como con la mano, diferían solamente en que la del tío era agrisada por las hebras calcinadas en anteriores caldas de horno. Los dos tenían el mismo recortado perfil que recordaba al Dante, el mismo color atezado de marinos e idénticos ojos de un verde profundo. Se imaginaba, al verlos, que eran padre e hijo, callados porque nada se tendrían que decir.

Salieron de la ciudad, anduvieron por el parque. Eran como dos líneas paralelas que seguirían sin encontrarse hasta el infinito.

Caminaron entre el boscaje con paso igual, ni lento ni presuroso. El sol metía su lumbre en las

frondas, en los surcos, como si la sembrase; vino sutilmente una brisa aromada, heraldo de la noche, y muy lejos se oyó el metálico reclamar de una codorniz.

—¿Volvemos, sobrino?

—Como usted quiera.

Dieron la cara a la ciudad, trazando hacia ella ahora las líneas paralelas de sus pasos.

—¿Por qué me hablas de usted, sobrino?

—Porque suena mejor.

—Corriente.

Caminaron sin hablar otro buen trecho.

—Sobrino: ¿tienes novia?

—No, señor.

—¿No te gustan las mujeres, sobrino?

—¿Qué tiene eso que ver?

—Quiero decir si estás enamorado.

—No, no quiero. Sería en mi vida una gran perturbación.

—Eso es confesar que te entregarías.

—Temo que apasionadamente.

—¿No te piensas casar?

—¡Qué se yo! Si me enamoro, me casaré. Me asusta la idea.

—¿Del matrimonio?

—Ya lo he dicho antes: del amor.

Estaban en Madrid. En un tranvía se trasladaron al centro.

—Vamos a tomar una cerveza, sobrino.

Era en la calle de Alcalá. En aquel momento se iluminaba la sarta de perlas de los focos. No tienen crepúsculo las luces eléctricas: nacen y mueren cortando de dos tijeretazos los extremos confusos de la noche.

—Y bien, sobrino. Ya eres doctor. ¿Qué te propones ahora?

—Me inclino a la carrera consular, porque con ella se corre mundo. Preparándome, hace dos años que asisto a una Academia de idiomas.

El tío Julián calló nuevamente, muy atento, al parecer, a las mujeres que pasaban por la acera dejando ese rastro que debió servir al hombre primitivo para perseguir a la hembra a través del boscaje y en las anfractuosidades de los peñascos.

—¡Qué mujeres, sobrino!

—Sí; las hay muy hermosas. Casi todas son muy hermosas, tío Julián.

—¿Qué te parecería, si invitásemos a cenar con nosotros a dos amiguitas?

—Me parecería muy bien.

—Temo pervertirte.

—Tío Julián: llega usted para eso demasiado tarde.

—¡Hombre! Pues a mí el que me parecía de vosotros más corrido era Pucho.

—Pucho es un infeliz.

—Y tú un cínico.

—Siempre le contestaré a usted a tono. ¿Prefiere usted que le engañe?

—No; eso no.

—Pues tenga bien entendido que me encontrará en el terreno en que me busque.

El tío Julián miró a Fernando fríamente y esculpió en él estas palabras:

—Eso lo veremos algún día.

—¡Cuando usted quiera!—afirmó el joven con osada entereza.

—Está bien. Vamos a cenar, pero solos.

—Es mejor.

LA ELECCION

Julián Aduín almorzó un día en casa de su primo Prudencio y, de sobremesa, habló así:

—Bueno, queridos: puesto que mi regreso a Galicia está próximo (en Madrid hace ya mucho calor), voy a someter a vuestra aprobación, a la de los padres digo, un proyecto mío.

El silencio en el comedor fué absoluto.

—Voy para villavieja, y me va entristeciendo la soledad. Por otra parte, los negocios empiezan a cansarme. He pensado en procurarme compañía... No es que vaya a casarme, señores. La

compañía que voy a procurarme es de otro género: del género masculino. Uno de mis sobrinos debe venirse a vivir a mi lado. ¿Qué os parece?

—Hace tiempo—habló Adela—que yo te lo hubiese aconsejado. Me detenía el temor de que creyeses interesado el consejo.

—Yo apruebo tu designio—dijo el jefe de la familia—si eliges el que se haya de ir y el elegido acepta libremente.

—He pensado en Pucho—e hizo una pausa Julián, pausa angustiosa, gravitante, durante la cual Adela, Pucho y Fernando contenían la respiración y evitaban mirarse.

—He pensado en Pucho—dijo, al fin, Julián—. Pero a Pucho le haría un perjuicio, puesto que no ha acabado su carrera.

—Puede acabarla allí, estudiando por libre—se apresuró a decir Adela.

—Si aquí, con la Universidad a la mano, se retarda... Pero no es esa la razón principal. Pucho, y en esto él y yo nos entendemos, no tiene su campo de acción en una aldea de la costa. En fin, he decidido llevarme a Fernando, si él se quiere venir. ¿Qué dices tú, sobrino?

—Que estoy a sus órdenes.

—Convenido. Ya lo sabes, Adela. Prepárale el equipaje. Desde ahora me incauto de mi compañero. Vámonos, sobrino, a arreglar un negocio.

Salieron Fernando y el tío Julián. Poco después salió don Prudencio. Isabel se fué a su alcoba para llorar libremente.

En el comedor, Pucho y su madre se miraban como dos esfinges.

El drama había empezado.

FERNANDO SUELTA LAS AMARRAS

Fernando fué a una tienda, compró varios cajones vacíos y, en cuanto los tuvo en su casa, se puso a meter sus libros en ellos.

Conservaba Fernando todos los libros de la carrera y tenía muchos más, adquiridos como pudo, en las librerías de lance y en los puestos callejeros. Entre los volúmenes había algunas novelas, pero, por regla general, eran tratados de Derecho, de Sociología, de Historia, de Biología y narraciones de viajes. Muchos de aquellos libros estaban editados en francés.

Poco a poco, Fernando se había ido formando su biblioteca. Para acomodarla, construía él mismo, con tablas y listones sin cepillar, una estantería asimétrica que iba saliéndose de la alcoba e invadiendo un cuarto obscuro contiguo a ella. Adela, cada vez que Fernando adicionaba un tramo a su obra, sentía agudizada la necesidad de

poner un baúl o unas perchas en aquella habitación.

—No te lo consiento. Mientras las ropas se arrugan, eres un maniático, que nos vas a llenar la casa de librotes que sabe Dios los microbios que traerán.

—Es que va para sabio—decía Pucho.

Fernando, en cierta ocasión, planteó el pleito ante su padre a la hora de comer.

—Sepamos si se pueden tener libros en esta casa. Los pocos que reúno les molestan a todos.

—Menos a mí—dijo don Prudencio, y el pleito quedó fallado sin apelación.

Ahora Fernando iba quitando libros y dejando al descubierto los muros, casi tapizados de telarañas. Las arañas corrían, fugitivas, haciéndole chillar a Isabel.

—Eso demuestra lo que usabas esos mamotretos.

—Y lo que se limpiaba mi habitación, mamá.

—Mañana—añadió la madre, sin recoger la alusión—encenderemos la cocina con esos tablones.

Fernando, que estaba en mangas de camisa clavando la tapa de un cajón, se irguió, en el aire el martillo, para mirar a su madre y decirle:

—Quemadlo, quemadlo todo y que no quede rastro de mí.

Adela le volvió la espalda y salió. En el pasillo le dijo a Isabel:

—Este hijo mío hasta el último momento me ha de mortificar.

Isabel, sin que su madre lo viese, se llevó el pañuelo a los ojos, que los tenía arrasados.

Fernando acabó de clavarle la tapa al cajón de libros, y, aunque le quedaban otros tres por cerrar, después de consultar el reloj, suspendió aquel trabajo para lavarse y vestirse, acuciado por la impaciencia.

En un tranvía, poco después, fué más allá de los Cuatro Caminos. En aquel barrio había un bar cuyo encargado, al verle entrar, saludó a Fernando cordialmente.

El bar era estrecho y profundo; tenía el estucado de las paredes amarillento, divanes rojos con calvas, desvahídos, y deslustrados los tableros de mármol de las mesas, en los que algunos parroquianos habían grabado sus iniciales a punta de navaja. Al fondo, el bar hacía ángulo con otra nave más corta donde no se apagaba la luz artificial. En este departamento, todo era sórdido y mugriento.

A la hora en que llegó Fernando no había nadie ni en el bar ni en el reservado recóndito, cuya existencia ignoraban muchos. Fernando cruzó la primera sala y se metió allá dentro. El camarero,

un muchacho que debía ser tuberculoso, le preguntó:

—¿Espera?

—Sí, espero; pero tráeme cerveza.

Minutos después acudió Narda. Entró en el bar precipitadamente y fué decidida al escondrijo.

—¡Huy, chico!—dijo, sentándose al lado de Fernando—. Vengo que me ahogo de correr.

Respiraba frecuente, perceptibles, bajo las convexidades de su traje de punto, los golpes del corazón. Narda era una madrileña admirablemente formada, prieta de carnes, fina de cabos y vivaz de movimientos: puro ejemplar de ese tipo de gatitas, hechas en el molde goyesco. Un velillo a media cara la servía para recatarse como a una tapada de la época del rebocillo, dando sombra de misterio y picardía a las pupilas chispeantes y dejando solamente visible el trazo de almendra de la inquietante barbilla. Narda era un granito de pimienta.

—Oye, ¿qué tienes, tú? Para verte esa cara no valía la pena de haber cruzado Madrid.

—Ahora hablaremos, Narda.

Acababa de entrar en el recoveco del bar un sargento acompañado de su amiga, mujer opulenta, con el pelo en conchas oleosas, las facciones bastas y más de treinta años bien nutridos. Era guapa con desgarro. Sus manos, gordas, estaban

cuajadas de sortijas con diamantes mortecinos. Si no era chamarilera o corredora, lo parecía, al menos.

—Me conoce ese—le dijo Fernando a Narda—. Es del Regimiento en que yo hice mi servicio de cuota. No tengo más remedio que saludarle, porque es un hombre cabal. En cuanto lo salude nos largamos.

—Tu manía de traerme a estos tugurios me costará un disgusto cualquier día, Fernando.

Fernando saludó al sargento brevemente y se llevó a Narda de allí. Ella hurtaba el rostro a la fisga de la corredora.

Cruzaron la plaza de los Cuatro Caminos, que hervía de gente, y bajaron hasta el paseo de Rosales, casi desierto. Allí se sentaron en un banco, cara a la sierra, ya ennegrecida por la noche. A sus pies se espesaba el misterio de las frondas del valle del Manzanares, acribillado de lucecillas pálidas como estrellas caídas que se muriesen en ansias de volar.

El banco, al borde casi del terraplén, estaba en la penumbra. Allí cerca, unas cuantas niñas, que no distinguirían bien a los novios, cantaban, cogidas de las manos, las mismas canciones que cantaron sus madres y sus abuelas: "Mambrú se fué a la guerra..., no sé cuándo vendrá."

Narda, en la justedad del vestido de calceta,

cruzados los pies, calzados con lujo, perfilaba en la semiobscuridad azulada de la prima noche, su figura rotunda.

—Narda: mi tío Julián quiere que me vaya con él a Galicia.

—Vete. De todos modos durante el verano te habrías de marchar. Lo mismo me da a Galicia que a otra parte.

—No se trata de eso, Narda; mi tío se propone llevarme con él... para siempre.

Narda oyó la noticia con aparente impasibilidad. La poca luz no le permitió a Fernando verla endurecerse, enrigidecerse como transfundida en bronce. Así su silenciosa inmovilidad.

Fernando, con los codos en las rodillas y las manos entrelazadas, aparentaba doblegarse bajo la pesadumbre de su sino.

El coro de niñas seguía cantando la canción de Mambrú.

—Quiere decir—habló, al fin, Narda—que esto nuestro ha terminado.

—No, mujer.

—Sí, hombre. ¡Ha terminado!—Narda hablaba con la mirada perdida en la noche, sin inflexiones en la voz, como si recitase, como si decorase, sin darle entonación todavía, la parte de la primera actriz en un drama cuyos parlamentos se propusiese gravar en la memoria—. Ha termina-

do, Fernando, y no me sorprende este final. Desde que caí, desde que me conseguiste, lo esperaba. Más te diré: me parece mentira que haya durado tanto tiempo después tu condescendencia. Ha querido Dios concederme esa tregua para que me acostumbre a la idea de que estoy perdida. Si esto que acabo de oír me lo dices al día siguiente de mi locura y tu arrepentimiento, hubiera yo sido una de tantas pobres chicas que se suicidan para escapar a la vergüenza y al desengaño. Hoy te he escuchado sin estremecerme. Me has tenido durante el año que te faltaba para acabar tranquilamente tu carrera. Mi amor y tus mañas te ahorraban sobresaltos y te aseguraban el placer. Hoy debo agradecerte aquello que era lo más perverso de todo: mi desgracia no es tanta que haya nada en mi sangre de ti. Lo que había en mis ilusiones tú lo has ido matando poco a poco. Eres un malvado, un criminal precavido, egoísta y calculador. No debe dolerme tu abandono. Ni me quisiste ni ya te quiero. Sigue tu camino. Sólo te exijo que sepas callar.

A este discurso no replicó Fernando inmediatamente: lo pensó antes de decir:

—Te he dicho que me marchaba. Tú conviertes un paréntesis en punto final. Bien claro se ve que lo estabas deseando.

—Creo que sí, porque me siento como aliviada

de una carga penosa. Ya no podía evitar que fueses mi seductor; pero empezaba a no resignarme a que fueses mi dueño. Me devuelves lo único que es posible: la libertad. La acepto, Fernando.

—Mujer: tu frialdad en este momento es tan elocuente como en otros. Nunca me quisiste de veras.

—Puede ser. Y si eso te sirve ante ti mismo de descargo, mejor para ti.

Se puso en pie Narda.

—¿Te vas?

—Sí. Aquel tranvía es el de mi barrio. Voy a cogerlo.

—Pero... ¿te vas así?

—No tenemos cartas que restituírnos, porque, cauteloso, no escribiste. Las cosillas que nos hemos regalado, no merecen la pena. ¡Ah! Por si subes, por si heredas, te advierto que, como gano mi sueldo, no necesito nada, y, como soy orgullosa, nada admitiría. ¿Hay algo más que liquidar?

—Mujer, yo quería...

—Tú no querías nada. Tú estás deseando perderme de vista. Que te vaya bien.

El tranvía llegaba a la parada discrecional. Narda avisó al conductor agitando su pañuelo y marchó hacia él gentilísima, con sus pasos menudos y veloces. Después, su figura rotunda se recor-

tó un momento en la plataforma. Partió el tranvía, se alejó. Su lucecilla roja parecía una gota de sangre que se perdía en la noche.

UNA VISITA DE CUMPLIDO

—Ponte un traje negro, arréglate bien, porque me vas a acompañar esta tarde a una visita de cumplido.

Obedeció Fernando. El sastre de categoría elegido por el tío Julián rectificó, estilizó las líneas del mancebo, imprimiéndoles un empaque de *gentleman*. Estudioso el joven de las líneas y ademanes de su protector, se las asimilaba fácilmente y las hacía suyas como si se revelaran en él ingénitas aptitudes ahora manifestadas espontáneamente.

El tío Julián, observando a su sobrino, se veía a sí mismo veinte años antes y se decía, en el secreto de su conciencia: "Este muchacho es igual a mí en cuerpo y alma. ¿Cómo no habría reparado antes en ello? Ese asno de mi primo ha servido, por lo menos, para engendrar un Aduín."

—Está bien, sobrino. Veo que sabes llevar la ropa.

—Lo importante era tenerla.

—Lo importante, sí; pero no lo elegante.

—De acuerdo. Lo elegante es cuestión de una autoobservación y disciplina incesantes y rigurosas, pero absolutamente ocultas para los demás.

—¿No crees en la elegancia ínsita, ingenua, instintiva?

—Esa autoobservación y esa disciplina pueden ser indeliberadas, naturales. Los animales elegantes, como el caballo, como el águila real, poseen ese instinto de admiración y culto a su propia belleza. Un león es hermoso, pero no es elegante; un pavo real es cursi.

—No me disgusta esa clasificación.

A la puerta del hotel un soberbio automóvil brillante y robusto los esperaba.

—Este es el coche que he comprado. ¿Qué te parece?

—Yo entiendo poca cosa de esto, pero me parece magnífico. La impresión es de una máquina fuerte y segura. Debe haberle costado a usted un dineral.

—En él vamos a hacer el viaje. Luego, allá en nuestro retiro, lo aprenderás a conducir.

Se acomodaron en los mullidos asientos del torpedo, que, después de un resoplido de gigante, partió.

—Vamos a visitar a una señora a quien yo conocí en América. Su marido y yo llevamos juntos algunos negocios. Yo tengo contraída con esta se-

ñora una deuda de gratitud. Procura hacerte agradable.

Se acabó de abrochar los guantes el tío Julián y añadió, de pasada:

—Por cierto que tiene una hija bastante linda. Y, sobre todo, muy bien educada y muy discreta. Ya verás. Y una buena moza.

—A mí no me gustan las mujeres pequeñas —dijo Fernando.

—Ni a mí tampoco.

—¿Son bonaerenses sus amigas de usted?

—No; es decir, la chica nació allá, pero de padres españoles.

—¿Hace mucho tiempo que regresaron?

—Sí, hace años. La chica se ha educado aquí.

Callaron los dos. Fernando, retrepado en el asiento del coche, llevaba la mirada en el cielo, en la nada diáfana del cielo, que aquella tarde apenas tenía color.

La casa en que vivían las amigas del tío Julián, en el barrio de Salamanca, tenía buen aspecto: entrada de coches, portero de librea, ascensor eléctrico de lujo. En el piso, les abrió la puerta una doncellita primorosamente uniformada, que les pasó en seguida a un gabinetillo primoroso.

No tardaron en aparecer las dueñas de la casa. Eloísa, como de cuarenta años, tal vez algunos menos, mujer arrogante, en vistosa madurez, tri-

gueña, de un rubio denso de tabaco y bellos ojos de ámbar obscuro. Debía tener un carácter autoritario e irritable. Examinó, escudriñó a Fernando con la mirada de un modo impertinente.

—Mi sobrino Fernando.

—¿Este es el doctor?

—Este es.

—Me dijo su tío que tiene usted espíritu andariego; que se propone ser cónsul para recorrer países.

—No se trata—respondió Fernando— de una vocación. He pensado en ello, es verdad, como en un desquite. Los estudios son, al fin, una especie de cautividad, señora.

Al tío Julián debió de complacerle mucho esta contestación.

—Sale de la Universidad desorientado—dijo—. Se asoma ahora a la vida. ¡Qué sabe él!

Eloísa tocó un timbre y ordenó a la doncella:

—A la señorita dígala que venga a saludar al señor Aduín.

—Si ella estaba en sus cosas...—dijo el tío Julián.

—Ya sabe usted con cuánto gusto le ve siempre.

Apareció Lydia un poco azorada. Fernando la examinó, la analizó durante toda la visita. Un gesto de estupor, de sobresalto, asomó al rostro

de Fernando cuando la hubo visto bien; un movimiento de revelación mental, reprimido en el instante, sin que nadie, por fortuna, lo advirtiese. Lydia, sin formar del todo, mimbreña, no pasaría de los diez y siete años. Era una morena sin garbo todavía, fina, perfilada, con la boca un poco grande y los ojos bellísimos. Iba a ser Lydia muy pronto una gran mujer.

Hablaban principalmente Julián y Eloísa. Los jóvenes, aplicados a estudiarse mutuamente, cambiaban pocas palabras, insignificantes.

—¿Viven ustedes siempre en Madrid?

—Desde que vinimos de América.

—Yo quiero precisar el recuerdo de haberla visto a usted antes de ahora.

—Es difícil. Me pasaba los días en un colegio.

—De donde trae usted esa costumbre avara de bajar los ojos.

—Es verdad—dijo ella sencillamente—. Y voy a procurar corregirme. Advierto que es usted muy observador.

—De lo que me interesa.

—La humildad de una colegiala tiene ese peligro. Como vela el carácter, suscita la curiosidad.

—Su nombre de usted es Lydia, ¿no? ¡Qué lindo es!

—A mí me gusta.

—Pediré permiso a su madre para visitar esta casa alguna vez.

—Por concedido. Su tío Julián es un antiguo amigo nuestro que se deja ver muy poco: una o dos veces, cuando viene a Madrid. Mamá y yo celebraremos que el sobrino sea más sociable. Aunque me parece que nos vamos a ver con frecuencia. Oiga usted lo que dicen.

Eloísa y el tío Julián hablaban del veraneo. Eloísa le hacía a su amigo el encargo de buscarle algún *chalet* o casa a propósito en las Rías Bajas.

—Lydia no tiene todavía edad para aficionarse a las playas de moda. Necesita, más que diversiones, higiene, ejercicio al aire libre y baños de sol. Mi médico me ha recomendado insistentemente los baños de sol. Porque practicara el francés hemos veraneado hasta ahora en Guethari; pero me gustaría ir a Galicia este año. ¿Qué dices tú, nena?

—Que sí; que deseo, por mi parte, conocer aquella región. Me parece que me va a gustar.

El tío Julián prometió hacer las necesarias gestiones, y con esto se acabó la visita. Lydia, al despedirse de Fernando, le miró generosamente, mostrándole, al fin, sus enormes pupilas, de un color obscuro imprecisable.

—¿Qué te han parecido mis amigas, sobrino?

—La madre me ha parecido dominada por alguna idea fija, por algún tesón.

—¡Sí quieres tú saber!

—Es a primera vista. Luego resultará que no tiene nada en qué pensar.

—En su hija. ¿Te parece poco?

—¿No son ricas?

—No. Y aunque lo fuesen. Una señorita es un problema.

—Desde luego. No crea usted que yo olvido el problema de mi hermana.

—Ni yo. Pero no me dices nada de Lydia.

—Lydia va a ser muy hermosa; lo es ya.

—Creo que has estado un poco zamuzo.

—La falta de costumbre. Ella, en cambio, me ha dado una lección de buen trato. En eso es encantadora.

—Es encantadora—repitió el tío Julián—, es una criatura encantadora.

—Me gustará que pasen el verano en Galicia; me gustará tratarla, conocerla. Me ha parecido muy inteligente. Lo que no me explico es cómo no se la ha presentado usted a mi hermana Isabel.

—Hombre, es verdad—dijo naturalmente Julián Aduín—. ¡Pues porque no se me había ocurrido! Ahora ya no ha lugar porque nos vamos todos. Y... mira: para que no me tome a mal tu

hermana esa omisión, lo mejor es que no digas en tu casa nada de esta visita.

—Lo mismo había pensado yo.

DESPEDIDA

Apenas salió el equipaje de Fernando, invadieron el cuarto obscuro las perchas para los vestidos femeniles y las cajas de cartón. No esperó la impaciencia de las mujeres a que se fuese Fernando. Tal sucedía en su alcoba, destinada a cuarto de baúles, y en donde encontró varios. Como uno de ellos le estorbase, lo apartó, dándole tumbos sin contemplación.

Pues harían el viaje en automóvil, el tío Julián dispuso que saliesen a las cinco de la mañana. De víspera trajeron de un bazar de artículos de viaje un guardapolvo de alpaca, una especie de casco del mismo género y unas gafas de automovilista de enormes cristales, que recordaban las escafandras de los buzos.

—Mucho aparato de *sport*—dijo Pucho—para quien no sabe conducir y de seguro se marea.

Fernando acudió aquella última noche a la hora de cenar con el tiempo preciso para sentarse a la mesa.

—¿Vas a llevar puesto ese traje tan nuevo?

—Sí. Como va uno enfundado en el guardapolvo no se ensucia la ropa. Pensamos detenernos en León, y a todo evento, conviene ir presentable.

—Para tus gustos, va a resultar violenta tanta elegancia.

—¡Bah!—comentó Pucho—. Vivirá en una aldea entre pescadores. Para andar entre el aceitazo de la fábrica de latas de sardinas se pondrá trajes de mahón. El tío Julián, cuando se asoma a Madrid, las da de elegante, y hay que ver cómo va: es una silueta de marquetería. No lo puede disimular el tío Julián: es un industrial, un mercachifle adinerado.

—Hay algo de eso—dijo Adela—, algo de rico nuevo.

Don Prudencio ahogó la murmuración mirando a Pucho severamente.

—Julián es un hombre admirable—dijo—. Y sobre todo, nos hace mil favores, que no se le deben pagar quitándole el pellejo.—Después, mirando a su otro hijo, cambió de tema—. Para cuando hagas oposiciones debías haber prevenido la documentación.

—Todo está listo. Me llevo la partida de nacimiento por duplicado, la licencia militar, certificaciones de estudios y cédula personal. El depósito para la obtención de los títulos de licen-

ciado y de doctor también ha querido dejarlo hecho el tío Julián.

—¡Hasta eso!...dijo Adela—. Como si te fueses a América, hijo mío; como si te fueses a América.

—Lo mismo—respondió Fernando categóricamente.

El resto de la cena transcurrió en silencio. Al final, don Prudencio dijo:

—No tendría objeto que nos diésemos un madrugón para despedirte, y como tú debes acostarte en seguida, digámonos ahora adiós. Has tenido la suerte de que el tío Julián te prefiera. Espero que sepas corresponderle con una conducta leal y honrada.

—Eso me propongo, padre.

Pausa muy difícil, silencio agonioso. Al cabo, Fernando supo decir:

—Aunque vendré a casa con frecuencia, una vez al año, cuando menos, al parecer me separo de vosotros. Yo os ruego a todos que si sucede en casa algo... anormal, me aviséis inmediatamente.

Un hálito frío besó las nucas de todos.

—Algo extraordinario como una boda, por ejemplo—añadió Fernando.

—No digamos que no—comentó Pucho.

—La tuya, la primera, por orden de edades —le devolvió Fernando.

Don Prudencio levantó la sesión.

—Ea—dijo—, vete a dormir.

Se puso en pie Fernando y todos con él. Primero abrazó y besó a Pucho, sin decirle nada; después, a Isabel la besó más fuerte y la dijo:

—Si veo que allí lo pasarías bien, le convenceré al tío Julián para que te lleve temporadas.

Ahora abrazó y besó a su madre.

—Mamá: perdóname los disgustos que te he dado y acuérdate de mí. Acuérdate de mí sobre todo si te hago falta, lo que no quiera Dios.

Por último, en los brazos de su padre, habló así:

—En cuanto a nosotros dos, estar cerca o estar lejos es lo mismo. Y se acabó. Nada de suspiros ni lágrimas. Hasta la vista todos.

Dió media vuelta y salió del comedor. Adela e Isabel lloraban. Pucho se miraba las uñas, y don Prudencio permanecía inmóvil, impenetrable.

—¡Qué sereno y qué frío es!—sollozó la madre.

—Pero en el fondo es bueno—se rompió la voz de Isabel.

—¡Es un Aduín!—falló don Prudencio.

Pucho no dijo nada.

IV

EL VIAJE

Antes de salir el sol, Fernando Aduín, asomado al balcón, esperaba a su tío Julián. Bajo un cielo de éter, el silencio en la calle era tanto y tan limpio, que le permitió reconocer la bocina del automóvil cuando todavía sonaba muy lejos. Fernando fué a su habitación, tomó sus bártulos, miró a todas partes con esa sensación de dejar algo de nosotros allí donde hemos vivido, y salió por fin. En el pasillo, la atmósfera caliente e impregnada de vahos y emanaciones, le desagradó después de haber respirado las puras auras mañaneras.

Nadie había despertado, o, al menos, nadie salía de su alcoba para despedirle. Hubo de despabilar a la sirviente, que debía cerrar la puerta

de la calle cuando él partiese. La echó por delante con el maletín de mano, y solo de nuevo en el pasillo, dudó. Iba a entrar en la alcoba de Isabel cuando ella apareció como una vestal. Se abrazaron y se besaron en silencio largamente. La bocina del automóvil sonaba ya en la calle. Fernando se separó de su hermana.

—Adiós, nena. Me parece que tú eres lo único que me dejo aquí. Te he de llevar cuanto antes a mi lado.

Isabel cohibía los sollozos. Estaba muy hermosa, tan blanca, en trenza el pelo, con su ropa de noche, como una vestal.

Por la escalera fué Fernando abrochándose el guardapolvo, calándose el casquete y ciñéndose las antiparras con las que no le vería el rostro el tío Julián.

También el tío Julián parecía haberse enmascarado deliberadamente. Sólo mostraban ambos la boca y la barbilla. Aquellas dos bocas rasgadas, de labios delgados y dientes firmes, se dieron los buenos días y sonrieron. Lo sonrisa, no viéndose más que la boca de quien sonríe, adquiere una especial significación: parece que las bocas tuviesen ojos, que asumiesen toda la virtud expresiva del rostro completo. Es, tapando los ojos a una persona y viéndola sonreír, cómo se advierte que las pupilas pueden mentir y las bocas no. Por

el testimonio de los que han sido víctimas de robos por cuadrillas de malhechores que se enmascararon con gasas sin orificio para los ojos, se sabe que las bocas, al contraerse en la sonrisa sanguinaria, son mucho más espantosas que las miradas homicidas.

Se dieron los buenos días aquellas dos bocas rasgadas, de delgados labios, con una sonrisa que tenía algo fiero, precursor de la acometida, mientras los ojos, encuadrados en sus gafas de motoristas, permanecían indiferentes, como los vidrios de los faroles apagados, y el automóvil se puso en marcha.

Iguales los guardapolvos, de color de barquillo; iguales los casquetes, iguales las escafandras de dril y de cristal, iguales las líneas de sus cuerpos largos, enjutos, angulosos, e iguales las bocas pálidas y los dientes blancos y robustos, nadie hubiera podido decir quién era Fernando y quién era el tío Julián.

Así salieron de Madrid, tramontaron la sierra del Guadarrama—el automóvil vigoroso por la carretera proclive y sinuosa—y así se abrió ante ellos el panorama de Castilla, en donde parece que todo ha concluído, que es inútil buscar nada más allá. Los pies en la barra de níquel, las manos en sus quirotecas, cruzadas, los bustos como atornillados a la carrocería del torpedo, el *chauf-*

feur pudo imaginar que conducía de contrabando dos momias, a las que, para disimular, hubiese vestido de automovilistas.

En Valladolid almorzaron. El tío Julián, mientras fumaba en el *hall* del hotel, habló a su sobrino:

—Buena prueba viene haciendo el automóvil. Unicamente ha cambiado en la cuesta de Madrid para ganar el alto del León.

—Sí—apoyó el sobrino—: es una máquina formidable.

Y no hablaron más apenas. Se enfundaron de nuevo, volvieron a sus puestos en el coche y empalmaron la ruta. Durante toda la tarde, a gran velocidad, cruzaron las estepas rojas y amarillas. Cuando la bola candente del astro rey parecía ir a rodar por la bandeja de oro de los campos de mies, entraban los viajeros en León. El tío Julián ordenó al mecánico que los llevase a la catedral directamente.

—En este momento se proyectan casi horizontales los colores de las vidrieras—dijo.

Y era así en efecto. Todos los colores hacían a la cruz la ofrenda luminosa de la tarde. De las vidrieras al altar se tendían banderas de resplandeciente policromía, gasas maravillosas. El templo parecía construído para que el sol, al retirarse cada día, dejase allí en custodia sus vesti-

dos de gala. Cofre repujado digno de atesorarlos era la fábrica portentosa.

Genuflexos, oraron Fernando y el tío Julián.

Después, en el hotel, el tío Julián le decía a su sobrino:

—A mí me gusta, de vez en cuando, asomarme a la Edad Media, que es como sumergirme en un baño confortante. Dirán lo que quieran de la brutalidad de aquellos tiempos; pero es innegable que el factor hombre se apreciaba en mucho más que hoy. Una voluntad bien templada y unos músculos de roble eran eficaces. Fué el reinado de la energía neta. A mí me gustaría haber vivido en una época así.

La mitad de la jornada siguiente fué, como la anterior, de caminar callados los viajeros a través de las bravías anfractuosidades de la montaña: masas que no se resignan a la quietud y amenazan continuamente un nuevo cataclismo.

Como iba cayendo la tarde, el panorama se enverdecía y suavizaba; herbales, oteros y robledas lo adornaron, y el agua saltarina le dió su jugo.

—No corras ahora tanto—ordenó Julián.

Y quitándose las gafas y destocándose, invitó a su sobrino:

—Respira ahora hondo, que el aire es puro. Las polvaredas se han quedado atrás.

Limpia y hasta brillante, con la grisácea lisura del recebo de sílice, la carretera era ya muy otra.

—¡Es Galicia!—decía el tío Julián con entusiasmo—. Galicia la dulce, la frondosa, la melancólica y acogedora Galicia. A terriña meiga, sobrino... La... ¿cómo te lo diría yo? No tiene traducción. ¿No sabes gallego?

—No, señor.

—Es el idioma de tus mayores, el que habló tu padre hasta que renegó de su linaje, haciéndose covachuelista. Te aplicarás a aprender el gallego. Ya verás qué fácil es para ti. ¡Como que lo traes en la sangre, rapaz!...

LA CASA DEL "AMERICANO"

Muy temprano, con la curiosidad y solicitud de quien ha entrado de noche en un paraje desconocido, salió Fernando a la galería, emplazada cara al mar, en la ladera. ¡Bello era el escenario por Dios! Una ancha ría iba apaciguándose tierra dentro entre cerros suaves con curvas de mujer. La vegetación era espesa y ufana desde el bancal de maíz, con sus plumachos jalde, a los pinares de las cumbres; con el ornato y perfume de eucaliptos enhiestos, las manchas de alisos melenudos y las extensiones de robledas centenarias.

Entre dos penínsulas, la bahía famosa, y en una de ellas, Atlántica, la ciudad riente, se asentaba en un declive e iba metiendo en el mar sus rellenos, sus barrios y la fábrica audaz de sus muelles, donde el granito blanqueaba como recién labrado, ofreciendo a las naves sus albergues seguros, en traza que Fernando, desde lejos, veía semejante a las fichas de dominó que los jugadores han ido colocando sobre una mesa de cristal.

El tío Julián, *el Americano*, como le llamaban en el pueblecillo, había hecho edificar su residencia al cobijo de una robleda magnífica formada por los ejemplares más recios y eminentes del contorno. La robleda fué el motivo de dilección. Así, a la espalda del edificio había un campo verde, bajo el palio, los gromos conjuntos, al que no parecía haber llegado la mano del hombre. Y era emocionante contemplar fronteras, contrastando en las costas opuestas de la ría, la urbe simétrica, modernísima, y aquel testimonio del pasado, majestuoso y solemne como un templo druídico.

—¿Qué? ¿Te gusta, sobrino?

—Es un encanto esto, tío Julián.

—Aquí debajo tenemos la fábrica. Si has desayunado, vamos a verla.

Hasta momento tal no había reparado Fernando en un pueblecito costero que estaba casi a sus

pies; veía las cubiertas de teja romana verdinosa con ringleras de cantos que servían para que no destejase el vendaval en los días de invierno; las callejas absurdas hasta la orilla del mar, y un puerto pequeño, pero robusto, formado por dos malecones en forma de hoz, semejantes a dos dedos de una mano que tomase un pellizco de ría. A un lado del pueblecillo, en el macizo de unas rocas desmontadas, se asentaba la fábrica de conservas, cubierta de teja plana roja y alegre, con grandes claraboyas de cristales y la chimenea de ladrillo, fina, alta y esbelta, que tenían cierto aire de conquistadores.

Al cruzar las callejas, los raros transeuntes saludaban respetuosos al tío Julián. En el puerto, las mujeres que remendaban las redes pardas, de las que se desprendía un fuerte olor a creosota, quedaban con la aguja de madera en el aire para mirar al *Americano* y a su sobrino.

En la fábrica vió Fernando casi al mismo tiempo todas las operaciones, desde que entra el pescado, se le destripa y se le lava, hasta que se empaquetan los envases. Una legión de mociñas, con los brazos desnudos, preparaba y aderezaba. Había en la fábrica un denso y penetrante olor que impregnaría a aquellas mujeres, cuya carne debía saber a sardina, como la de las gaviotas.

Por donde iban pasando Julián Aduín y su

sobrino una ola de rubores los acompañaba.

Las obreras eran casi todas hijas de los pescadores que abastecían la fábrica y de las mujeres que componían las redes.

—Esto es un feudo, tío.

—Es un pequeño mundo, que yo he ordenado de modo que haya siempre paz. Nuestros intereses son todos unos; la fábrica asume la vida del pueblecillo, que ya vive de ella y para ella. Aquí tienes tú, abogado, donde estudiar. Yo he establecido una especie de accionariado obrero, mediante el cual los beneficios de la industria se distribuyen en proporción al capital y al esfuerzo. Por ahora me va bien.

—¿Es un ensayo?

—No. Es que llegué aquí muy cansado de luchar solo, de emplear mi energía individual y confiarlo todo a ella. Descanso así.

En un escampo entre cinco robles, bajo el dosel de sus ramas entretejidas, sobre una mesa de corcho allí construída exprofeso, les sirvieron el yantar. Caía el sol en los verdores de la campiña; en el mar, según las profundidades, el agua era verde manzana o azul. Panda la ría, las navecillas la surcaban serenamente.

—Es delicioso esto, tío Julián.

—Esto—dijo el tío Julián—es lo más hermoso del mundo. Por eso volvemos los que nos vamos.

A Galicia no es posible olvidarla. El emigrante del interior se expatría. Nosotros, no.

En la ría entraba un trasatlántico majestuosamente. Venía de muy lejos. El tío Julián lo miró; después llenó su copa, bebió y dijo:

—A mi padre y a tu abuelo les aceleró la muerte la transformación del comercio marítimo que determinó la navegación a vapor. A mí me hubiese sucedido lo mismo.

Ultimamente, el tío Julián, dejando a un lado divagaciones:

—No te estorbará—dijo—conocer este negocio de la pesca, como no estorba nunca el saber. Pero no te he traído para eso.

—Supongo que he venido a ser útil en algo.

—Mal supuesto si entiendes por esa utilidad trabajar en mis negocios al por menor. Yo te iniciaré en el alto comercio, y si tienes temperamento de financiero, te lanzaré. Estudia, sobrino; sigue estudiando, que todo llegará.

Vinieron a levantar el servicio y el mantel Moncha y Adigna, dos mozas garridas, derechas, cimbreantes, de rostros frescos y mirar humilde: dos maruxiñas mansas y dulzonas, pero fuertes y macizas. Fernando las miraba con interés.

—Te aconsejo que no las vuelvas a mirar de ese modo, sobrino. Nada de complicaciones, ¿eh?

Fernando respondió sencillamente:

—Conformes.

—Por de pronto—habló el tío Julián, que debía estarle dando vueltas a una idea—, vas a suspender tus estudios durante el verano. Descansa y fortifícate. Estás delgaducho. En otoño te diré lo que debes hacer. Entonces veremos si conviene eso de la carrera consular. Quizás sí, quizás no. Hablaremos, hablaremos del porvenir en otoño.

—Como usted quiera. Por no perder la costumbre, leeré alguna cosa.

—No me parece mal.—El tío Julián se puso en pie.—Bueno, y ahora ve y vístete, porque vamos a Atlántica.

Fernando fué a su habitación, y halló toda su ropa colocada en los armarios. Moncha y Adigna sabían colgar un traje, disponer las corbatas y brillar el calzado con la pericia y detallismo de un buen ayuda de cámara. La comida había sido excelente, a cargo de otra galleguita a quien Fernando viera en la cocina, instalada con los adelantos modernos. Estaba bien servido el tío Julián.

A Fernando le habían asignado un departamento alegre y cómodo: un despacho, una alcoba y, contiguo, un cuarto de baño, todo espejeante. La alcoba tenía una gran ventana a la robleda, y el despacho una salida a la balconada, sobre la galería. El moblaje de ambas estan-

cias estaba sin estrenar. En muchos detalles podía apreciarse que la instalación del cuarto de baño era reciente, hecha "para hospedar al sobrino, que pensó traer en su último viaje el tío Julián".

Fernando tomó posesión de todo aquello cantando entre dientes.

GESTIONES EN ATLANTICA

Desde la casa del "americano" a Atlántica se podía ir de dos maneras: por tierra y por mar. Por tierra era necesario dar un rodeo, adentrándose hasta el punto en que la ría dejaba de serlo y un río lo dejaba de ser también, en donde había un puente sobre las aguas ni dulces ni saladas. La carretera, que iba bordeando la costa, a trechos sobre acantilados, era una vía muy amena por la variedad de panoramas que ofrecía al viajero. La ruta marítima brindaba, en cambio, la emoción de una travesía breve, durante la cual se podía contemplar el marco del espejo, irregular y ornamentado como una cornicopia.

—¿Qué camino prefieres, sobrino?

—Prefiero navegar.

Lo hicieron en una canoa larga y estrecha, pintada de blanco, que era propulsada velozmente

por un motor de gasolina. En línea recta pasaron de una orilla a otra, como, si en vez de bogar, se deslizasen sobre hielo. El tío Julián llevaba el timón.

Atlántica era una ciudad flamante, como acabada de inaugurar. La piedra en todos sus edificios tenía el color fresco y las aristas vivas. En las calles, el asfalto conservaba el brillo hialino apenas hollado. Las maderas de las tiendas y el esmalte de los tranvías no debían estar secos aún.

—Todo es de hoy—dijo Fernando.

—Todo—respondió el tío Julián—. Cada día se retoca y renueva este pueblo, porque ama su juventud.

La vida en Atlántica era esencialmente mercantil. Apenas había fachada que no estuviese casi captada por muestras enormes, anunciadoras de una Compañía de navegación, de seguros marítimos, o de un gran almacén. Las oficinas de los Bancos, con sus mostradores de mármol y sus divisiones de cristales biselados, allende los que muchos empleados trabajaban de prisa, acentuaban la impresión de actividad y de riqueza. Circulaban muchos automóviles y camiones gigantescos con grandes balumbas de cajones, barricas y fardos. En el puerto novísimo, entre el laberinto de rieles y de mástiles, las grúas titánicas no cesaban de bracear.

El tío Julián iba de una oficina a otra negociando con rapidez desconcertante; sus determinaciones eran inmediatas y certeras: compró libras, vendió dólares, transfirió con prima un cargamento de algodón. Jugaba de memoria con cifras importantes, como despreciándolas. En todos los centros bursátiles, cuando aparecía *el Americano*, su presencia era acogida con respeto, amabilidad y expectación. Los banqueros oían sus palabras, dichas con desdén, como si estuviesen escritas en cheques. Pronto comprendió Fernando que de aquella febrilidad financiera de Atlántica era Julián Aduín uno de los principales propulsores: primer accionista de las Empresas de aguas, de luz, de tranvías, del Banco regional, de una Compañía de navegación, cuyo gerente, al oír la voz del millonario, salió a recibirle solícito y reverente como un criado.

—¿Qué te parece, sobrino?

—Viniendo de Madrid y del medio en que yo vivía, esto aturde un poco. Me parece que me he asomado a un mundo nuevo, agitado y deslumbrador. Ser un hombre de negocios en grande, como usted, es ser un hombre superior. Me entusiasma esa profesión, y acabo de comprender que mis librotes me enseñaban poca cosa, que todo era artificioso y vacío. ¡Quiero ser comerciante, tío Ju-

lián! He descubierto que es ésa mi verdadera vocación.

El tío Julián eludió por de pronto una respuesta.

—Ya hablaremos de eso, sobrino. Ahora vamos a hacer otra gestión.

Entraron en una casa a visitar a una señora sola, con el pelo muy rizado y blanco y los ojos azules. Aquella señora vestía de luto riguroso.

—Señor Aduín, tanto bueno por mi casa.

—Vengo a un asuntillo, señora. Una familia de Madrid, amiga mía, me ha hecho el encargo de alquilarle un *chalet* para pasar el verano, y he pensado en el suyo.

—No pienso alquilarlo, señor Aduín.

—Otras eran mis noticias.

—Equivocadas.

—Pues aunque no lo piense alquilar, como este verano no ha de habitarlo, me lo cede.

—Señor Aduín..., ¡no puedo!

—Le garantizo a usted que se trata de una familia respetable.

—Lo alquilé un año, y la renta no me compensó los desperfectos. Recién revocado y pintado está; como nuevo lo habíamos dejado para esta temporada, y Dios no ha querido que lo disfrutemos.

—Ponga usted un precio alto y además una

fianza para responder de los deterioros.

La señora sola, acosada, se encastilló.

—¡No quiero alquilarlo, señor Aduín! Eso no me resuelve nada.

El tío Julián dijo de pronto.

—Lo compro. Fije usted precio.

—Venderlo... Tampoco lo pensaba vender; pero prefiero venderlo a alquilarlo.

—Es una finca de recreo que no produce nada y tiene muchos gastos de conservación. Le conviene a usted largarla. Pida.

—¿Con muebles o sin muebles?

—Como usted quiera.

—Sin muebles.

—Bueno, sin muebles.

—Veinticinco mil duros.

—Hecho.

El tío Julián sacó del bolsillo un papel escrito a máquina, llenó con su estilográfica un hueco que en el texto había, y se lo presentó a la firma a la señora.

—Aquí tiene usted dos mil duros en señal—le puso sobre el velador los diez billetes—. Hágame el favor de firmar el compromiso, y deme los papeles para llevárselos al notario. Mañana a estas horas estaré aquí a otorgar la escritura.

—¿Lo traía usted prevenido?

—Traía los dos contratos: el de arrendamiento y el de compra. Yo no puedo perder tiempo.

En la calle le decía a Fernando el tío Julián:

—Pago cinco mil duros de más; pero el jardín de ese *chalet* linda con el mío y me da salida a la playa. Si le doy tiempo a pensarlo, esa buena señora me pide más, aunque no había otro comprador probable que yo, porque el *chalet* está lejos de la zona elegante. No teniendo automóvil, el veraneo allí es aburrido. El marido de esta señora era un tío raro, que se gastó el dinero en edificar allí tontamente. Yo hice mi casa por razones distintas, y además la hice en una carballeira, y no en un roquedo, como está el *chalet*.

Y añadió:

—Ya tiene nuestra amiguita Lydia donde pasar el verano.

Aquella noche, después de cenar, Julián Aduín y su sobrino conversaron en la galería de la casa, frente a la bahía, viendo el bullir de luces de Atlántica, que parecía un brasero.

—Sobrino: me has dicho que quieres ser comerciante. Pues bien; yo te haré comerciante con una condición.

—¿Cuál?

—Te has de comprometer a guardarme una obediencia absoluta.

La mirada del tío Julián al decir esto pene-

traba hasta el fondo del cerebro de su sobrino: le quería ver el alma.

—Prometido—afirmó Fernando sin parpadear, recibiendo serenamente aquella mirada de hipnotizador.

—Está bien. Quedo seguro de que no podrás ir en contra ni de un pensamiento mío.

—Lo mismo siento yo.

Se miraban soldando una alianza; pero se miraban de tal modo que parecían irse a acometer; se miraban a los ojos como los ternes, que, cuchillo en mano, esperan un titubeo del adversario para herirle.

—Bueno — dijo el tío Julián —; mañana te haré un plan de vida. Hasta mañana.

La mirada de Fernando fué la que venció, fué la más diamantina.

EL "MIRADOR"

Al *chalet* adquirido por Julián Aduín le había hecho su primer dueño poner, con azulejos, en la fachada, la leyenda, "Mirador", porque se asentaba sobre unas rocas metidas en el mar. Una escalera tallada en ellas servía para bajar a la pequeña concha, recatada, lisa y limpia, que abrigaban aún los peñascales. Delante del *chalet* se

talló una terraza, quitándole una parte al promontorio, que parecía aserrado por la mitad, y mediante unas viguetas de hierro se prolongó la terraza en voladizo circular semejante a la popa de un buque.

Desmontando y rellenando se había conseguido hacer en torno al edificio un jardín en varios bancales poblados de camelios, magnolios, palmeras, plátanos. Había macizos de evónimos y de hortensias azules.

Para tomar posesión de la finca, el tío Julián y su sobrino no tuvieron más que cortar un trecho del cierre de espino artificial que marcaba la línea medianera.

El edificio era caprichoso y lindo, atípico, asimétrico, con torreones, logias, minaretes y mansardas combinados arbitrariamente. En su interior, las habitaciones eran amplias, y en todas entraban por grandes ventanales el aire y la luz. El decorado estaba flamante; las instalaciones de agua y luz eran completas y bien distribuídas.

—Perfectamente. Ahora, sobrino, corre a tu cargo amueblar esto. En Atlántica hay muy buenos almacenes de lujo. A ver como te luces. En el gasto no repares: quiero ofrecer a nuestras amigas la mayor elegancia y comodidad. Tienes quince días de plazo; ni uno más.

Fernando se puso a ello con festinación y ahin-

co. Por su fortuna encontró en Atlántica un mueblista acostumbrado a poner casas elegantes con rapidez, atento a detalles que seguramente sin su intervención hubiesen quedado desatendidos. Las habitaciones destinadas a Lydia fueron objeto de especial cuidado. Fernando eligió para ella un ángulo del *chalet*. La alcoba daba a una galería de finas columnas italianas, orientada al nordeste, en donde Lydia podría tomar tranquila sus baños de sol. Recordaba aquella galería lo que llaman en la Alhambra el tocador de la Reina. Nadie podría ver a Lydia más que el sol que habría de iluminar su estatua yacente, besándola con su luz y con su fuego, penetrando en ella hasta ir al encuentro del árbol de coral de las arterias. El tocador, con su cuarto de baño ateniente—Fernando hizo traer una pila de mármol blanco como la nieve—, quedó instalado en un torreoncillo: un tocador redondo como una jaula, en el que entraba por todas partes la luz. En los entrepaños estaban los espejos hasta el suelo, de modo que quien se situase en el centro veía su imagen de frente, de espaldas y de perfil. En el centro quedó situada, como un altar, la coqueta, de lunas articuladas, con muchos cajoncillos, repisas y esencieros. Cuando Lydia se peinase, además de tener su imagen tantas veces, estaría viendo la campiña y el mar como desde la linterna de un faro. En fin,

siempre aconsejado por el experto mueblista, quedó instalada allí la onduladora eléctrica, el masaje...

A los quince días, Fernando le dijo al tío Julián:

—¿Quiere usted ver cómo está aquello?

El tío Julián lo inspeccionó todo minuciosamente, sin advertir una omisión. Ningún menester doméstico fué olvidado: la cocina parecía aprestada por un ama de gobierno muy exigente.

—¿Cómo te has compuesto?

—Parte oyendo al mueblista, parte recordando mi casa y parte viendo catálogos y trayendo cada cosa. De seguro sobran muchas, pero me parece que ninguna falta.

—Bien, hombre, bien. Pues ellas llegan mañana. Irás con nuestro automóvil a esperarlas a la estación.

LOS OJOS DE LYDIA

Los que esperan en una estación, cuando el tren está a la vista, se alinean a lo largo del andén, detrás de los mozos de equipajes, que parecen los cabos de aquella formación. El tren llega, y los así colocados dan en ala dos pasos al frente, rebullen, van de un lado a otro ávidos, al mismo

tiempo de abrirse simultaneamente todas las portezuelas y salir de los coches con premura y desorientación los viajeros. Durante momentos breves, los que esperaban y los que llegan se embarullan, hablan, se buscan, se llaman, se abrazan y se aturden, hasta que, emparejados, marchan hacia la salida, sin cesar ni la greguería ni el apremio.

En estos casos sucede con frecuencia que dos personas, una que llega y otra que la aguarda, tardan en verse y transcurre un breve tiempo en que los rostros de ambos expresan una gran ansiedad. Vale recordar los intentos del radiotelefonista que busca en el espacio la onda de la estación con que desea comunicar, y supongamos que ella está haciendo la misma tentativa. Así emiten llamadas y atienden ruidos; así, con tensión de imanes, se buscan y se evocan las dos personas que no se descubren entre una acuciosa multitud. Cuando se encuentran hay una eléctrica alegría.

Fernando, a la llegada del rápido, entre la muchedumbre momentaneamente anhelosa e irresoluta, no descubrió a Lydia por de pronto: con una interrogación vehemente en la mirada recorría el flanco del tren, siempre temeroso de que se le hubiese escapado la viajera. Lo mismo le sucedía a ella, con mayor angustia, puesto que sin Fernando no iba a saber cómo encaminarse. Se ha di-

cho todo esto para explicar por qué, al reconocerse los dos, corrieron a encontrarse, tendiéndose ambas manos, por qué se llamaron por sus nombres y por qué los enmudeció luego, mirándose ansiosamente, la brusca emoción.

—Ya temía que no llegase usted.

—Y yo que no me esperase.

—Se ha molestado usted sin razón—intervino Eloísa—. Supongo que, dando la dirección de la finca de Aduín, nos hubiese llevado cualquier coche.

Lydia traía un traje de seda cruda muy sencillo y veraz: su euritmia fina, larga y cenceña se dibujaba mentalmente, sin esfuerzo. Para reproducirla se elegiría el bronce.

Cuando vió el automóvil descubierto, veló su rostro un tul de color de rosa, con lo que el problema de sus ojos quedó, por ahora, sin resolver.

Iba el *chauffeur* a accionar los resortes para desplegar un strampontín; pero lo impidió Eloísa.

—No hace falta; iremos en el asiento los tres.

Se halló Fernando junto a Lydia, sintiéndola gravitar tangente a cada ballestazo del automóvil. Un poco adelantada ella y erguida, traslucía él, en la nébula de la gasa, el trazo de un perfil que merecía ser copiado por Romero de Torres, puro, neto, algo evocador de los perfiles egipcios de las pinturas decorativas del tiempo faraónico,

por la violenta rasgadura de los ojos que le atribuía una ardiente vida interior. De su complexión vigorosa y elástica tenía Fernando un acabado juicio al observar cómo respondía a las sacudidas bruscas de los baches.

Lydia no hablaba, muy atenta al paisaje, que se inclinaba a veces por descubrir. Su impaciencia y avidez eran extraordinarios. No avizoraba curiosa; absorbía como quien desea conocer un lugar en el que haya de pasar el resto de su vida. Al descubrir cada perspectiva palpitaba cual si leyese una página de su porvenir.

Eloísa, en cambio, más serena y cauta, le pedía a Fernando noticias de las cosas.

—¿Es bonito el *chalet?*

—Es lindo, sí, señora.

—¿Cerca del mar?

—Dentro del mar: en un pico. Tiene una playa pequeña, pero limpia, discreta, en donde nadie las importunará a ustedes.

—Y los muebles, ¿son buenos?

—Tocante a ese particular, permítame usted que no conteste sino que el *chalet* lo he amueblado yo y que estoy temblando por si lo hice demasiado mal.

—¡Ah! ¿Cómo eso?

—Mi tío Julián, al tropezar con ciertas dificultades para alquilarlo, lo compró. Lo compró va-

cio, y yo he dirigido la puesta en uso y la decoración.

—¡Ay, ay, ay!—profirió Eloísa—. De todo eso deduzco que el *chalet* será demasiado caro para mí.

Fernando la miró al decirla:

—Me parece que por eso no van ustedes a reñir.

Eloísa calló. Un nuevo aspecto del panorama la interesaba ahora. Habían pasado el puente y tenían que bordear un seno de la costa que las aguas abandonaban en la baja mar. Varias pescadoras de almejas pululaban pinchando la arena aquí y allá con sus hierros exploradores. Iban descalzas, con la falda recogida, y sus siluetas se reflejaban en el suelo vagamente. Más allá la ría tersa era de ágata, de un rojo carnal. Estaba poniéndose el sol.

Cuando llegaron al *chalet* recorrieron las habitaciones. Eloísa prodigaba elogios a la riqueza, modernidad y profusión.

—Hasta las ropas de cama son espléndidas. ¿También las ha comprado usted?

—Sí, señora.

—¡Ah! Pues ya es mérito haberlo tenido todo en cuenta.

—Ahora—dijo Fernando—las dejo a ustedes para que se refresquen a sus anchas. El tren vie-

ne envuelto en una humareda irritante. Quisiera haberlas invitado a una taza de té, que mandé preparar; pero es tarde.

—¡Nos ha adivinado usted el pensamiento!—exclamó Lydia, ya en blusa, un poco despelujada y ojerosa—. Traemos una sed horrible, y nada mejor que el té. Por mi parte, si me espera en la terraza, allá voy al momento.

La madre tardó más en salir. Lydia no había hecho sino lavarse las manos. Ni se alifó siquiera. Sus bucles, sueltos, aleteaban en sus sienes a la caricia del vientecillo vesperal. Veinticuatro horas de viaje la habían empalidecido, efecto que la luz de la tarde, ya sin sol, parecía aumentar, dando a la tez morena un tono de alabastro. No conociendo la causa de su fatiga, se la imaginaba rendida de amor.

—¡Qué hermoso es esto!—dijo—. Ya estoy impaciente por recorrer todos esos vallecicos, por subir a aquellos pinares. ¿A usted le gusta andar?

—Me gusta.

—Pues haremos excursiones. A mí me gusta andar hasta agotarme, y mejor por caminos penosos: tengo instintos de corza.

—Haremos excursiones, descubriremos esta campiña, que yo tampoco conozco. A mí también me gusta gastar toda mi energía. Lo que au-

guro es que habremos de moderarnos, porque no habrá quien nos siga.

—Iremos solos—dijo Lydia con naturalidad—. ¿Quién va a acompañarnos? Mi madre se cansa y se aburre. Iremos solos, si usted no se fastidia a mi lado. No soy una compañera amena, porque hablo poca cosa.

—Yo—dijo Fernando—no hallo gusto en hablar más que cuando realmente tengo algo que decir.

Como fieles a este principio, callaron. Lydia había examinado a Fernando de una mirada y no reparaba más en él. Se entregaba a la vaga melancolía del momento, en que toda la luz estaba en la argéntea reverberación del mar. La brisa retozona y traviesa frufrutaba en su blusa de crespón blanco, consiguiendo modelaciones efímeras.

Los ojos de Lydia, ¿eran negros? ¿Eran azules? ¿Eran verdes?

Los ojos de Lydia eran grandes, rasgados y absorbentes. Todavía no sabía Fernando nada de su color.

V

LYDIA SABE BAILAR

—¿Las has dejado instaladas? ¿Les ha parecido bien? ¿Están contentas?

—Sí, tío; las he dejado instaladas; todo les ha parecido bien y están contentísimas. Lydia se propone apear todos estos contornos. Siente, según he creído advertir, la atracción de la naturaleza. Debe haber cultivado el alpinismo, lo que deduzco, además de su afición que ha expresado, de su complexión robusta y apretada.

—Sí—dijo el tío Julián—; conoce los deportes al aire libre. En eso su madre puso un cuidado especial. Lydia es una mujer moderna. ¿A que no se asusta de irse sola contigo por esos vericuetos?

—No se asusta, no. Ella misma me ha invitado.

—Pues acompáñala... si te agrada eso. ¿Y la madre qué dice?

—A la madre me parece que la cohibe un poco el temor de que sea caro el alquiler.

—¿Ha dicho eso?—sonreía el tío Julián—. Pues no pienso cobrarle un céntimo. Cuando yo tenía negocios con su marido, en mi época de lucha más ágria, caí enfermo y ellos se portaron muy bien; ella me cuidó. Ahora se presenta ocasión de mostrarme agradecido. Sino que lo harás tú por mí. Mañana irás a verlas, les dirás que quedan a sus órdenes el auto y la canoa, y en cuanto a ti, te pones a su disposición. Atiéndelas, obséquialas, no omitas fineza ni solicitud.

—Descuide usted, tío. La orden no es difícil ni penosa de cumplimentar. Lydia es encantadora.

El tío Julián le dió a Fernando un puñado de billetes.

—Para lo que vaya ocurriendo. Cuando se te acaben, pide y no seas roñoso.

El tío Julián no quiso cenar aquella noche. Lo molestaba una de las cefalalgias, cada vez más frecuentes, que él atribuía a reabsorciones.

—Los venenos que elabora mi economía me intoxican y me muelen. Tomaré una tableta, y a dormir.

Cuando sufría estas jaquecas—le dijo Adigna a Fernando—se le ponía al tío Julián un humor

de todos los demonios. Temblaba la servidumbre y procuraba el mayor silencio, porque cualquier ruido enfurecía al amo y le hacía salir como loco y tirarle una silla a la cabeza al primero que encontraba.

—¡Pónese que rabia, líbrenos Dios!

A Adigna le parecía mentira que aquella noche, al invadirle el dolor, no hubiese el amo bramado, atrabiliario y furioso.

—*Poide* que esto sea peor—decía Adigna—, porque lo amarra el mal.

Al día siguiente, el tío Julián se levantó contento.

—¿Cómo pasó la noche?

—Amodorrado y dormido tan ricamente, por fin. Son arrechuchos sin importancia. Ya he eliminado las toxinas. Conozco la causa y tengo el plan de un médico. Lo que hay es que algunas veces me descuido.

—Pues no hay que descuidarse.

Empezó Fernando un nuevo orden de vida. Madrugaba para encerrarse en el despacho con el tío Julián, que le iba adiestrando en los negocios. Fernando aplicaba sus conocimientos a la práctica, demostrando muy provechosas aptitudes. Tenía golpe de vista, sagacidad y no demasiados escrúpulos.

—Me parece que vas a ser un financiero—le decía con orgullo el tío Julián.

A las once en punto dejaban el trabajo: el tío Julián solía irse a Atlántica o se metía en la fábrica, lo que era para él una distracción. Fernando se asomaba a la galería seguro de ver, recortándose en el fondo de cristal, la figura de Lydia, que le esperaba en la terraza circular, después de haber tomado su baño de sol.

Tácitamente, habían convenido reunirse todos los días a la misma hora.

—Buenos días, Lydia. ¿Qué hacemos hoy?

Lydia disponía el empleo de la mañana. Por regla general, caminaban bordeando la costa hasta los picos más abruptos, lo que los obligaba a trepar muchas veces. Lydia iba siempre animada por una especie de intrepidez infantil.

—¿Probamos a llegar a aquella roca?

Iban saltando arriscados, muchas veces con peligro de caer en las cortaduras de aristas afiladas o de deslizarse por los declives viscosos que abandonó la marea. En ocasiones, el problema era volver. Una mañana, obstinados en asomarse a la cumbre de un peñasco, no se dieron cuenta de que el mar subía, cortándoles la retirada; satisfecho su gusto, se encontraron en una isla, y fué preciso salvar el istmo a nado. Lydia se lanzó vestida y

cruzó dando brazadas vigorosas, con mucha más destreza que Fernando.

Se reía luego retorciendo su falda al escurrirla.

Para que se les secasen los vestidos, propuso una ascensión a los pinares. Ella iba delante, ágil, voluntariosa y cerrera. El sol evaporaba el agua, que había empapado cuanto la cubría, envolviéndola en un vaho salado y aromático a la vez. Cuando ganaron el lomo de la montaña, se tumbaron cara al mediodía, para acabarse de secar. Lydia se reía de Fernando, cuyos pantalones de franela estaban lamentablemente arrugados.

Otras mañanas el paseo era solamente contemplativo. Iban por una carretera o un camino vecinal calladamente. Lydia atendía a las modalidades y accidentes de la campiña como a la lectura de un libro, del que no quería perder ni una letra. Fernando iba a su lado queriendo leerla a ella, a la mujer, con la misma codiciosa minuciosidad.

Por las mañanas, Lydia vestía trajes sencillos y ligeros de telas claras; trajes de un recato hermético y sucinto; trajes de una invulnerable decencia.

—¿Qué tal van esos baños de sol?

—Muy bien. Ya tengo la piel de mulata. A mí me pone muy negra el sol. Pero me gusta verme así, bronceada.

Y se miraba el antebrazo, en donde la pigmen-

tación iba obscureciendo aquella piel satinada, sin asomo de vello, bronceada, como su dueña había dicho.

Cosa averiguada fué aquel mismo día el color de los ojos de Lydia, gracias a su misma dueña.

—¿Quiere usted creer que ignoro todavía de qué color son sus ojos?

—No se sabe, ¿verdad? Muchas personas han dicho lo mismo, principalmente cuando yo era niña. En el colegio, una profesora me los tapó con su mano y les preguntó a mis compañeras: "¿De qué color son los ojos de Lydia?" Pues bien: mis compañeras, que estaban a mi lado a todas horas, que me acababan de mirar, aventuraron las respuestas más discordes: que si verdes, que si azules, que si negros. Una dijo que mis ojos eran de ese color azul-negro de la tinta Watermann, y creo que fué la que más se aproximó a la verdad. Aquello me intrigó a mí misma, pues en cuanto estuve sola me miré los ojos en el espejo largamente y los comparé con unas gotas de esa tinta que he dicho. Hay parecido, en efecto, pero es necesario precisar: azul intenso de gota de tinta Waterman's sobre porcelana blanca y en el instante de caer la gota, cuando tiene todo su brillo.

—Sin embargo—decía ahora Lydia, presentando al examen de Fernando sus ojos—, a plena

luz le parecerán a usted mejor que azules, de un verde profundo, porque estamos entre los prados y el mar y el reflejo verde está en ellos. Si le doy la espalda al sol, usted diría que son negros mis ojos. Míreme ahora de través y comprobará que hay una trasparencia azul. Lo que sucede, en suma, es que mis ojos son negros, con el remoto tono que toman del exterior como el azabache.

Fernando se había acercado para saber a qué atenerse. Dijo:

—Tiene usted unos ojos hermosísimos, Lydia. En realidad, su color es azul-negro, como el cielo de las noches estrelladas. Pero beben la luz con tanta avaricia sus ojos que cambian a cada momento. Terrible cosa si su alma es así.

Ella respondió, rencorosa:

—No sé cómo es mi alma. Todavía no encontré el espejo en que me la pueda ver. No se hable de ello más.

Lydia no disimulaba su tendencia a dominar, a imponer su capricho. "Vamos por aquí." "Hoy nos embarcaremos." "No me hable usted de eso; no me gusta." Y era versátil, inconsecuente. Fernando no la contrariaba nunca.

Algunas tardes iban a Atlántica, siempre acompañados de Eloísa y raramente también por el tío Julián. Eloísa tenía que hacer en Atlántica inacabables compras. Se pasaban de tiendas tres horas

para recalar en el Gran Casino a la hora del te. Eloísa y Lydia lucían allí la profusión de trajes que para eso trajeron de Madrid. El guardarropa de Lydia se reveló surtido y tal vez demasiado ostentoso. A las pocas tardes, la entrada de Lydia en el Gran Casino causaba expectación por parte de las mujeres que la admiraban y envidiaban tal variedad y riqueza de vestidos.

En la terraza del Gran Casino se solía bailar. Una de las tardes en que esto sucedía y en que, por excepción, estaba allí el tío Julián, le dijo a su sobrino:

—¿Por qué no bailas con Lydia?

—¿Te atreves?—le preguntó a ella su madre.

—Lydia se encogió de hombros y se levantó:

—Es usted el primer hombre que baila con ella, Fernando. Sabe bailar porque tuvo profesora, pero no lo hizo aún en brazos de un caballero.

—Grande es mi suerte en ese caso, señora.

Al enlazarse para iniciar la danza, se estremecieron, turbados, los dos.

—He aquí—la decía él en voz baja—que ya no me podrá usted olvidar nunca, porque este momento marca en su vida el principio de una época.

—Temía—respondió Lydia—bailar por primera vez con un hombre desagradable. Estoy contenta y, de seguro, no le podré olvidar.

La magia de la música transformó a Lydia, que era muy otra que en los paseos matinales. Hubo un abismo entre la andarina acérrima, con la despreocupación de un camarada, y esta mujer tan mujer, tan melodiosa y dócilmente mujer. Fina, alta, flexible, bailaba tan bien que parecía una cinta de alga movida y ondulada armoniosamente por las olas mansas. Toda era línea y ritmo; en momentos, Fernando temía que se le escapase incoercible como una voluta de humo. En otros momentos, se realizaba, se materializaba con cálida densidad. Como el color de sus ojos, su aroma era indefinible e insondable.

Mientras ellos bailaban, le dijo a Eloísa don Julián:

—Tiene una figura estilizada, preciosa.

—Ha crecido de pronto, sin formarse. Ahora parece que vienen las compensaciones. De todas maneras, es niña todavía.

—Yo sé lo que hago—replicó él, fallando de plano la cuestión.

Al cesar la música, los jóvenes, en vez de volver a las sillas que dejaron, se habían acodado en la balaustrada de la terraza cuyos cimientos lamía blandamente el mar.

—¿Se ha fatigado usted, Lydia? Es inexplicable.

—No es fatiga; es emoción. Creo que todos nos miraban.

—Y es verdad: la miraban a usted. No es cosa de todos los días ver bailar así. Se transforma usted.

—¡Pero, Fernando!... Si la profesora me decía siempre que era inexpresiva.

—La profesora era una mujer.

—Sí—dijo Lydia, entornando los ojos—; es muy diferente.

NOVIOS

Pocas tardes después, Lydia encontró en el Gran Casino de Atlántica varias amigas, compañeras de colegio. Estas amigas le presentaron a Lydia varios muchachos de buen tono, a quienes, en consecuencia, conoció Fernando también.

Esta novedad entronizó a Lydia. Ninguna de sus condiscípulas valía nada a su lado, ni la igualaba en elegancia. Por agradarla se desvivían los pollos "bien". Apenas sonó la música, uno de ellos se anticipó a todos invitando a bailar a la recién llegada.

Fernando, apoyado en la balaustrada, la vió evolucionar en brazos de aquel señorito, que, por su parte, bailaba muy bien. Ella dibujaba el *fox*, gentilísima en todo momento; no se separaban ape-

nas sus pies, altos, enjutos, medidos los pasos y correctos; el perfil móvil de su vestido la limitaba y contenía, la aislaba como una invisible coraza de cristal. Pero iba contenta, le gustaba a Lydia mucho bailar y lucirse.

Dos de los recién presentados, que no sabían hacerlo, al acercarse a Fernando fueron acogidos muy cordialmente, y pronto charlaban como buenos amigos los tres. Aquellos distinguidos jóvenes sabían de un *cabaret* recientemente inaugurado en Atlántica, al que acudía "una burrada de mujeres bestiales". Fernando les propuso irse a cenar allí en cuanto despidiese a aquellas amigas a quienes acompañaba, con lo que, planeada la juerga, se les fué el tiempo insensiblemente.

—Creía yo—dijo uno de ellos—que esa señorita era pariente de usted.

—No, señor. La conozco no hace más de un mes. Veranea en una finca contigua a la de mi tío, en cuya casa estoy, y de ahí viene el trato. Como ellas no tienen coche, muchas tardes las traigo yo.

—Es estupenda la niña.

—Y fíjate cómo baila: la llama de una antorcha.

—Sí, es cierto—dijo Fernando—; baila muy bien.

—Debe tener pasta. Yo le he visto ya cinco trajes y cinco sombreros caros a cual más.

—De eso no sé nada—dijo Fernando—. Con lujo viven.

—¡Pero hay cada timo!... A mí con trapos no me engaña ninguna. Prefiero el papel a la tela. Y mejor que ninguno, el papel ese que tiene unos cuadritos al margen.

—¡Eres un poeta!

Charlaron en corro. Fernando, de espaldas al salón, hasta que Lydia vino a decirle:

—Pregunta mamá si nos vamos.

—Cuando ustedes quieran las llevará el coche. Yo me quedo a cenar con estos amigos.

—¡Ah, muy bien!

—Voy a darle la orden al mecánico.

A bordo ellas del torpedo, le dió al mecánico la orden:

—Le dice usted a mi tío que no me espere a cenar, y vuelve usted aquí mismo.

—Que usted se divierta—le dijo a Fernando Eloísa, y partieron.

Fernando cenó en el *cabaret* con aquellos jóvenes, pero antes de las doce de la noche, borrachos ellos, desapareció sin que lo advirtiesen.

Cuando llegó a su casa, el tío Julián velaba todavía. En la galería lo halló paseándose con las

manos en los bolsillos. Debía sufrir un ataque de cefalalgia que lo demacraba mucho.

—He conocido los faros del coche desde que salisteis de Atlántica y os he ido viendo venir. Es una temeridad correr tanto de noche, sobre todo cuando no hay prisa de llegar.

—Por si se inquietaba usted.

—¿Yo? Ni aun que tardases en volver diez días.

Dió media vuelta y se marchó, dejando un enigmático:

—Buenas noches, sobrino.

Fernando quedó inmóvil durante unos minutos, al cabo de los cuales se dirigió lentamente a su habitación.

A las once en punto de la mañana siguiente estaba junto a Lydia, en la terraza circular.

—Ayer—le dijo ella, sencillamente—se hizo usted el enojado porque bailé con otro. ¿Iba a negarme?

—No; comprendo que no se podía usted negar.

—Pues era inadmisible el enojo, sobre todo no teniendo usted ningún derecho sobre mí.

—Quisiera tenerlos todos, Lydia.

Ella bajó los ojos en silencio.

—¡Todos!—repitió Fernando—. Ayer me acabé de dar cuenta de que estoy enamorado de usted.

—En ese caso—respondió ella, sin levantar la mirada ni la voz—, debo alegrarme del incidente.

EPISODIOS MENUDOS, PERO TRASCENDENTALES

—¿Vas esta tarde a Ibérica?

—Si lo manda usted...

—No, yo no mando nada. Suponía que hubieses quedado en verte con esos amigos de ayer.

—Pues no hay nada de eso, tío—dijo Fernando, en igual tono irónico—. Esos amigos de ayer, que no de hoy ni de mañana, me sirvieron para lo que tenían que servirme, y ya no los conozco.

El tío Julián miró a su sobrino esperando que dijese algo más.

—Esta tarde—dijo el sobrino—, como el mar está tan calmo porque ha despejado el tiempo, nos proponemos Lydia y yo hacer una excursión por la ría. Llevaremos aparejos para el mujel y el calamar. ¿Podemos disponer de la canoa?

—Podéis disponer.

Le quitó la espina al pescado que se había servido el tío Julián. Fernando lo observaba queriendo cazarle un gesto revelador; pero el tío Julián no era hombre que se vendiese nunca.

—Podéis—dijo—llevar con vosotros a Prisco,

que conoce la ría palmo a palmo. No le des mucho de beber.

—Yo también había pensado llevar a Prisco.

—¿Va Eloísa?

—No. Dice que no la entusiasma toda una tarde a bordo.

El tío Julián mandó venir a Prisco para decirle:

—Prisco: vas esta tarde con los señoritos en la gasolinera. Avisa a Jesús, el mecánico de la fábrica, que la entiende muy bien. Llévate aparejos para el mujel y el calamar. Ten en cuenta que la baja mar es a las seis, y mucho cuidado con el vino.

Prisco era un patrón de trainera jubilado. Durante cuarenta años había vencido al mar quien se dejaba vencer tan fácilmente por unas copas de vino. Prisco vió, con los hermanos Aduín, entrar en la bahía de Atlántica el primer barco de vapor. El era un rapaz, pero lo recordaba perfectamente y tardaba un par de horas en contarlo.

La bahía no tenía secretos para Prisco, y los meteoros parecía que le mandaban aviso antes de empezar.

—No hay tarde mejor—dijo, después de oír las órdenes—. Los señoritos se pueden divertir y usted quedar tranquilo.

Prisco y el mecánico se entretuvieron pescando

calamares, mientras la ría, tan quieta al parecer, mecía lentamente la canoa sin gobierno. Para Lydia y Fernando no existía el aliciente de la pesca, ni el anfiteatro de montañas, ni la bahía, ni el mundo. Ella estaba sentada a popa, cara avante, las manos entrelazadas sobre las rodillas juntas, los ojos como obstinados en contarle los hilos al tejido de su falda de seda cruda.

Así pasó la tarde. Los novios se hablaban poco, sintiendo mucho. Prisco y el mecánico, a proa, atentos a la vibración de los aparejos, tampoco hablaban cosa. Y la tarde iba cambiando de color con su augusta serenidad.

Ya era la tarde rubia, con rubio anaranjado, cuando Lydia habló así:

—Me parece, Fernando, que, después de todo lo que nos hemos dicho, no está bien lo que hacemos ahora. Tengo entendido que, a lo menos en nuestra sociedad, siendo la novia de un muchacho, no debe una señorita salir sola con él.

—Si ella es una señorita y él un caballero, lo mismo lo serán antes que después. Esto aparte de que el juez de nuestra conducta debemos ser nosotros mismos.

—Sin embargo...

—Si dejamos de proceder como antes, habremos de renunciar a horas tan felices como esta. Lydia, ¿no eres tú en esta hora feliz?

—Lo soy. Siento en mi alma una alegría que me parece que llena el mundo. Creo que he nacido para ti. Ahora veo que mi vida hubiera sido una cosa absurda si no te encuentro a ti. Y pues es una alegría buena, creo que no la debemos ocultar como un pecado.

—¿Qué debemos hacer, Lydia? Yo no puedo dar todavía ese paso que se llama formalizar unas relaciones. Antes he de conseguir otra cosa que también tiene su frase hecha: "crearme una posición". Yo estudio, yo trabajo, yo seré pronto independiente. Pero hasta que lo sea, mi propio orgullo se opone a ese trámite oficial. Me diría tu madre: "¿Y usted qué méritos, qué medios, qué capital tiene para pedirme mi hija?" Y yo no podría responder. En esta situación, ¿iremos a cambiar de conducta? ¿Qué explicación daríamos? Es mejor que callemos por ahora, Lydia. Esto nuestro, para nosotros secretamente. Si lo descubrimos, perderemos la libertad y la tranquilidad acaso.

—Contra todas esas razones, yo tengo una: le he prometido a mi madre no dar mi palabra a un hombre sin decírselo a ella.

—Espera a que sea ella la que pregunte y, con un poco de disimulo, no preguntará.

—¿Que no? Hoy mismo. ¿Crees que no nos observa? ¿Que no vió tu enfado de ayer? ¿Que

no ha notado nuestra reconciliación de hoy? Cuando le dije que venía a pescar, me contestó, burlona: "¿Todavía?"

—Pues si te pregunta, niega.

No, no.

—¡Niega, Lydia!

Le miró para replicar:

—¡No quiero!

—Es la primera cosa que te pido.

—Siento que tu primera petición no sea admisible. Si te obstinas en ello, yo le diré a mi madre que no eres mi novio, pero diciéndole la verdad.

—Está bien. Pues dile esa verdad.

Lydia recibió la ruptura con la impasibilidad de una estatua.

—¡Prisco!—ordenó, imperiosa—. Volvamos. Llévenos al muelle por el camino más corto.

Trepidó el motor, burbujeó el agua a popa y la navecilla inició su grácil navegar. Los cerros a cada lado obscurecían por momentos sus lomos verdes; en el puerto de Atlántica brillaron mil luces temblorosas; ante los pasajeros de la canoa, las moles se abrían en ancha puerta al mar combo y zarco. Lydia levantó la cabeza y miró al término impreciso del horizonte marino. En sus pupilas negras cabían todas las tinieblas de la noche.

Cuando atracó la gasolinera, Fernando saltó a

tierra el primero y ofreció a Lydia su mano para desembarcar. Agil, de un brinco, estuvo ella en lo firme, como si no se hubiese dado cuenta de la galantería.

—Adiós, Fernando.

La vió marchar y alejarse gentilísima.

El tío Julián, que había ido a Atlántida, estaba ya de vuelta cuando llegó a casa su sobrino. Lo encontró Fernando sentado en uno de los sillones de la galería, con la expresión, mal disimulada, de fatiga y agotamiento de quien ha hecho una jornada muy penosa. Diez años habían caído sobre él en una tarde. El tío Julián había conservado hasta sus cincuenta años una apariencia de juventud; sus canas no calendaban la edad; eran, por el contrario, esas canas prematuras signo de virilidad y de salud, antes ornamento de una madurez vigorosa que heraldos de la vejez. Mas ahora sucedía con el tío Julián lo que con esos almanaques de pared cuyo dueño, una temporada ausente, pone al día, al regresar: las hojas caen rapidísimas, los días son segundos, las fechas pasan con espantosa celeridad. Así como un almanaque del que se arrancan las hojas atrasadas, el volumen de vida del tío Julián se reducía notoriamente.

—¿Os habéis divertido? La tarde fué magnífica.

—Sí: una hermosa tarde. Nos hemos divertido.

—Perfectamente. Siéntate, sobrino. ¿No quieres un vaso de cerveza? La he mandado poner en hielo, esperándote.

Moncha les sirvió la cerveza. Helada casi, estaba riquísima. Fernando se bebió un vaso de un tirón. ¡Nunca le supo tan bien un vaso de cerveza!

—Ya sabía yo que te iba a gustar. Del mar se trae mucha sed.

—En efecto, traía mucha sed.

—Vamos a ver, sobrino: contéstame con franqueza absoluta. ¿Eres novio de Lydia?

—Con franqueza, tío. Lo he sido durante unas horas: desde las once hasta las seis. A las seis hemos reñido.

—No quiero saber por qué. Lo que sí quiero decirte es que esa muchacha debe merecerte los mayores respetos; que vería con disgusto...

—Comprendido. No siga usted.

—Tengo que seguir porque necesito saber ahora mismo una cosa; necesito que me digas, como hombre de honor, si esa señorita te interesa lo bastante para pensar en hacerla tu mujer.

—Tío Julián, yo no puedo pensar en hacer mi mujer a nadie; soy un pelagatos.

—Eso no es contestar.

—Pues contesto. Lydia me gusta, la quiero y

la haría de buena gana mi mujer. Pero yo no comprometeré de un modo serio el porvenir de Lydia sin estar seguro del mío.

—¡Eso ya es contestar! Pues yo te digo ahora: si la quieres, como dices, no te preocupes del porvenir. Reanuda ese noviazgo.

—Si ella quiere.

—Si ella quiere, es claro.

Al día siguiente, cuando fueron las once, Fernando no encontró a Lydia en la terraza circular. La esperó en vano...

VI

NOVEDADES

Aquella misma mañana el cartero le trajo a Fernando una carta de su madre, y en ella, la noticia de que habían decidido, los de Madrid, veranear en Galicia. "Un descuido nuestro y una mala interpretación del agente nos ha dejado sin casa en San Juan de Luz. Búscanos—añadía—inmediatamente una residencia amueblada ahí mismo, lo más cerca de vosotros que sea posible, y si no la hubiere, habitaciones en un hotel en relación con nuestras disponibilidades, que tú bien conoces. Supongo—acababa la carta—que te alegrará esto. Te hubiéramos echado de menos aún más durante las vacaciones."

Fernando, después de leer y releer la carta, decidió enseñársela al tío Julián.

—Contéstales que ya tienen la residencia y el hotel: esta casa.

—No me parece bien. Para sus costumbres de usted sería una perturbación.

—No lo niego, sobrino. ¿Pero voy a consentirles que se vayan a otra parte?

—Mi madre—dijo Fernando—debía haber previsto esto.

—A tu madre le ha parecido conveniente venir ¡Pues que venga! Contesta lo que te he dicho. Yo les diré a las criadas que preparen las habitaciones, y no hablemos de ello más. ¿Qué vas a hacer esta tarde?

—No tengo plan ninguno.

—Esta mañana bajó Eloísa a ver la fábrica, que no conocía. Por cierto que a Lydia le ha interesado mucho la elaboración. Hablamos del faro, y las dos se mostraron deseosas de visitarlo. Puesto que el tiempo sigue tan seguro (Prisco responde de que no hay variación), podías llevarlas esta tarde.

—¿Usted no viene?

—No. Precisamente te propongo eso porque necesito el coche toda la tarde. Tengo unas juntas y varias visitas que hacer.

—Bien; pues voy a mandarles recado a las del *chalet*.

—Y escríbele a tu madre. Que salga hoy mismo la contestación.

Embarcaron cuando el sol estaba todavía muy alto. En la bahía, el mar era de un verde muy claro, con grandes ráfagas azules, que marcaban los canales del fondo. Los marineros aseguran que en días como aquel se ven unos galeones hundidos hace trescientos años.

En los cerros, una semana sin llover era bastante para que se advirtiesen manchas amarillentas.

Lydia traía un traje blanco, y blanco era también el gran sombrero que defendía su rostro del sol. Su proceridad parecía aún más espigada con aquel atavío. Eloísa observaba con gran contento la obra robustecedora del sol y del mar. La sangre enriquecida levantaba arrogancias en el busto de la virgen, y asomaba como candente en sus encías y en sus labios. La madre, vigilante, anotaba cada manifestación de salud y de completez en la fisiología de su hija, de su único amor.

Era brusco el contraste de lo blanco del vestido y lo moreno de la piel de Lydia, que parecía pintada con tintura de yodo. Este color y el pulimento y tersura de las formas eran estatuarios. El busto de Lydia recordaba las tallas de Gregorio Hernández.

Cambió ella con Fernando un saludo cordial

y fué a sentarse a popa, en el mismo sitio de la tarde anterior. Fernando, a pretexto de vigilar el motor de la canoa, no quiso acercarse a ella por de pronto.

Sesgaron la bahía velozmente, apenas mecidos por un oleaje a la vista imperceptible. En la profundidad glauca se veían a veces, como relámpagos de plata, las escamas de algunos peces. No lejos, un delfín caminaba emergiendo y sumergiéndose, cual si lo hiciera a grandes saltos. Su lomo pardo relucía al sol.

Cuando pasaron la barra se abrió el horizonte, de límites brumosos, sobre un mar calmo que recordaba el color del agua con aguardiente.

El faro estaba en una isla solitaria que formaban unos estratos puestos en pie; se imaginaba la pirámide inmensa, de la cual emergía el vértice nada más. La roca era negra, en hojas con aristas quebradas y cortantes. Susana se erigía la blanca torre del faro, coronada por la punta de diamante de su linterna.

Al acercarse a la isla se iba viendo cómo entre las enormes lajas, en los rellanos y espeluncas, crecía con vigor furioso una rica vegetación de pinos, de alisos y laureles. Algunos árboles, más que arraigar, parecía que se agarraban a las peñas con los tentáculos de sus raíces al descubierto.

Atracaron a la sombra del promontorio para

merendar. Después Eloísa, a la vista del camino que subía enrollándose a la pirámide como cordel de peonza, declaró que renunciaba al panorama de la altura a cambio de no rendirse en la ascensión.

—Vayan ustedes, que tienen nuevas las piernas—dijo.

Lydia y Fernando emprendieron solos la caminata. Lydia andaba cuesta arriba a su paso normal, sin que se alterase el ritmo de su respiración. Como iban dándole vueltas al penedo, pasaban del sol a la sombra, recibían el blando empuje de la brisa o caminaban al abrigo. Estos cambios bruscos de luz y de calor alteraban a Lydia como alterarían a una flor: agitando todos sus perfumes.

Fernando iba al lado de Lydia sin hablar.

Llegados a la cumbre, visitaron el faro, y desde la balconada que rodea la linterna, contemplaron largamente, de un lado, las montañas costeras, conjunto bultuoso de tonos verdes, como un gran manto de seda tendido sobre un suelo irregular, todo altibajos; y de otro, la patena del mar, recorrida por lampos deslumbradores.

Los torreros eran dos que, con sus familias, habitaban sendos pabellones edificados al pie de la torre gigantesca, en cuya fábrica, fenicios los ci-

mientos, romana una mitad del fuste, dormía la Historia.

En un jardinillo colgado de las rocas jugaban los hijitos de uno de los torreros. El otro torrero no los tenía. Por esta razón, las dos mujeres, la estéril y la fecunda, se odiaban.

—Los maridos nos llevamos muy bien, y gracias a los niños podemos vivir. Mi mujer los quiere tanto como aborrece a su madre; juega con ellos y es quien les enseña a leer.

—¿Y ellas no se hablan?—preguntó Lydia.

—Sí; cuando algún pequeñuelo enferma se juntan las dos para cuidarle, y entonces se hablan.

Fernando le prometió al torrero enviarle libros y tabaco, y Lydia dió a los niños palabra de una remesa de golosinas y juguetes.

—Dios se lo pague. ¿Es usted el sobrino del señor Aduín? El señor Aduín es un bienhechor nuestro. A la entrada del invierno nos llena las despensas. Ofrézcale mis respetos al señor Aduín.

Al regreso, Lydia y Fernando iban más despacio.

—Es necesario—dijo Lydia—que no nos olvidemos de esta pobre gente.

—Mañana mismo lo tendrán aquí todo, Lydia.

—¡Oh! ¡Esas dos mujeres, que se odian, solas ahí! ¿Es posible?

—En el corazón humano es posible todo. No

hay nada tan misterioso como nuestro corazón. Asomarse a él es asomarse a un abismo.

—Da miedo oír eso.

Fernando se acercó a ella más.

—Lydia, si nos queremos, es una insensatez que obremos así.

—El corazón es misterioso. A mí, ayer, me parece que te quería. Hoy me parece que no.

—¿Tan pronto cambias?

—Es que dudo de si estaba en lo cierto ayer.

—¿Quieres castigarme? ¿Quieres hacerme sufrir?

—No quiero nada, Fernando. Déjame.

—Es imposible eso, Lydia. Yo estoy seria y definitivamente enamorado de ti. Se trata de una cuestión principal para las vidas de los dos, que en este momento se van a encaminar o se van a romper. Estamos dilucidando nuestro destino, Lydia. Escúchame. ¿No me escuchas?

—Sí te escucho, sí. Te escucho mejor sin mirarte. Es con tu alma con quien deseo la comunicación.

—He pensado, me he repetido a mí mismo tus palabras de ayer, y digo ahora que mi exigencia era intolerable y que obraste bien rechazándola. Y como ahora digo todo eso, tú, si me quieres, me tienes que perdonar.

—Te puedo perdonar, pero no puedo ser tu novia.

Fernando se mordió los labios, refrenó un impulso. Ella le observaba con el rabillo del ojo.

—¡Lydia!—halló él el modo de ir a su fin—. Tú ayer no mentías.

—No.

—Pues eres mi novia, ¿lo oyes?, eres mi novia.

—¿Así? ¿A la fuerza?

—¡Porque me quieres!

Ella se plantó sonriente.

—Bueno, Fernando: ya somos novios. ¿Y ahora?...

—Ahora, tú mandas. Si te preguntan, declara la verdad.

—Quedamos en que será una declaración que yo puedo hacer cuando me parezca oportuno.

—Quedamos en eso, Lydia. Y además, en que yo estoy en el mismo caso. Yo también creo que me hablará cualquier día de esto mi tío Julián. Es hombre a quien no se le escapa detalle.

Lydia caminó un buen trecho sin decir nada más. Se iban acercando al embarcadero. Desde la canoa, Eloísa agitaba su pañuelo, llamándoles.

En el momento en que unas rocas les ocultaban, Fernando exclamó:

—¡Qué hermosa eres, Lydia!

Ella respondió bajito:

—Para ti.

—¿Me permites que hoy, para señalar el día, bese tu mano?

—Tendría celos la otra. Toma las dos.

LA IRRUPCION DE LOS ADUIN

Adela contestó por telégrafo anunciando su llegada con Pucho e Isabel.

El tío Julián revistó las habitaciones que les destinaba y decía:

—Se harán cargo, si quieren, de que vienen al cubil de un solterón.

Fernando quiso ceder para su madre y su hermana las habitaciones que él tenía; pero el tío Julián se opuso.

—Tú no te mueves. Lo ordeno yo así.

Adela y sus otros dos hijos irrumpieron en la casa del tío Julián el día indicado; traían equipajes voluminosos y grandes proyectos de divertirse; mas al ver lo lejos que de Atlántica estaba el caserío y la diminutez de la playa, donde nadie acudiría, se les cayó el ánimo. Pucho protestaba:

—Ya me temía yo que esto fuese un campo. Para semejante cartuja, mejor estábamos en Madrid.

Adela les decía:

—Este año no es año de diversiones. Cuanto más aislados, mejor.

Mas cuando supieron Pucho e Isabel que había automóvil y canoa y que podían concurrir al Gran Casino de Atlántica, donde se bailaba, se pusieron con gran entusiasmo a deshacer sus baúles.

El tío Julián contemplaba a sus huéspedes con una sonrisa enigmática. Una vez se paseaba por la galería cuando, de pronto, Adela le vió vacilar y asirse a una columna para no caer. Corrió Adela a su lado.

—¿Qué es eso, Julián?

El se pasó la mano por la frente, serenándose en un momento, y contestó agrio:

—Ya lo has visto; un mareo.

—¿Te dan a menudo?

—¡No!—replicó como ofendido—. Yo estoy perfectamente. Sin duda ha sido efecto de una mala digestión. Me serví mucha langosta.

—No te creo, Julián. Tú no estás bueno. Tu cara no miente como tu lengua. ¡Ah! Pues ahora celebro haber venido, porque ni habrás consultado a un médico ni habrás tomado ninguna precaución.

Julián Aduín clavó los ojos en su cuñada y dijo:

—Oye, querida, de ahora para siempre: no admito ni tutores ni consejeros. Ocúpate de los perifollos de tus hijos si quieres vivir en esta casa en paz... Y perdona que te hable con esta rudeza. Yo soy así.

—Dame, al menos, tu palabra de acudir a mí si sufres.

—Prometido. Y déjame. Tengo que hacer.

Adela, corrida y sofocada, fué a la alcoba donde Isabel estaba estirando sus vestidos.

—Tu tío Julián ya me ha dado un sofión. Es un tío en toda la extensión de la palabra.

—Pero nos tendrá en un plan estupendo, mamá. Yo pienso aprovecharme.

—Además está enfermo. Yo creo que está herido de muerte. Le he visto muerto unos instantes.

—¡No caerá esa breva!—dijo Pucho, que en el cuarto de al lado recontaba sus corbatas.

Isabel miró a todas partes, calofriada de terror.

—¡Las paredes oyen, Pucho!...

Pucho prometió para en adelante poner en las palabras mucho tiento.

Un grave problema planteó al día siguiente el estado del mar, picado, con motitas de armiño en las crestas de sus olas rizadas: en la canoa bailarían los que fuesen mucho antes de llegar al Gran Casino, con la probabilidad además de recibir al-

gunas duchas; y en cuanto al automóvil, era sólo capaz para cinco asientos.

—Yo quería—dijo Fernando—presentaros a unas amigas del tío Julián, a quienes él ofrece casi todas las tardes el automóvil; pero el caso es que todos no cabemos.

—Que se queden las madres—resolvió el tío Julián—, y hablen de lo malo que está el servicio, mientras la gente joven se divierte. Vais todos al *chalet* sin esperar la visita, pues sobra toda etiqueta, y tú, Fernando, le dices a Eloísa lo que yo propongo.

—¿Y tú te quedas solo?—dijo Adela.

—Yo he vivido solo cincuenta años.

Se hizo como el tío Julián había dispuesto. Eloísa acogió a Adela con gran cordialidad; con cariñosos besos y clara alegría, Lydia a Isabel. Dios le traía una amiguita tan buena y tan simpática. Iban a ser felices todo el verano.

Pucho, en un aparte, le preguntó a Fernando:

—¿Quién es esta gente?

—Son la viuda y la hija de uno que fué socio del tío Julián en América. Al parecer, la madre atendió al tío en una enfermedad, por lo que él se siente agradecido.

—¿Son ricas?

—No lo sé—dijo Fernando.

—Vestir, visten bien.

—Eso no quiere decir nada.

—Es claro. Por de pronto, no tienen *auto*.

—No tienen *auto*—apoyó Fernando—, y eso es un indicio de poca fortuna, porque hoy no tiene *auto* el que ni a duras penas puede tenerlo.

Llegados al Gran Casino, Pucho e Isabel fueron presentados a las amistades de Lydia y de Fernando. Pucho, fiel a las reglas de la etiqueta, quiso bailar primeramente con Lydia.

—Voy a bailar con Fernando.

—¡Ah! ¿Pero Fernando baila?

—Sí, señor. ¿Es una novedad para usted?

—No lo he visto bailar nunca. Mi hermano es retraído, no frecuenta la sociedad. ¡Como que me admira verle en un Gran Casino!

—Pues hemos venido muchas tardes.

Bailando con su novio, Lydia no se descuidó para decirle:

—Tu hermano me ha sacado antes y tendré que bailar con él. Eso no tiene nada de particular; pero después de tu hermano vendrán otros. ¿Qué hacemos?

—Comprenderás, Lydia, todo lo que eso me molesta.

—Y a mí.

—¿Qué te parece a ti que hagamos?

—Pues que tú le digas a Pucho que soy tu

novia y que yo no baile con los demás. En cuanto vean que sólo salgo contigo se harán cargo.

Fernando lo pensó antes de contestar.

—Lydia, con la llegada de mi madre, las circunstancias han cambiado. Ahora yo te ruego que calles.

—Mi madre lo sabe ya, Fernando.

—Pues tu madre, en cuanto le des las razones que yo tengo, se avendrá con gusto. Es necesario que hablemos despacio.

—Eso, ahora va a ser difícil.

—¿Por qué no te asomas a tu galería después de cenar?

—Bueno, me asomaré. Y en lo de bailar, ¿qué hago?

—Bailar. No hay más remedio; pero cuanto menos, mejor.

Bailó con Pucho Lydia. Pucho, en aquella pareja, que conocía los principios técnicos, que bailaba "científicamente", como resultado de una sólida preparación, creyó hacer el hallazgo de la colaboradora que todo "virtuoso" del *fox* necesita para alcanzar incesantes triunfos. Para Pucho, el problema del verano estaba resuelto: tenía con quien bailar. Por su parte, Lydia halló gratísimo ser llevada por este maestro, con quien, por ser hermano de su novio, podría dar rienda suelta a

su afición. Pucho, lo reconocía Lydia, bailaba cien veces mejor que Fernando.

Se sincronizaron desde los primeros compases; "se comprendieron", que decía Pucho. Al igual de las cuerdas de un violoncelo y un violín, llegaron a dar la misma nota.

—¡Qué bien baila usted, señorita!

—Es que usted me sabe llevar.

—Bailaremos muchas veces, ¿no?

—Bueno, bailaremos algunas veces.

Luego le decía Lydia a Isabel:

—Tu hermano Pucho es elegantísimo y baila como nadie.

—¿Pucho?—dijo Isabel—. ¡Es un hacha! En Madrid las trae locas a todas por bailar con él.

A Fernando también le dijo Lydia:

—¡Qué bien baila tu hermano!

Y Fernando respondió:

—¡Como que no sabe hacer otra cosa!...

Por la noche, Lydia esperó a su novio en la terraza del *chalet*.

—Mi madre nos permite charlar aquí sentados mientras ella lee en el comedor.

Eloísa, en efecto, leía en el comedor de modo que, abierto el ventanal, no oiría a los novios, pero no les dejaría de observar. Ellos colocaron dos sillones cara al mar, invisible en la noche.

A la terraza llegaba tenue la luz del interior.

Lydia se había envuelto en un chal de seda blanca, amplio y gracioso como un chitón.

—Eres algo exótico, anacrónico, con ese chal tan grande. Eres una figura bíblica. A esta semiobscuridad, tus ojazos hermosos parece que agrandaron sus rasgaduras y que brillan fantásticamente.

—Es que te quieren abrasar.

—Dame tu mano.

—Si mi madre lo atisba, primera y última sesión. Y te prevengo que es un lince.

Con la mano de Lydia entre las suyas, acariciándola delicadamente, Fernando habló así:

—¡Cuánto te voy queriendo! Creía que esto sería un placer, y es un dolor. El deseo es dolor. Nace el amor humano entre cadenas y crece y vive amarrado como una fiera dañina. Es necesario cautivarlo, dominarlo y contrariarlo desde el primer momento. Muchos le ponen por imagen la sed, porque, como ella, atormenta, impulsa y enloquece. ¡Cuánto te quiero, Lydia! ¡Qué hermosa estás!

—Para ti.

—¿Qué sientes tú, Lydia?

—Yo no entiendo casi lo que me has dicho. Pero te pido que no lo vuelvas a decir. Háblame de otra cosa, por favor. Esta tarde me has iniciado otro tema.

—¡Ah, sí! Y es necesario que tratemos de él; es necesario que conozcas un antecedente: mira, verás.—La palabra de Fernando fué un momento premiosa.—El caso es que mi madre acaricia un proyecto absurdo: el de casarme a mí con una parienta suya..., por conveniencia. Se trata de una chica a quien apenas conozco y que no me es simpática. Esta boda es un empeño de mi madre, y hasta no sé si de los padres de la chica también. Pues si mi madre descubre nuestras relaciones, va a hacer por estorbarlas, y tendremos disgustos, líos. Mi madre es voluntariosa y tenaz. Es mejor que no sepa nada.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta que yo haya conseguido la aprobación y la protección de mi tío Julián.

—¿Cuentas con ella?

—Espero que sí. Mi tío Julián debe haber sospechado ya que somos novios, y no callaría si le disgustase.

Lydia retiró su mano, reflexionó un momento y después, como quien pronuncia un discurso preparado, meditado, acaso sugerido, habló de esta manera:

—Mira, Fernando: ni mi educación, ni mi amor propio..., ni mi madre, me permitirán por mucho tiempo jugar al escondite. Si me quieres de veras, a ninguna oposición debes temer. Plan-

téale el asunto a tu tío, que me da el corazón va a sernos favorable. Siempre me distinguió mucho, y hasta creo que me estima un poco. Aun prescindiendo de eso, yo te quiero, y mi madre fía en tu valer. Pide mi mano, nos casamos y asunto concluído. De todas maneras, seguiré disimulando mientras tú te decides a hablar claro a tu tío, a tu madre y a quien sea necesario. Seguiré disimulando, se entiende, en tanto con ello ni mi dignidad padezca ni tu precaución sea sospechosa.

—¡Lydia!

—Me veo obligada a hablarte así, porque debo creer en mi madre sobre todo, y ella, no te lo oculto, me aconseja este proceder.

—Desconfía de mí.

—Dice que las acciones honradas no son de ocultar, y que quien se oculta da siempre que pensar.

—¡Se equivoca tu madre!

—Si yo creyese que acertaba, no estaría aquí.

—Está bien todo. Concédeme un plazo para asegurarme la protección de mi tío.

—Un plazo ni corto ni largo. Tu interés por mí sabrá medirlo.

—¡Me atormentas! — exclamó Fernando —. Vosotras, tu madre y tú, no conocéis a la mía. Si lo descubre antes de tiempo, lo desbaratará todo.

—¡Qué miedo le tienes!

—¡Mucho!

—Bueno, bueno, Fernando. No te apures así. Yo convenceré a la mía de que es necesario callar por ahora. ¡Yo creo en ti!

—¿Me quieres?

—Ya lo ves. Te obedezco a pesar de todo.

—Gracias, Lydia. Y déjame hacer. Piensa que cuanto haga es porque te quiero.

—Ahora, vete, Fernando.

—¿Saldrás mañana a esta misma hora?

—No. Cuando sea necesario, como hoy lo era, saldré. Mañana, no.

Fernando regresó a su casa cuidando de que nadie le viese entrar. Una vez en su cuarto, se sentó, y de codos sobre la mesa, estuvo meditando más de dos horas. Al desnudarse, después, rasgó la corbata, rasgó los ojales...

Este fué el primer efecto de la invasión de los Aduín.

COMPLICACIONES

Para Isabel y Pucho no existía en aquel mundo más que el Gran Casino de Atlántica. Pasaban las mañanas componiéndose. Ninguno de los dos bajaba a la playa, donde no había gente "bien", ni comprendía qué alicientes tuviese la campiña. La campiña se había hecho para verla

desde las terrazas de los Grandes Casinos; un sitio pintoresco era un balneario, un hotel o un Gran Casino con una bonita campiña alrededor.

En cuanto a Pucho, observó que el sol y el aire libre le producían pecas, y no volvió a exponerse a tales rigores.

Advertido por ambos que el otro hermano ejercía cierta autoridad delegada sobre el automóvil y la canoa, Pucho soliviantaba a Isabel para que fuese la pedigüeña.

—¿Nos llevarás esta tarde, Fernando?

—Eso, al tío.

—Yo no me atrevo.

—Bueno, pues me atreveré yo.

Para Adela, desde el primer momento, allí había mucho más que el Gran Casino: había un misterio, había una intriga, que ella debía descubrir. Adela, sin orientación, estaba que bebía los vientos.

—Es preferible—decía siempre—llevar la canoa, porque así podremos ir las madres. No soy partidaria de que la gente joven campe por sus respetos.

—Pues en Madrid nos dejas ir solos a todas partes a Pucho y a mí—dijo Isabel, y la mirada de su madre castigó severamente tal inconveniencia.

Adela procuraba ganarse la confianza de Eloísa.

—En realidad, es imperdonable—la decía—que mi cuñado Julián, tan amigo de usted y viviendo en Madrid las dos, no nos haya relacionado antes. Con ello me ha privado de una amistad tan agradable.

—Usted debe conocer a su cuñado, señora. Es algo excéntrico. Yo le veía cada uno o dos años, en visitas de médico que me hacía. Muy buen amigo, ya lo creo; pero despreocupadísimo en el trato.

—¿Hace mucho tiempo que él y su marido de usted fueron socios?

—Socios, no. Mi marido fué dependiente, agente de Aduín. Sí, hace muchos años. Pues... verá usted: Lydia va a cumplir diez y ocho años, y recuerdo que yo conocí a Aduín cuando la niña rompía a andar.

—Su marido de usted—insistía Adela en su interrogatorio—, ¿tuvo también suerte en el comercio?

—No fué desgraciado—respondió Eloísa, evadiéndose. Y añadió para cambiar de tema:—Pucho, su hijo mayor, baila de un modo admirable.

Pucho bailaba en aquel momento con Lydia. Estaba "poniendo cátedra" con la absorta inspiración de un gran artista; era seguro que, en sus-

penso toda otra actividad mental, bailaba absolutamente. Para Pucho el baile era un rito, algo divino cuya ejecución debía asumir todas las facultades y sentimientos del sacerdote, ausente de la vida real, exaltado a las regiones sobrenaturales. En el Edén, el Hacedor tendrá establecidos premios para parejas de baile como la más alta manifestación de la humana espiritualidad. Si en el cielo no se baila, poca cosa le importaría a Pucho condenarse.

Pucho hallaba en el baile empleo de todas sus potencias y satisfacción de todos sus fines. Más allá, más placentero que el baile, no existía nada para él. Su naturaleza había llegado a tal aberración: todos los instintos de Pucho se reducían a bailar. Después de bailar, ya no deseaba otra cosa.

Desde un ángulo de la terraza los contemplaba Fernando.

Lydia vestía aquella tarde un traje de crespón. Se temía a cada instante que se le deslizase y cayese, dejándola desnuda, pues no parecía sujeto a ninguna parte de su cuerpo, solamente, en apariencia al menos, velado por el crespón.

—¡Y qué buena pareja hacen! — contestó Adela a Eloísa—. Parecen nacidos el uno para el otro, en este momento del baile quiero decir. Lydia es en manos de Pucho otra mujer.

—Confiese usted—dijo Eloísa sonriendo—que Pucho es su ojito derecho.

—No hay tal cosa—replicó Adela vivamente—. En el corazón de una madre no puede haber primero ni segundo lugar. Lo que sucede es que se trata de caracteres distintos. Pucho es dócil, cariñoso, complaciente, incapaz de darme un disgusto; mientras Fernando es hosco, desabrido, irritable y celoso. Celoso hasta la monomanía.

—Sí, algo taciturno y reservado me parece que lo es—dijo Eloísa.

—Es él quien ha inventado lo de mi predilección, lo de mi mayor cariño a Pucho, que le juro a usted no existe. ¡Ay, señora! Esa envidia tan injusta me ha hecho sufrir mucho; es mi cruz.

—En esos casos..., yo no sé, porque no tuve más que una hija; pero se debe procurar atraerse al huraño, al descontento.

—¡Dios mío! ¡Usted no puede imaginar a lo que he llegado yo! Pero cuando se da con un temperamento así, todo es inútil. Desde niño era preciso obligarle, casi atarle, para poderle dar un beso.

Eloísa calló. Se distrajo viendo bailar. Aquella confidencia de Adela empezaba a producir sus efectos en la previsora madre de Lydia.

Apenas Lydia se separó de Pucho fué resueltamente al lado de su novio.

—Ahora bailaremos los dos.

—No, Lydia; yo no bailo como vosotros, y hago mal papel.

Lydia empalideció momentáneamente, como si alguien hubiese pasado por delante del sol un cristal amarillo.

—¿Qué tienes, Fernando? ¿En qué te he podido disgustar?

—En nada.

—Ponle fin a esta situación, te lo ruego. Declaremos libremente que somos novios, y nos aislaremos de los demás.

—Ahora, menos que antes; ahora te exijo callar.

—Y sufrir.

—¿Por qué?

—Porque tú no estás contento.

—Estoy preocupado, Lydia. No sé qué sombras veo en el rostro de mi tío Julián. Al salir me ha dicho: "Cuando vuelvas, entra en mi despacho de la fábrica. Tenemos que hablar."

—Eso es otra cosa. Pero yo creo que nada debes temer. Tu tío estará de nuestro lado. Tal vez esta noche nos resolverá la situación. ¡Oh, entonces, qué alegría!

Llegaba Isabel.

—¿Vienes, Lydia? Estamos proyectando una excursión.

De regreso, Fernando se escabulló en el muelle y se fué al despacho de la fábrica.

El tío Julián le esperaba solo, con la cabeza reclinada en el respaldo del sillón y los ojos cerrados. Ni más pálido ni más quieto iría a estar cuando muriese.

Al oír pasos, se enderezó e intentó sonreír.

—Siéntate, sobrino. Te he llamado para hacerte una pregunta y para darte una mala noticia. ¿Por dónde empiezo?

—Por la noticia.

—Estoy enfermo, sentenciado. Dentro de ocho días nos vamos tú y yo a París, de donde... probablemente regresarás tú solo. Voy a someterme a una operación decisiva.

—No puedo creerlo. Ahí entra por mucho la aprensión de usted.

—¡Déjate de cumplidos! Soy un Aduín.

—Y yo también. Pero yo estoy sano y conservo la serenidad.

—¡Bah! Ya hablaremos de eso. Ahora, ahí va la pregunta:

—Venga.

—¿Eres novio de Lydia?

—Sí.

—¿La quieres?

—Sí.

—¿Me das tu palabra de casarte con ella?

—Si ella no cambia de parecer...

—No la ofendas, que voy a creer que no la quieres. Responde.

—Respondo: sí, me propongo casarme con Lydia... si puedo.

—Está bien. Pues yo ahora te digo que Lydia te llevará al matrimonio una fortuna. ¿Comprendes?

—Comprendo a medias; pero no necesito saber más.

—Corriente. Dentro de ocho días salimos para Francia "a un viaje de negocios". No comuniques a nadie lo que acabamos de hablar, porque no quiero luchas, ¡porque no quiero cuervos! ¿Comprendes?

—Ahora comprendo con toda claridad.

—Vamos a casa. Llévame del brazo, pues me dan unos mareos que temo abrirme el cráneo contra una peña antes de que me lo abran en París.

LO QUE SUCEDIO EN OCHO DIAS

Fernando no durmió en toda la noche. Toda la noche la pasó vigil, excitado, dando en la cama vueltas y sacudidas tan bruscas como un epiléptico. Las pasiones sostenían una lucha de titanes

en su interior. Pero al amanecer había tomado una resolución, y quedó tranquilo.

Cuando acudió al escritorio del tío Julián a despachar los negocios del día, éste le dijo:

—¡Qué mala cara traes!

—Es que me he pasado la noche en vela.

—Lo comprendo; pero no lo disculpo más que por una noche. En adelante espero que sepas comportarte como un Aduín. Si va a flaquear tu ánimo, avisa, y no partiremos solos.

—No, eso no, tío. Yo me basto para estar a su lado de usted en cualquier circunstancia. Le prometo que no observará en mí otro momento de cobardía.

A la hora de comer trajeron recado de Lydia: no acompañaría aquella tarde a Isabel, porque Eloísa estaba indispuesta.

—Eso no quita para que vayáis vosotros al Casino—dijo el tío Julián; pero en la canoa, porque el coche lo necesito yo.

Adela dejó caer esta pergunta.

—¿Claro que vendrás, Fernando?

—No—contestó por él el tío Julián—. Fernando se queda. Me hace falta a mí.

—Después, al estar solos, Fernando pidió órdenes.

—¿Dónde vamos?

—Yo, a Atlántica, y tú, a hablar con la novia. ¿Te parece mal?

—Me parece mal, porque usted no va bien solo.

—Me llevo al administrador.

Fernando fué al *chalet*. En la terraza del *chalet* le esperaba Lydia.

—¡Hola! ¿Qué tiene tu madre?

—Nada. Soy yo la que no ha querido ir a Atlántica, la que no volverá al Casino ni una vez más. Tardes como la de ayer y noches de angustia como la pasada, no las sufro, Fernando. Es necesario que nos expliquemos, porque me voy a volver loca.

—Ya te dije el motivo de mi preocupación.

—¡Ah, sí! ¿Ves? No me acordaba, siendo eso lo más importante. ¿Qué ha pasado?

—Mi tío aprueba nuestras relaciones.

—¿Eh? ¿Qué te decía yo? ¡Qué gusto! Ahora nos querremos a la vista de todo el mundo, y ni tú ni yo hablaremos más con nadie y...

Lydia no completó su pensamiento con palabras, con una ardorada de rubor. En seguida bajó los ojos, y quedó pensativa, como asustada.

Empezaba entonces la moda de bordar con lanas de colores vivos los jerseys de punto, haciendo dibujos de un estilo que quería ser egipcio y era más bien moruno: recordaba las frezadas de Murcia y los trabajos de Lagarteras. Lydia tenía

puesto uno de estos jerseys blanco, ornamentado en rojo y en azul, que a su tipo moreno y perfilado le iba muy bien.

—No publicaremos nada, Lydia; mi tío lo prohibe; él sabrá por qué.

—¡Ah! ¿El lo prohibe?

—Sí. Para evitar complicaciones por de pronto, para no despertar... envidias, creo yo que será.

—Bien; pues respetaremos su mandato; pero estemos contentos. ¡Muy contentos! ¡Es nuestro el porvenir!

Fernando calló ahora, mirándose los pies, zaino, sospechoso. Lydia se enardeció.

—¡Esto es increíble, Fernando! Se puede admitir que sientas celos de...

—¡Sí! ¡No quiero negarlo, no quiero disimudarlo, Lydia! ¡Estoy celoso! Esa hechicería del baile es la que os ciega, la que a ti misma te hace traición. Al bailar con él te entregas, eres suya.

—¿Estás loco, Fernando?

—No; estoy bien en mi juicio, y bien despierto. Os he observado con un criterio... biológico. Obedecéis a una ley natural. Pero tú no me entiendes.

Lydia se levantó, fué a la puerta y la cerró, se asomó al ventanal, se cercioró de que nadie la oiría. Obraba resueltamente, en los ojos un destello de ira.

—Tú te has equivocado, Fernando, y no consiento que pienses así de mí. Porque no creo que trates de ofenderme, sino que estás loco, te haré las confesiones a que me obligas, aunque me quemen los labios mis propias palabras. Yo no he sentido bailando con tu hermano más que la complacencia de bailar bien; pero en mí misma, en mí sola, como si bailase sin pareja. Yo he sentido (a ver si me hago comprender) el placer de quien se hace admirar en un escenario, sin otros elementos que la música y su propio cuerpo: vanidad, afición, gusto de artista. Por lo demás, tu hermano... no es nadie para mí. ¡Si precisamente me agradaba bailar con él por eso, porque era como no bailar con nadie! ¡Ah! Pero es que tú, tu madre lo dice, eres un anormal, un monomaníaco: padeces el delirio persecutorio, la enfermedad de los celos.

—¿Lo dice mi madre?

—Sí. ella a la mía se lo advirtió, tal vez en descargo de su conciencia al sospechar que éramos novios. Le dijo que eres así: suspicaz, desconfiado, envidioso. Y nosotros, mi madre y yo, creímos que había exageración en ello, que la cegaba y la hacía obrar mal su preferencia, su injusta desigualdad de cariño. Pero no, no mentía: eres como ella dijo, eres monstruoso, puesto que me has creído capaz de... ¡con tu hermano! Y yo, que

ya te quiero, que ya me he destinado a ti, que ya he perdido mi libertad porque te siento dueño mío, veo que eres así y que voy a ser a tu lado muy desgraciada...

Lydia ocultaba su rostro para llorar. Fernando la contemplaba silencioso, impenetrable. Ella se volvió.

—¿Qué haría yo? ¿Con qué prueba desvanecería yo tus dudas, Fernando?

—Con una—dijo él en voz baja—; con la prueba material.

Ella le miró incrédula.

—¿Qué me pides, Fernando? Medítalo bien, porque yo estoy tan desesperada que nada te voy a negar.

Respiraba Lydia profunda y aceleradamente; los bordados de su jersey palpitaban como si llegasen a ellos las marejadas de la sangre en tempestad. Al mirar a su novio nictitaban los párpados en un convulsivo deslumbramiento.

—¿Serás capaz de salir del *chalet* cuando todos duerman?

—Soy capaz de todo lo que tú quieras, Fernando. Me has trastornado, me has enloquecido con tu locura. Has hecho de mí una mujer sin albedrío, sin conciencia, sin discernimiento. Porque tú sí; tú, Fernando, tuviste desde el primer momento la virtud de conmoverme. Desde antes de

haberte visto, al anunciarme que iba a ver al que se me destinaba, te esperaron impacientes todas mis potencias, y al verte fuiste señor de mis intenciones. Tú sí: me enciendes la gran locura con sólo mirarme. Yo haré todo lo que tú mandes si con ello voy a conseguir tu amor y nuestra paz. ¡Manda! ¡Pide!

—A las doce, en la playa.

—Está bien.

Lydia se secó los ojos, se rehizo y fué a abrir la puerta del comedor. En seguida llamó a la doncella.

—Diga a la señora que está aquí don Fernando. Sin duda no lo ha visto llegar.

SEPARACION

Debían partir a las diez de la mañana para tomar el rápido en Atlántica. El tío Julián, que había madrugado, le dijo a Fernando:

—Antes de que salgan de sus habitaciones los demás, vamos a despedirnos de las del *chalet*. Nos esperan.

Apoyado en el brazo de su sobrino, claudicaba el tío Julián. En momentos temía Fernando que cayese.

—¡Animo, tío!

—No, no; si ya verás: le tengo, le tengo.

Andaba encorvado, sin levantar apenas los pies. ¿Era posible que así se desmoronase la fortaleza de Julián Aduín? No era posible: cuando llegaban al *chalet* se enderezó con arrogancia y anduvo tan firme como en sus mejores días.

Hablaron aparte, breve y recatadamente el tío Julián y Eloísa, rápidas, escuetas, categóricas palabras a media voz.

Lydia tenía ese rostro desencajado y céreo de los reos de muerte.

—Me aterra este viaje, Fernando; me parece que te vas para no volver.

—El negocio que nos lleva, buena o mala, ha de tener una pronta solución.

—Pues yo siento que te vas, que te separas para siempre de mí.

—Es un temor injusto, Lydia. Soy tu marido ya.

—Sigues libre.

—¿Dudas?

—No quiero dudar.

—Verás ahora.

Fernando se dirigió a Eloísa y al tío Julián:

—Permítanme ustedes que, antes de separarnos, les diga que Lydia y yo nos queremos.

—Se miraron sorprendidos Eloísa y Julián Aduín. Ella habló antes.

—Me parece un rasgo de nobleza la notificación.

—¡Eres un hombre, sobrino!—dijo el tío Julián—. Bien dicho está lo dicho; pero que, por ahora, no salga de los presentes. Si se entera tu madre, ni aun en París estamos seguros: se presentaría en París. Lo sabrá cuando deba saberlo.

Inició la despedida valerosamente.

—Adiós, Eloísa. Y tú, Lydia, puesto que vas a ser mi sobrina, permíteme que te dé un beso. Porque ya puedo besarte, le agradezco a Fernando su declaración.

La besó en la frente. Ella le tomó a él una mano y se la besó a su vez con profundo respeto. Después le dijo, rota su voz:

—Señor Aduín: le bendeciré siempre.

Desde el *chalet* a la casa no hablaron ni una palabra Fernando y el tío Julián. En la casa, como en acecho, les esperaba Adela.

—¿De dónde venís?

—Quiso el tío despedirse de las vecinas, y le he acompañado.

—¡Ah, vamos!

En los últimos momentos, junto al automóvil ya, Julián Aduín le dijo a su cuñada.

—Aquí os dejo el coche y la canoa. Usadlos.

—Y llevaremos todos los días al Gran Casino

a las vecinas. Principalmente, a Lydia, que tanto se divierte.

—Creo que regresan pronto a Madrid.

La despedida no fué dramática. Se trataba de un viaje de pocos días.

—Hasta la vuelta.

VII

NUEVA SITUACION

De vuelta del Gran Casino encontraron el telegrama con la noticia. Venía dirigido a Pucho. Pucho lo abrió, lo leyó y sus manos temblorosas lo dejaron caer.

—¿Qué es? ¿Qué dice?

—¡Que ha fallecido el tío Julián!

Un gran silencio siguió a estas palabras. Ni un sollozo ni una lágrima después. Adela recogió el telegrama, lo leyó por sí misma y quedó con él en la mano, atónita.

—¡Qué espanto!—exclamó Isabel.

—Yo lo esperaba—dijo Eloísa—. Cuando se despidió de mí era ya un muerto.

—Pues a mí—habló Adela, menos cauta de lo que hubiese querido—me coge este golpe comple-

tamente desprevenida. Le notaba malucho, triste, huraño; pero no le creía tan enfermo. Imaginar que fuera a morirse..., ¡ni remotamente, vamos! Si yo lo sospecho...—fué cauta al fin—, ¿se iba a haber visto solo en el trance?

—Solo no—opuso Eloísa—. Estaba Fernando. ¡Pobre chico! Para él habrá sido lo más terrible de este drama.

—Mi hijo Fernando es imperturbable. Es un Aduín.

—El caso es—añadió Eloísa—que a todos nos ha trastornado el suceso. Nosotras nos volveremos inmediatamente a Madrid. Después de esta desgracia, seguir aquí parece hasta una profanación.

—Y nosotros también—dijo Pucho—. ¿Qué se hace aquí ya?

—Esperar, por de pronto, la carta que tu hermano anuncia, hijo mío.

La carta llegó antes de que Eloísa y Lydia se ausentasen, porque ellas también, aunque se lo callaron, esperaban allí el primer correo. El primer correo trajo sobres sellados en París para el administrador de la fábrica y para Adela. No trajo nada para Lydia.

Adela se encerró con sus hijos y leyó:

"Querida madre: Obedeciendo órdenes terminantes del tío Julián me abstuve ahí y me he abstenido después de decirte el verdadero motivo de

este viaje. La misma obediencia me hizo callar hasta que todo ha concluído. El tío Julián no sobrevivió a la intervención quirúrgica que nos hizo venir. Confirmado por éstos de París el diagnóstico de los médicos de Atlántica, era cosa de jugarse unos meses de vida torturada contra la salud. Se ha perdido la partida.

"El se condujo hasta el último instante como quien era: como un temperamento diamantino. Durante los quince días de tratamiento pre-operatorio que, naturalmente, pasé a su lado, sin separarme de él un momento, me hablaba de morir con sencilla y pasmosa serenidad y me daba instrucciones y consejos."

—¿Eh?—interrumpió Pucho—. ¿A que nos la ha jugado?

—¡Espera, hombre!—exclamó la hermana.

Adela continuó la lectura con la voz incierta, muy delante los ojos de los labios, impacientísima por saber:

"Algunas tardes se obstinaba en que yo saliese a conocer París, a lo que yo, es claro, me negué siempre. Charlábamos horas y horas. Conozco episodios de su vida merecedores de un narrador genial. Por último, después de arreglar sus cuentas con el confesor y de disponerse, contrito pero fuerte, a resolver el gran dilema, me entregó sus papeles, su dinero, sus joyas y me abrazó. Por su

pie, de mi brazo, fué al quirófano y, al acostarse en la mesa de operaciones, me miró y me dijo: "Adiós, Fernando; si no vuelvo, ya sabes lo que tienes que hacer." Cerró los ojos, le aplicaron la mascarilla de cloroformo... y nada más.

"He dado reposo definitivo a sus restos siguiendo fielmente las órdenes precisas que él me dió. Ahora permaneceré algún tiempo en París resolviendo asuntos pendientes. Después iré a Bilbao y a Barcelona y, por último, dentro de un par de meses largos, nos veremos en Madrid. Por este correo doy al administrador de todo eso las necesarias instrucciones."

—¡Nada! ¡Que nos la ha jugado, mamá!

—¡Cállate!

"A papá le acabo de escribir diciéndole poco más o menos lo que antecede. Vosotros podéis permanecer ahí, como en vuestra propia casa, hasta que os acomode. Por si ello no os agrada, os ruego que, al menos, no os ausentéis hasta haber autorizado con vuestra presencia los funerales que doy orden de disponer al administrador."

—¡Ya no cabe duda! ¡Nos la ha jugado!

—No juzgues tan de prisa, hijo. Sería eso una canallada tan gorda que no quiero creerla. Fíjate: dice que sigamos aquí "como en nuestra propia casa".

—¡Cumplidos! Ese cumplido insultante es bien

clara señal de que nos la jugó. ¡Si es un zorro! Si siempre fué hipócrita, rastrero, avaro y egoísta. Dios sabrá de qué medios se ha valido a última hora para robarnos. ¡Nos ha robado una fortuna, Isabel!

—Yo todavía no lo creo. Fernando estaba muy herido, eso sí. Entre tú y mamá le hicisteis pasar mucho y es explicable que buscase un desquite. Pero... ¿y el tío Julián? ¿Se iba a olvidar de todos? De mí no me resigno a admitir que se hayan olvidado ninguno de los dos.

—¡Tú eres tonta!—dijo Pucho.

—¡Tú eres otra hipócrita como él!—afirmó, al fin, la madre.

—¡Pero, mamá!...

—Y sabes algo más, que te callas.

—¿Yo? ¡Dios mío!...

—Me parece, Pucho, que te la han jugado los dos: ésta y el otro.

Isabel cayó en un diván convulsa, sollozando.

—¡Virgen Santísima! Tú que quieres igual a todos tus hijos...

El administrador vino a sacarles de dudas a todos. Julián Aduín había instituído heredero universal a su sobrino Fernando.

—Yo le acompañé a Atlántica el día en que hizo su testamento. Se trata de un documento muy breve, pero rotundo, terminante. Don Fernando es

hoy el dueño absoluto de cuanto pertenecía a Julián Aduín.

—¿Y ahora?—gritó Isabel. Como no le respondían, consternados, acabó: —Lo que habíais pensado de mí ¡no os lo perdonaré nunca!...

REGRESO

Tardó tres meses en parecer por Madrid Fernando Aduín. A su llegada, le esperaban en la estación sus padres y sus hermanos. Fernando descendió del *sleeping* y les abrazó y besó a todos. En seguida atendió al recaudo de sus bártulos, que eran muchos y lujosos. Viajaba como un gran señor: su espléndido abrigo, su empaque y el aire de mando y displicencia con que se producía, alto, nervudo, rasurado y correcto, le daban la prestancia de un *gentleman* americano.

Don Prudencio recordó la llegada, cuando vino de América, de su primo Julián: eran los dos el mismo hombre; Julián, con su fortuna, le había dejado al sobrino su mirar, su acento, sus ademanes, su alma.

—¡Vienes muy guapo!—le dijo Isabel.

—¡Tú sí que lo estás!—correspondió, atrayéndola y besándola otra vez—. ¡Cuántas ganas tenía de verte, chiquilla!

—Y tú, Pucho—se volvió para decirle—, como siempre: hecho un figurín. Ese modelo de cuello es el que se acaba de lanzar en Londres.

Agil, dió media vuelta para ordenar a los mozos de equipajes:

—Al coche del Palace.

—¿Pero no vienes a casa? — le preguntó Adela.

Fernando rompió a reír.

—Mamá, si antes, con unos pocos libros, os privaba de un espacio indispensable, ¿qué sería hoy con tanto chisme y trebejo como porto? Además de eso que visteis, vienen cuatro baúles, dos sombrereras, ¡qué sé yo! Nada, nada de extorsiones. Yo hago una vida muy rara: no tengo horas fijas para comer ni para dormir; recibiré muchas visitas... Llevaría a casa el desorden. No lo tomes a mal, mamá; me voy al hotel.

Al salir de la estación, el *chauffeur*, que lo era del tío Julián, se cuadró ante Fernando:

—Señor: a sus órdenes.

—¡Ah! ¿Tenías aquí el *auto*? — exclamó Pucho.

—Habrá llegado ayer. Cabemos todos. ¡Hala!

—Déjanos en casa—dijo Adela.

—Bueno, os dejaré; pero dentro de una hora mando a buscaros. ¿No vamos a almorzar juntos este primer día?

En casa; tú te arreglas y vienes.

—Bien, como queráis. En ese caso os dejo el coche y yo me voy en el del hotel. Hasta luego.

Se fué al coche del hotel sin escuchar réplicas.

Camino de su casa, Adela iba diciendo:

—Por fortuna, dispongo de dos horas para reforzar la comida. ¡Válgame Dios! Tener que recibir a un hijo como a un convidado de cumplido...

—Pues no viene orgulloso, al contrario—dijo Isabel.

—Viene como tenía que venir—sentenció don Prudencio.

EL SECRETO

Adela había sacado el juego de cristal y la vajilla que sólo se usaban antes cuando se sentaba a la mesa el tío Julián. Fernando tomó una copa, jugó con ella y nadie le vió reprimir un impulso de estrellarla.

Isabel, mirándole la mano, le dijo:

—Llevas la sortija del tío.

Era una esmeralda montada con arte: dos Venus se miraban en la piedra como de bruces en el estanque de un jardín.

—Sí; él mismo me la puso al despedirse. La llevaré siempre.

Se comió como era costumbre en casa de don

Prudencio Aduín: silenciosa y ceremoniosamente. Fernando hízolo con los ojos bajos y aquella expresión de encogimiento y extrañía de otrora. Cuando su madre le quiso servir el primero, una fría mirada paralizó la acción.

Al irse a levantar de la mesa, Fernando dijo:

—A la puerta estará el coche. Si queréis—a Isabel y Pucho—, podéis dar un paseo. ¿Cómo andas de dinero, Pucho? ¿Mal? Toma—y le alargó un billete de mil pesetas.

Pucho, rojo como la guinda, no tenía palabra ni movimiento.

—Tómalo; te lo da tu hermano—dijo don Prudencio.

Pucho tomó el billete.

—Tú, padre—dijo Fernando en seguida, ahorrándole a Pucho lo que fuese a balbucir—, te irás a tu tresillo, ¿no? Perdonad si os voy echando a todos. Es que necesito hablar con mamá.

Salieron los tres. Al quedarse solo con su madre, Fernando sacó un habano y lo encendió.

—¡Caray! No me atrevía a fumar delante de papá.

—¿Quieres una copa de coñac? Es lo único que tenemos en casa, y no sé si será bueno.

—Venga la copa. Me parecerá riquísimo porque me lo sirves tú, madre.

Salió en busca de la botella sin responder. Re-

sueltamente su hijo la dominaba, la confundía.

El se medio tumbó en el sofá fumando con negligencia, como en un club.

—¿Qué hacéis ahora? ¿Salís mucho?

—Ahora empezamos a salir. A un tío segundo, con dos meses de luto, basta.

—Y sobra. Y dime: a Lydia, ¿la veis?

—Poco. Desde que vinimos nos hemos visitado dos o tres veces. No hará ocho días que ella y su madre estuvieron aquí.

—Tan guapa Lydia...

—Sí, es guapa Lydia. Sobre todo, tiene buen tipo, el tipo de moda: fino, largo, flexible. Pero supongo que para hablar de Lydia no nos hemos quedado a solas.

—Pues te equivocas: para eso me he procurado la primera ocasión. Vamos a ver, tú, tan sagaz, tan curiosa, ¿no has adivinado nada tocante a Lydia?

—Sí; me pareció que la hacías el amor.

—¡Bah! Eso estuvo a la vista. Algo más.

—No, no caigo.

—En ella, en sus facciones, en sus gestos...

—¡Oh! ¡Oh!—se llevó Adela las manos a la frente—. ¡Ahora! ¡Ahora veo el parecido! ¡Pero qué ciega estuve!

—Lydia es hija del tío Julián.

—¿Te lo dijo él?

—Sí; él me lo dijo. Quede entre nosotros este secreto que a ti te va a importar más que a mí. Vamos al asunto. El tío Julián, que no podía hacer rica a su hija sin deshonrarla, pensó en casarla con uno de sus sobrinos.

—Contigo.

—O con Pucho; con uno de los dos. Claro es que el tío Julián se fijó en mí y por eso me llevó y para eso fueron ellas allá. Mas te diré, madre: eso hubiera sucedido si vosotros no vais. Ella, aconseiada por su madre, me hubiese aceptado; pero llegó Pucho.

—Y la ilusionó. Hay que reconocer que para las mujeres tiene más atractivo que tú. En cuanto bailó con ella...

—Me desbancó.

—Aquella tarde tú estabas verde.

—Es verdad.

—Y ahora ¿qué piensas?

—Ahora pienso que se debe casar con Pucho, puesto que, como tú has dicho muy bien, la ilusionó, la flechó. Yo no la cortejaba a ella, cortejaba a la fortuna, las cosas claras, porque yo caí en lo del parecido desde el primer momento, y mil indicios confirmaban mi sospecha. Por lo demás, reconozco que es guapa, pero no me atrae, no me hubiese enamorado. Que se case Pucho con ella y yo cumpliré el encargo que tengo de hacerla rica.

A nadie, ni a ella misma, que, es claro, no sabe nada de su origen, le puede extrañar que yo entregue a Pucho una parte del capital, puesto que a Isabel voy a darle otro tanto.

—¿También cumpliendo órdenes?

—O porque me da la gana—opuso, agrio—. Lo que hablásemos el tío Julián y yo es ya cosa mía únicamente.

—Ya, ya—dijo Adela—, me hago cargo. Y... ¿cuánto les piensas regalar?

—Regalar, esa es la palabra, puesto que todo es mío. Les pienso dar un millón de pesetas a cada uno.

—¿Tanto... tienes?

—Es otra cosa de la que no estoy obligado a rendir cuentas a nadie. Vamos, vamos concretamente al asunto. ¿Qué te parece?

—¿Qué me va a parecer? Tú eres el que manda. Te podías casar con Lydia y desistes; reconoces que ella prefiere a tu hermano, te retiras y le haces rico. ¿Qué me va a parecer a mí? Que se casen. Harán una pareja ideal.

—¡Como la hacían bailando! Bien; tú le dices a Eloísa que Pucho tiene un millón si se casa con Lydia. De acuerdo las dos, lo demás es fácil. Pucho la fascinará de nuevo...

Fernando se puso en pie.

—En cuanto a Isabel, que sepa ella sola que

tiene un millón de dote y que elija marido a su gusto, libremente.

Empezó a calzarse los guantes.

—Como se trata del honor de tu futura nuera, supongo que sabrás callar; mas, por si acaso no sabes, te prevengo que si te se escapa una sola palabra, ni aun a papá, no habrá ni un millón ni un céntimo.

—¿Y si Pucho no se casase con Lydia?...

—¡Tampoco!

Salió Fernando de casa de sus padres. Al poner el pie en la acera rechinaban sus dientes, blancos y buídos como los de un lobo.

UNA VISITA QUE ERA DE ESPERAR

—Señor: su hermana pregunta que si puede pasar.

—¿Mi hermana? Inmediatamente.

Entró Isabel en la habitación. Venía de velo, lindísima, con mucho fuego en los ojos claros.

—Perdona si soy inoportuna.

—¡Vamos, mujer!

—Temí que no estuvieses levantado.

—Si vienes un momento antes, no lo estoy. A bañarme iba ahora.

—Qué bonito pyjama.

—No es feo, no. Sepamos qué te trae por aquí sola. Que te pasa algo no ofrece duda. Siéntate.

—Mamá cree que estoy haciendo unas compras menudas. Ya las hice. He tomado un *taxi*. Necesitaba hablarte unos minutos. En primer lugar, prométeme que no le dirás nada a mamá.

—Ni una palabra. Tranquilízate, nena, ¡respira!, que vienes ahogándote, y di después con calma lo que sea.

—Sé que te propones dotarme con un millón. Darte las gracias me parece poco.

—No sería mucho.

—No hablemos de gratitud.

—Bien; no hablemos. ¿Qué más?

—Mamá anoche, al darme la noticia, me exigió que inmediatamente rompa con mi novio.

—¡Ah, diablo! ¿Con que tenías novio, Isabelilla?

—Sí. ¿Es un delito?

—No, ni mucho menos. Y lo tenías, por lo visto, con el consentimiento de mamá.

—Sí; con el consentimiento de mamá desde hace dos meses. Mi novio es Mariano Giner.

—¡Atiza! ¿Mariano? ¿Mi amigo?

—Me viene haciendo el amor desde hace dos años. Tú no lo notabas. La verdad es que lo hacía discretamente. Y yo le hubiera dicho que sí desde el primer momento, pero mamá se ponía fu-

riosa. Desde que hicisteis el doctorado, Mariano insistió con más empeño. Me decía en sus cartas que está seguro de ganar una cátedra por oposición.

—La ganará. Lo conozco bien.

—Cuando volvimos de Galicia, mamá consintió: un catedrático era un buen partido.

—Y anoche te mandó romper las relaciones. Así es mamá.

—Claro que ella por mi bien...

—El bien para mamá está acuñado. Bueno, Isabelilla. Dile a Mariano que venga a verme... y que te casarás con él.

Isabel se lanzó a su hermano y llovió sobre él un chaparrón de besos y de lágrimas.

—¡Eres bueno! ¡Eres bueno! Yo siempre te defendí.

—¡Déjame, loca! ¡Que te despeinas, mujer!

—¡Eres bueno! Déjame besarte mucho. Me parece que te debía todos estos besos y muchos más.

—Pues ve pagando en plazos, nena, que me aturdes.

Hubo de esperar, resignado, a que pasase aquella tempestad de alegría.

—¿Te has rendido ya? Pues ahora pasa al cuarto de baño y lávate esos ojos y alífate. Y vas y le dices a mamá que me has venido a contar tu

penita y que es asunto fallado: Giner será su yerno.

—Te advierto que no le puede ver.

—No me das una noticia. Cuando iba a buscarme le ponía una cara que no sé cómo volvía el pobre chico. Es decir: sé ahora cómo volvía. ¡Vaya con Mariano! ¡Qué alegrón le voy a dar! ¿Te quiere mucho?

—Yo creo que sí.

—¿Y tú a él?

Defendió ella su cara haciendo un mohín.

—¡Tonto!... Déjame arreglarme.

Cuando salió su hermana Isabel, Fernando Aduín se zambulló en el agua perfumada del baño, cantando uno de los cuplés que oyera en París.

MARIANO GINER

A Mariano Giner le conocía muy bien Fernando. Mariano Giner era un muchacho de talento, tal vez demasiado imaginativo. Había hecho la carrera con mucho lucimiento, debido, principalmente, a la facilidad y elegancia de su decir. Además, era muy simpático y, como hombre, un tipo varonil y elegante.

La naturaleza no había cometido el error de hacerle guapo.

Se habían hecho íntimos amigos Giner y Aduín. A Fernando le gustaba mucho compartir con Mariano la labor escolar por la rapidez con que el camarada veía e iluminaba las cuestiones. Luego, Fernando ahondaba mucho más en ellas, y de esto se aprovechaba el otro.

En una cosa diferían opuestos sus gustos diametralmente. Mariano era devoto del vestir bien, siempre atento a la moda, y, además, frecuentaba los tes seudo elegantes; como Pucho, era "un hacha" sobre el *parquet*. En esos círculos se encontraba con Pucho y cortejó a Isabel.

Pucho aborrecía a Mariano de todo corazón. Esa ley humana, tan terrible, que hace a los hombres atraerse o repelerse sin motivo, al parecer, obró en ellos fulminante: se vieron y se odiaron.

Un espiritista diría que eran Mariano y Pucho las reencarnaciones de dos espíritus que, en anteriores existencias, fueron dos enemigos feroces; un biólogo descubriría, tal vez, en ellos estigmas de dos razas que lucharon, que se devoraron en lo antiguo; un químico, acaso descubriese en sus sangres repulsiones y repugnancias moleculares. El hecho es que la presencia de Pucho despertaba en Mariano un deseo, caso irreprimible, de cruzarle la cara y patearle después.

Esta predisposición—¿predestinación?— causó sus efectos en la ocasión primera. La causa inme-

diata fué una bailarina profesional, de esas que se confunden con las señoritas y que tienen la obligación de bailar con quien las solicita. A esta tal tanguista la habían invitado Pucho y Mariano, que se disputaron la preferencia.

—Dispense usted—dijo Pucho—. Esta señorita me había prometido precisamente el pericón.

—A mí me había prometido lo primero que tocasen.

—Perdónela usted que no hiciera esa salvedad—y, sin más oír, salió bailando con ella.

Mariano esperó a Pucho a la salida, le cruzó la cara y lo pateó; pero no quedó satisfecho. "Ese collón—pensaba—no se ha defendido y así no es posible desahogarse uno del todo."

Después supo Giner que Pucho era hermano de Fernando.

—Chico, días pasados tuve una cuestión con un sujeto que resultó ser hermano tuyo. ¡Cuánto lo siento!

—¡Bah! No tiene importancia.

Mariano, arrepentido, buscó a Pucho y le dió explicaciones que los dejaron amigos en apariencia.

Pucho se opuso siempre a las relaciones de Mariano e Isabel, pero con prudencia, con disimulo. Guarda, que es podenco.

—No tiene un real—le decía a su hermana.

Dos días después de la confidencia de Isabel recibió Fernando la visita de Mariano Giner.

—¿De modo que no habrías venido a verme si no te mando el recado... con tan buen recadero?

—No sabía que estuvieses en Madrid.

—¿Qué te ha dicho Isabel?

—Nada: que hable contigo.

—Hala pues, di.

—Hombre, yo tengo que decir poco: que tu hermana es mi novia. Al declararte yo a ti esto, queda entendido que mi intento es cosa seria.

—¡Si vieses, Mariano, que no eres tú el marido que yo querría para mi hermana!... Recuerda nuestras discusiones. Yo siempre sostuve que tú, si no fueras cursi, serías un hombre de provecho; que a ti te perdería ese vicio nuevo de bailar, esa afición simuladora. Ya sabes cómo yo la defino: diletantismo sexual.

—Como yo a lo tuyo, a tu simplicidad erótica, le llamaba sencillamente brutalidad. Para los dos el amor físico era un accidente: para mí, un traspiés inevitable del sentimiento; para ti, una exigencia del organismo sano. Pero yo no he venido hoy a continuar la discusión interminable.

—A lo que tú has venido se arregla en un minuto: te casas con mi hermana y yo la doto en un millón.

—Constando, y bien sabido, que yo la quería sin el millón.

—Si lo dudase no obraría así, Mariano.

—Bien; pues yo ahora te digo que si se tratase de mí solo, renunciaría a esa dote; pero que no tengo derecho a privar de ella a mi mujer ni a mis hijos.

—¡Está bien dicho, hombre!

—Gracias, Fernando.

—Por supuesto, que yo no me conformo con que mi hermana sea la señora de un catedrático. Por lo menos ministra, me la has de hacer.

—Demasiado sabes tú que por mí no ha de quedar.

EL CIELO GRIS

"Querido hijo: Según te anuncié, hoy hemos formalizado la petición de mano de Lydia. Todos hemos sentido mucho que los negocios nos privaran de ti en tan señalada ocasión.

"La ceremonia fué sencilla y solemne. Fuimos papá y yo a la hora convenida. Nos recibió Eloísa sola, pero llenando toda aquella casa, tan bien puesta, con su emoción y majestad. Vestía un traje de terciopelo magnífico, y lucía hermosas perlas. Yo creo que está de intereses mejor de lo que tú supones. El padre de Lydia debió dejarla

dinero. Papá, con su seriedad de siempre, dijo sólo las palabras indispensables: "Señora: Tengo el honor de pedir a usted para mi hijo Prudencio la mano de Lydia." Eloísa contestó en el mismo tono oficial: "Es para mí muy grato conceder ese permiso." Pero apenas pudo acabar la frase, porque la subió una gran congoja. Sus lágrimas llamaron a las mías y lloramos abrazadas las dos.

"Las exhortaciones de tu padre, que por nada se altera, nos entraron en razón, y entonces vino lo más emocionante. Eloísa llamó a su hija, que se nos presentó cohibida, temblando, más guapa que nunca. Como ella es morena y tiene esas facciones tan finas, su rostro no parecía humano, parecía cosa de arte, de un cuadro del Greco. Vestía un traje de crepé rosa con bordados en cristal, que es una maravilla. Tienen la madre y la hija un gusto exquisito, y yo insisto en que no andan mal de fondos. Como te iba diciendo, Lydia se presentó temblando, con los ojos en tierra (tiene unas pestañas hermosas), y esperó de pie como quien espera una sentencia de muerte: tan pálida y acobardada la vi. Las mujeres, aunque estemos muy entusiasmadas con el novio, sentimos en ese momento un gran terror. El que su estado denunciaba me asegura la pureza e ignorancia de Lydia, porque tal terror no sobrevive a esas virtudes. En esto no falla nunca la experiencia de una mujer

observadora, y yo lo soy. Su madre, en fin, la dijo: "Hija mía: Estos señores vienen a pedir tu mano para Pucho. ¿Qué contestas tú?" "Lo que tú hayas dicho.", pronunció Lydia con una voz muy dulce que casi no se oía, pero que llegaba al corazón. Es una lástima que no presenciaras la escena. Tú la hubieses animado quitándole aquel tinte de tristeza que tuvo, debiendo ser alegre. Tu padre, con su persimonia de siempre, abrió el estuche y le puso a Lydia la pulsera de pedida. Al sentirla en su brazo, no pudo más la pobre criatura: cayó desmayada.

"Por fortuna, el síncope fué breve y pronto tuvimos a Lydia en su sentido, tratando (es angelical) de sonreír y pidiéndonos perdón por el mal rato que nos diera.

"Su madre y ella celebraron con entusiasmo la pulsera de pedida. Verdaderamente, es una alhaja digna de un potentado; te debe haber costado un dineral. Supongo que tendrás ya la carta de Pucho, en que, el pobre, te da las gracias.

"Momentos después se presentaron Isabel y su prometido, y con ellos la alegría que todos íbamos echando de menos. Isabel está loca por su Mariano, cuyo reciente triunfo en las oposiciones la ha envanecido demasiado. Yo no digo que carezca de mérito, pero no es para tanto haber conseguido una plaza de maestro. Maestro en la Uni-

versidad, pero maestro, y con un sueldecillo que es una mezquindad. Si no fuera por la dote de ella, pocos milagros iban a hacer con la paga de catedrático. El está enfatuado, intratable. ¿A que resulta que nos hace un favor? En fin, dejemos este asunto, en el que nunca estaremos conformes.

"Eloísa nos obsequió con una merienda deliciosa. En el servicio había detalles de refinado gusto. La mantelería, estupenda.

"Se habló de las bodas. Quieren los chicos casarse el mismo día, cosa que no me parece mal. En cuanto a los viajes de novios, les hizo reír a todos, menos a mí, Mariano, porque se empeñaba en saber hacia qué lado lo harían Pucho y Lydia, para tomar él el camino opuesto. No le encuentro el chiste a su genialidad.

"Hemos fijado la fecha de las bodas para el primero de abril, contando con que tú podrás estar con nosotros en tal día. Se adelantará o se retrasará si tus asuntos así lo exigen. Contéstame sobre este particular.

"Ya ves que, como me pedías, te lo he contado todo punto por punto. Mejor que conformarte con esta especie de crónica hubiera sido que vinieses.

"Estoy muy contenta. Mil besos de tu madre.

Adela."

Después de leerla, de saborearla detenidamente, Fernando dobló la carta de su madre y la guardó.

Paseaba de un extremo a otro de la galería, parándose con frecuencia a contemplar el panorama. El cielo estaba gris. A su influjo, la bahía era una gran plancha de aluminio.

Fernando Aduín paseaba por la galería. Quien, desde el camino, le viese, pensaría que no era cierta la noticia de haber muerto don Julián, puesto que estaba allí, como otras veces, con su seca expresión de misántropo...

Adigna y Moncha aparecieron en la galería.

—¿Le servimos la comida al señor?

Las dos mozas rollizas, frescas, opulentas, le pedían con sus ojos claros una orden cualquiera para obedecerla sin reflexionar.

—No almuerzo en casa. Que saque Antonio el coche.

Marchó a Atlántica. El automóvil carburaba admirablemente; su petardeo resonaba en la cuenca de la bahía.

El cielo estaba gris.

VIII

BODAS

Fernando cumplió lo prometido del modo siguiente: Isabel llevaría en dote una casa en Madrid y el *chalet* el "Mirador", en la bahía de Atlántica. La casa le había costado a Fernando un millón justo. El *chalet* y su jardín iban de añadidura.

—Para que tengas donde trabajar y donde descansar, Mariano.

El millón de Pucho fué distribuído de otro modo: tres cuartas partes serían la dote de Lydia en fincas y en acciones de los tranvías de Atlántica; del resto, en acciones también y en dinero contante, le haría Fernando donación a Pucho.

—Para veranear les ofrezco a Pucho y a Lydia la casa del tío Julián, en donde tendrán prevenidas habitaciones.

—¿Y por qué casi todo en dote a Lydia?

—Porque así estará seguro. No me fío de las aptitudes de administrador de Pucho. Y en último término, porque así es mi gusto, mamá.

La víspera de las bodas se firmaron las escrituras.

Apadrinaron las dos bodas Adela y Fernando. La primera comitiva partió de la casa de don Prudencio Aduín. Cuando llegó el padrino, ya le esperaban. Bajo la corona de azahar y los tules vaporosos, el rostro blanco y rosa, los ojos claros y el cabello rubio de Isabel, hacían de ella una figura celestial. Una alegría alada quería inmaterializar a aquella novia tan linda.

—Es una chiquilla sin pizca de fundamento—decía su madre—. En un día como éste no hace más que reír. Veréis cómo Lydia se presenta de otro modo.

En el primer coche montaron ellas dos y el padrino; en el segundo, los dos novios y don Prudencio, más que nunca solemne, y en otros carruajes, el padre de Mariano y los invitados, por regla general jefes de Administración.

Los novios con sus chaquets, sus pantalones de rayas, sus cuellos de pico de tarjeta y sus chisteras de diez y seis reflejos, iban irreprochables; mas hubieron de reconocer que el chaquet de Fernando, su cuello, su corbata y su chistera, eran de

un gusto especial, selectísimo, y que llevaba aquellas prendas de un modo inimitable.

—Debe haberse equipado en Londres, adonde va con frecuencia—dijo Pucho—. Expresan esas líneas un puro inglés. Estos sastres de Madrid, al cortar un chaquet, tienen en los trazos reminiscencias de los fígaros, de las chupas y de las chaquetillas de los toreros. El chaquet francés es una casaca sin bordados ni galones. Sólo el chaquet inglés es verdaderamente un chaquet. Y también el norteamericano. En las películas...

—¡Pero, hombre!—le dijo don Prudencio a su hijo—. ¿Es posible que al irte a casar vayas pensando en esas fruslerías?

A esta sazón los automóviles se detenían ante la casa de la otra novia. Estaba convenido que subiesen a buscarlas, a ella y a su madre, Fernando y don Prudencio.

Con Lydia esperaban los invitados por su parte, que eran casi todos compañeras de colegio de la novia. Los que traía Mariano, gente joven en su mayoría, se incorporaron también allí. El instinto les había guiado.

Entre sus amigas, como en el trono de una Corte de Amor, Lydia destacaba prócer y espiritual. Las flores de azahar irían a morir en su frente, que abrasaba una fiebre oculta. Lydia es-

taba muy pálida, con un brillo extraordinario en los ojos enormes.

—¿Vamos, Lydia?

Muda y obediente, aceptó el brazo del padrino. El velo flotaba detrás de ella. Al entrar en el ascensor, Fernando la dijo:

—¡Cuidado, no lo vaya usted a pisar!

Los demás, por no esperar el ascensor, bajaron por la escalera. Durante el breve viaje, Lydia fué como una figura de alabastro.

Al entrar en la iglesia, Fernando dijo:

—Como no puedo hacerme dos, una de las novias tiene que ser conducida por otro. Isabel, tú le cedes para esto el padrino a Lydia, ¿verdad? Padre: lleva a tu hija a su ilusión.

Primero, bendijo el sacerdote la unión de Pucho y Lydia: él cuidadoso de su figura, perfilado como ante el fotógrafo; ella, dominando los tirones del vértigo como ante un abismo.

A pesar de todo, la ceremonia causó más emoción al llegarles la vez a Isabel y Mariano. Isabel tuvo en su cara el resplandor maravilloso de quien hace la ofrenda de su alma limpia y generosa: los tres "sí" sonaron en su acento como tres campanillas de la custodia. Mariano, por su parte, estuvo cara a la vida, hecho todo un hombre.

Desde la iglesia fueron todos al hotel donde se celebró la fiesta. En la mesa, el padrino se sen-

tó entre las dos novias, con quienes bromeó durante la comida. Se habían cambiado los papeles: Isabel estuvo como anonadada, mientras Lydia se puso muy contenta: reía y decía donaires tan sin cuento, que alguno pensó si estaría bebiendo demasiado.

Nadie más que ella oyó, dichas a su oído, estas palabras de Fernando:

—No te preocupes, mujer: Pucho es un quinto.

Ella rompió a reír, después de haber contestado más aún en secreto:

—Tu consejo llega tarde.

Ahora fué Fernando el que se tronzaba de risa.

Se bailó, como era natural, después de la comida. En un grupo de hombres se hacían comentarios.

—No sabría uno con cuál quedarse: si con la rubia, que parece una diosa del amanecer, rosa y oro; si con la morena, que es como una fantasía amorosa de la noche.

—Yo—dijo otro—, sin negarle a la rubia que es lindísima, me quedaba con la morena: es morena como es negro el carbón, calor en potencia. Preferible el amor de la morena.

—Preferible y temible.

—Su marido me parece un pingüino que no la hará feliz.

—Es como un merengue: dulce, empalagoso y sin yema.

El padrino bailó un minuto, no más, con cada una de las novias, y en seguida se dedicó a obsequiar a todas las solteras, mariposeando de una en otra: ninguna lograba retener a aquel millonario, tan galante, tan frío, tan seguro de sí mismo.

—Hace milagros el dinero—pensaba Adela—. Ha convertido a este ogro en un hombre de sociedad.

Se retiraron los novios para ponerse los vestidos de viaje, y se planteó un conflicto: Mariano e Isabel marchaban a Andalucía; Pucho y Lydia, a París. Las horas de los expresos hacían difícil despedir a las dos parejas.

—Pues para quitarle a las despedidas el número de lágrimas consabido, haremos un cambio: los Aduín, a despedir a Lydia, y Eloísa, a despedir a Isabel. En cuanto a los invitados, la mitad a cada estación.

Aceptada la idea del padrino, Lydia fué a la estación del Norte acompañada por los Aduín. Oportuna compañía, pues sin ella, Pucho se hubiese hecho un lío en las diligencias enojosas de las facturación y embarque. No encontraba al mozo que tenía sus billetes y en todos los coches se quería meter.

—¡Si tienes reservado un departamento del *sleeping!* ¡Ven acá, hombre!...

Cuando el tren hubo partido, Fernando le dijo a su madre:

—¡Ya estarás contenta! Tu Pucho es rico, y tiene una hermosa mujer.

Adela contestó agresiva:

—Tiene lo menos que debía tener.

Fernando dió media vuelta y se puso a hablar con unos amigos.

Al estribo de los coches se despidieron los invitados.

—Nosotros—dijo Adela—vamos a casa. Eloísa cena allí esta primera noche. ¿No vienes tú, Fernando?

—Lo lamento, madre; pero esta noche te quedas también sin mí.

Don Prudencio se creyó en el caso de hacer una frase. Abrazó a Fernando, y le dijo:

—Estoy satisfecho. Has procedido como un Aduín.

NOTICIAS

Se recibieron al día siguiente sendos telegramas de los matrimonios nuevos, y dos días después, cartas que traían noticias de su felicidad. Fernando fué a su casa a conocerlas.

—Mira lo que dicen tus hermanos y anímate a seguir su ejemplo.

—¿Yo?

—Sí; tú te debías casar.

Fernando sonrió, tomó las cartas y se puso a leerlas. Isabel se limitaba a decir que estaba muy contenta, que era muy dichosa. Mandaba mil besos para su padrino. La carta de Pucho era más extensa. Decía que habían hecho el viaje muy bien, y que estaban hospedados en un hotel de lujo, donde era necesario vestir de etiqueta para bajar de noche al comedor; que París era una ciudad estupendísima; que habían visto ya un teatro y que se proponían divertirse mucho. De su mujer decía: "Como la pobre no se había separado de su madre, a quien escribe en este momento, al principio venía tristona; pero hoy ya es diferente. Aquí, en París, donde hay mucha mujer rubia, llama la atención su tipo moreno, cosa que a ella le hace mucha gracia. Al verla, los intérpretes nos hablan desde luego en español, menos uno que salió hablándonos en ruso y nos aseguró luego que Lydia se parecía mucho a una actriz de Moscú. No os podéis figurar lo que nos hizo reír este hombre. El es el que nos acompaña. Mañana nos llevará a la calle de las modistas, para que Lydia se inspire antes de encargarse algunos vestidos, con los que dará el golpe este año en el Gran Casino de Atlán-

tica. Lydia, en este momento, me encarga que te mande mil besos de su parte y que le transmitas a Fernando su cariñoso saludo y le digas "que está encantada de haber nacido".

Dejó de leer Fernando y le devolvió el pliego a su madre.

—Bien, mamá. Hemos situado en la vida a los dos. Ya puedes mirar sin miedo al porvenir.

—Ahora te toca a ti.

—A mí ahora me toca contemplar cómo son felices los demás. Y esperar a ver si el tiempo y mis obras me hacen merecer algún cariño. Adiós.

—¿Te vas?

—Sí; sólo venía a saber noticias de los recién casados.

—¿Piensas estar mucho en Madrid?

—No sé. Ahora voy a emprender algunas cosas. Tal vez tenga que viajar. Antes de partir vendré a verte muchas veces. Y quería decirte... ¿Y tú? ¿No necesitas nada tú? Yo no sé qué comprarte. He visto unas perlas...

Adela rechazó.

—No, Fernando; yo no necesito nada. No quiero nada.

Fernando se despidió de su madre. Ella se quedó muy pensativa. El iba más.

EL PASADO NO VUELVE

Fernando se levantó una mañana más temprano que de costumbre, montó en su automóvil y ordenó:

—Al ministerio de Hacienda.

En el ministerio de Hacienda, un ordenanza, a quien gratificó espléndidamente, le dió los informes que deseaba. Narda seguía prestando sus servicios en la misma dependencia, y precisamente a aquella hora estaba en su oficina.

—Si el señor quiere que pase recado...

—No. Lo que quiero es que ella no sepa que le he preguntado a usted. Duplicó la gratificación y dejó el ministerio. En la puerta calculó: desde una cervecería que hay enfrente podía vigilar la salida de los empleados.

A la hora reglamentaria se situó en una de las ventanas de la cervecería y esperó alerta. El edificio oficial empezó a soltar individuos como una colmena. Salían en grupos y se dispersaban brevemente. Fernando pagó el *vermouth* y salió a la calle; desde la acera de enfrente continuó su acecho.

Narda, con otras empleadas, no tardó en aparecer. La conoció al verla en el modo de andar menudo y gracioso; le pareció que estaba un

poco más gruesa. Ella caminaba hacia la Puerta del Sol como sus compañeras y torcía por la calle del Carmen. "Se ha mudado de casa", pensó Fernando. La siguió a distancia, sin perderla de vista. Iba vestida modestamente, pero con gusto: llevaba un traje de pañete y un fieltro, todo de un discreto color de topo; calzaba, como siempre lo hizo, zapatos impecables y medias tersas y relucientes. Sus tobillos enjutos, como los de una cebra, no parecían corresponder al diámetro a que llegaba gradualmente la pierna maciza.

Las amigas aquellas se separaron de Narda en la plaza del Callao, a la sazón intransitable por las zanjas y terreros de las obras de la Gran vía. Narda enfiló sola la calle de Preciados.

Fernando esperó para acercarse a ella a que sus amigas no le pudiesen ver. La abordó cerca de la plaza de Santo Domingo.

—Narda.

—¡Oh!—se volvió ella al reconocer la voz—. ¡Fernando!

—¿Te puedo hablar?

—¡Si es poco!...

—¿Por qué no entramos en cualquier parte?

—No—dijo ella, después de un movimiento de duda—. Al aire libre y poco tiempo. ¿Qué me tienes que decir?

Se detuvieron junto a la verja del jardinillo. A aquella hora era densa la circulación.

—Mujer, así... ¿quién habla?

—Tú, si quieres, y a escape. Mi marido me espera.

Fernando dió un paso atrás.

—¿Tu marido?

—Sí; un funcionario del Estado como yo. Un hombre honrado, Fernando, con quien soy feliz.

—¡Narda!... Y yo que te buscaba para casarme contigo...

—Tu cinismo es asombroso. Hace diez meses que volviste a Madrid hecho un millonario. Te hospedaste en el Palace... ¿Por qué no me buscaste entonces? Porque estaba soltera. Me buscas ahora, al saber que soy casada, y sin respetar, no hablemos de mi honor, ni mi estado.

Reparó Fernando en ella. La demacraba un poco la gravidez, apreciable ya en sus líneas.

—Por vil que seas, has debido detenerte ante un sagrado así.

—Te juro que no sabía, que no había advertido nada. Te juro, además, que ha tardado tu recuerdo, el de nuestro amor, en apoderarse de mí, en decidirme a buscarte. Esta noche, en vela casi toda, he sentido que te quería otra vez.

—Suponiendo que fuese verdad, despejemos la

situación: has llegado tarde. Renuncia a mí en absoluto.

—En absoluto, Narda. He dejado de desearte de pronto; todo se ha borrado y se ha apagado. ¿Eres de verdad feliz?

—Lo soy, Fernando.

—Pues olvidemos, olvidaré. El pasado no vuelve.

—Me gusta oírte eso.

—Ya sabes que soy muy rico. Si algún día necesitas algo...

—Me moriría de hambre antes de acudir a ti.

—¿Me odias?

—No — se encogió de hombros —. Pero un favor que me hicieras me sonrojaría al pensar que me pagabas el pasado.

Le tendió su mano.

—Que Dios nos perdone, y hasta nunca, Fernando.

—Adiós.

Se separaron. Fernando Aduín tomó un coche en la plaza, y dentro del coche rompió a llorar.

LA SORTIJA REVELADORA

Olga seguía siendo una de las estrellas más brillantes de los *danzings* y *cabarets*. Conservaba

su rango porque sabía administrarse admirablemente. Una aventura con Olga le costaba al aventurero muy cara siempre. Y no eran aventuradas sus aventuras, porque aforaba la bolsa de los "clientes" como si sus ojos tuviesen la virtud de ver a través de los cuerpos opacos. Por eso, sin duda, recibió tan contenta la presentación de Fernando Aduín.

Fernando bailó con ella, cenaron juntos y al salir del *cabaret* tomaron el mismo automóvil. Al día siguiente, antes de almorzar, la dijo:

—Está un día espléndido. ¿Quieres que demos una vuelta a pie?

—¿A ti no te importa?

—¿A mí? Soy libre como un gorrión, querida.

Dieron un paseo por el centro de Madrid. En el escaparate de una joyería había unos pendientes muy bonitos: dos brillantes como dos gotitas de agua. En un cartoncillo se marcaba su precio.

—Mira qué pendientes más cucos. ¿Te gustaría poseerlos, Olga?

—No. Las alhajas, en cuanto salen de la joyería, pierden un tercio de su valor. Prefiero que sea para mí toda la ganancia. ¡Qué casualidad! En aquel Banco tengo cuenta corriente.

—Y yo—dijo Fernando—. Y, ¡qué casua-

lidad!, precisión de sacar un poco dinero. ¿Te molestaría que entremos?

Olga rompió a reír.

—Eres encantador.

—Y tú eres diáfana, querida. Me gusta así.

Fernando iba a hacer la operación.

—¿Cómo te llamas aquí, en el Banco, Olga?

—Permíteme que extienda yo misma la petición de ingreso.

—¡Ah! Como quieras.

En cuanto le dieron el resguardo, que ella escondió en su bolso de mano, entre la cajita de polvos y la barra de carmín, Olga declaró que la molestaba mucho andar a pie.

—Mira, chiquillo: más vale que pidas por teléfono tu automóvil. Hay ahora en el Guadarrama un *restaurant* nuevecito. ¡Si supieras qué bien se almuerza allí!

En el escenario de montañas, todavía algunas con jirones de nieve como grandes lienzos tendidos al sol, Olga hacía olvidar su laya: era una turista elegante que sentía el paisaje y la delectación del aire puro.

—Cuando yo pueda—decía—compraré un *chaletito* aquí, y me pasaré muchas horas en un pinar, tendida, mirando al cielo y sin pensar en nada.

—Si prescindiésemos del pensar—añadía—y

nos quedásemos sólo con la facultad de sentir, acaso no fuese un problema la felicidad.

Fernando la habló así:

—Eres, Olga, una hermosa mujer de quien no deben temerse complicaciones sentimentales. Yo no sé si tu amor es el verdadero amor. Voy creyendo que sí. Lo cierto es que amándote no se pierde la libertad. Si te place, seremos amantes un poco tiempo. Con tu diafanidad, ¿comprendes? El tiempo que dure la conveniencia... o la necesidad de uno de los dos. A tu lado me prometo domar mis pasiones como se doman las fieras: enjaulándolas y echándolas de comer. Eres hermosa y hábil: sabrás cautivar a las fieras. En cualquier momento puedes partir. Después seremos amigos. ¿Quieres?

—¿Adónde vamos?

—A cualquier parte. ¿Qué te parece una temporada en París? ¿Tú tienes pasaporte, Olga?

—¡Vaya una pregunta! Una mujer de mi categoría nunca está sin él.

—Pues en el expreso de mañana.

—¿Llevo mucho equipaje?

—Tu neceser, Olga. Un hombre de mi categoría no gusta de ver trajes usados.

Un mes duraba ya la aventura, y se hubiera prorrogado indefinidamente si una indiscreción de Olga no le pusiera término. Ello fué así:

Cierta mañana, Fernando fumaba tranquilamente tumbado en un diván, después del baño y el desayuno, mientras Olga, ante el tocador, abrillantaba sus uñas largas, abarquilladas y transparentes. Fumaba Fernando y gustaba el sereno deleite de contemplar en la realidad y en el espejo el busto de Olga, su cuello largo y gracioso, la soberbia armonía de sus hombros, la tersura de su espalda, con suaves marmóreos relieves de anatomía; la nuca de marfil y el tinto borbollón de sus cabellos. Pensaba Fernando que el ser más bello de la creación es la mujer. Ni pájaro ni flor alguna la aventajan, porque ella tiene de las aves la gentileza, la viveza, el trino y la seda del plumaje; de las flores, en la piel, la delicada suavidad de los pétalos y su color, el aroma y el amor.

Olga, después de abrillantar sus uñas, empezó a ensartar en sus dedos las sortijas, momento en que hubo de ocurrírsele coger y examinar una de Fernando, aquella en que dos Venus se miraban en una esmeralda magnífica.

—He observado que te gusta esa sortija, Olga.

—No es propia para una mujer. Es pesada.

La dejó de prisa, como sorprendida en un momento vitando.

—No me interesa.

—Te interesa, Olga. Y no por sí misma: por

un recuerdo confuso que la sortija evocaba en ti y que ahora mismo acabas de precisar.

—No; no hay tal cosa—quiso fingir, sin tener en cuenta que Fernando veía su cara en el espejo.

—Tratas de engañarme, Olga, y eso no está bien. Me disgusta.

—Pues si te disgusta que calle, diré la verdad. Esa sortija, en efecto, me estaba picando en la memoria desde el primer día. ¿A quién le he visto yo esa sortija?—Al llegar aquí, Olga, ante un nuevo recuerdo, más inquietante, se demudó y quiso volver a la mentira—. Y resulta que no debo habérsela visto a nadie o que se trata de alguna parecida. Con ese motivo de las Venus se habrán cincelado tantas...

—No dices la verdad. Tu recuerdo, al precisarse del todo, te ha sobresaltado: acabas de caer en la cuenta de que el hombre en cuya mano viste por primera vez esa joya, en la que te fijarías por su primorosa ejecución, se parecía mucho a mí.

Olga no quiso disimular más.

—Eso es lo cierto, Fernando. ¿Se trata tal vez de tu padre? Pues el caso, chiquillo, no tendría nada de particular.

—No era mi padre.

—¿Tu hermano mayor?

—Bueno; pon que fuese mi hermano mayor.

—Fué mi amigo un par de semanas, y conservo de él un recuerdo gratísimo. Serio y amable, ardiente y generoso, como tú. Un hombre completo, en fin. Por cierto que el primer día le acompañaba un niño bitongo, a quien no he vuelto a ver más. Pero... ¡te has puesto lívido, Fernando! Dispensa. Tu hermano..., ¿no existe? Yo, querido, también sé rezar.

—Olga—dijo Fernando—, quiero que de mí, como del anterior dueño de esa sortija, te quede una grata memoria.

—Entendido, chico. Hoy mismo tomaré el camino de España. Perdóname... Comprendo que ya no...

—No quieras saber — la interrumpió Fernando—. Dime solamente si yo puedo hacer algo definitivo por ti.

Olga vino a sentarse junto y frente a su ex amante. Había empalidecido ella también.

—La espera a una la emoción, el sentimentalismo, donde menos podía sospechar. Tú sufres, no sé por qué, pero sufres, y muy hondo. No quiero nada, ¡nada! Que perdones a una pobre mujer cuyo oficio es el placer, porque te ha causado un dolor.

—Pero tú no tienes ese oficio por gusto.

—¡Bah! Déjame a mí lo mío. ¿Qué alivio encontrarías si te contase mi caso vulgarísimo? Es el

de siempre: que un día se confabularon para perderme el sexo y el corazón. Después...

—Después, tú como yo, has pensado en asegurarte una fortuna. Para ello has traficado con ambas cosas. Los que fueron tus tiranos un día, son tus servidores.

—Algo así.

—Bien, Olga. Ahora dime cuánto te falta para completar la cifra a que te propusiste llegar.

—Te voy a contestar como a un hermano; me pareces un hermano. Me falta muy poco, me faltan unos seis mil duros.

—¿Y qué harías si yo te los diese?

—Tomarlos. Eres muy rico y, además, no puede quedarte el más leve recelo de que te haya estafado yo. Después me retiraría.

—Es creíble en ti, en tu temperamento, Olga.

—El amor que de mí conoces, el único que ya siento, como no tiene imaginación, es fácil de dormir. Está acostumbrado a dormir y nunca ha despertado contra mi voluntad. Soy, en eso, una mujer normal, una señora.

—Cuenta con esa suma, Olga. Al despedirnos, te entregaré un cheque que tú cobrarás en Madrid. Así te evito la molestia de los cambios.

Cuando iba a partir el tren, Fernando puso sus manos en las sienes de Olga, la miró al fondo de los ojos y la besó en la frente.

—Me había propuesto que fueses mi querida definitivamente. Así serás definitivamente mi amiga. ¿No te parece mejor?

Las últimas palabras de Olga fueron estas:

—¡Como una hermana!

XI

HA PASADO UN AÑO

Durante un año las noticias de Fernando Aduín fueron infrecuentes. Su cuñado Mariano, único que recibía de raro en raro una carta del ausente, solía responder a los que preguntaban por él:

—Ese se nos está haciendo un francés. Tiene en París buenos negocios. Viaja mucho por Europa y se asoma a España alguna vez, pero no pasa de Bilbao o Barcelona. Madrid no le interesa. Revive en él el genio emprendedor y cauto de su tío Julián, de quien no cabe duda que supo elegir su sucesor.

Para esperar al primogénito, que debía venir en julio, Mariano e Isabel se trasladaron al "Mirador". Con ellos fué Adela y, pocos días después, se instalaron en la casa de Fernando Pucho y Lydia. Eloísa no los quiso acompañar.

Eloísa pasaría el verano con unos parientes suyos en Santander.

—Voy a disfrutar—decía—, aunque sea un poco tarde, de mi libertad.

El primogénito de Mariano e Isabel vino, como se esperaba, en julio y muy felizmente: era una niña, como su madre rubia y de color de rosa. Mariano redactó un telegrama que decía así:

"Ha nacido una niña que, para tener nombre, espera a su padrino. Isabel está muy bien y te ruega, como yo, que vengas a conocer a tu primera sobrina."

—No creo—dijo Mariano—, una vez expedido el telegrama, que Fernando nos dé el alegrón de venir.

—¿Quién piensa?—opinó Adela—. Ese no viaja si no va en busca de un negocio. El dinero es su único amor.

—Pues yo tengo la corazonada de que viene—dijo Isabel.

—No, no espero que venga—opuso Lydia—. Me parece a mí que se expatrió para siempre.

Acertó la corazonada de Isabel, porque Fernando Aduín, después de leer el despacho, lo pensó diez minutos y decidió:

—Prepare el equipaje, porque vamos a España—le dijo al criado.

—¿Por mucho tiempo, señor?

—No lo sé. Haga usted las cosas como si fuésemos a tardar en volver un par de meses.

Dedicó un día a aquellas diligencias indispensables a un hombre de negocios que se ve obligado a abandonarlos de un modo imprevisto; dió órdenes a sus apoderados y dependientes, anduvo a escape, expedito, hábil y, con todo, le vino muy tasado el tiempo para alcanzar el tren.

En el coche-comedor oyó hablar en castellano y travó charla con los compatriotas, conducta increíble en Fernando Aduín. Iba extraordinariamente contento y locuaz.

EL BAUTIZO

En la iglesia aldeana fué bautizada la niña. El pequeño templo románico se vió lleno de gente, porque, amén de los deudos de la neófita, concurrieron al bautizo todos los pescadores del lugar y todas las operarias de la fábrica. Una gaita del país saludó antes que el órgano a la nueva vida. Desde el *chalet* al templo, el camino, entre arboledas y prados, se cubrió de alegría: las mociñas cantaban los alalás tradicionales, de larga cadencia, y lanzaban después el grito prehistórico, que ninguna otra raza ha podido imitar.

En la campiña, que el caminejo cruzaba sinuo-

so, los pañuelos de las mujeres trazaron como un reguero de sangre arterial.

Los mozos, con sus trajes de fiesta, iban detrás contestando a veces con una copla a la copla apicarada de las mujeres. La "retesia" era de un clasicismo encantador.

De vuelta de la ceremonia, vinieron mezclados los hombres y las mujeres, con gran regocijo, bulla y traveseo. Todas las mozas se sentían un poco madres de la hija de Isabel, cuya venida al mundo exaltaba el sentimiento más arraigado en sus corazones. En esto tampoco hay raza más amorosa que la raza de las cantoras de alalás.

Corrió el vino sin tasa y se repartieron con profusión y largueza las empanadas y roscas, las viandas y confites, pues el padrino era rico y generoso. Para los chiquillos hubo copiosa lluvia de caramelos, peladillas y monedas. El bautizo iba a dejar memoria por su algazara y rumbo.

En el jardín del *chalet* y en la huerta, en la robleda, se celebró una gran romería. Los viejos pescadores se regalaban en roldes bebiendo calmosamente, mientras la gente joven bailaba con frenesí. Además de las gaitas, Fernando había hecho venir una banda de música.

En la terraza del *chalet*, Adela y Lydia atendían a los invitados de preferencia. Fué servido por un hotel de Atlántica un "lunch" exquisito.

El champán llenaba las jarras de bohemia como si procediese de una fuente inagotable.

Fernando se desvivía por atender a todos. Si faltaba de la terraza un momento, se oían en el jardín o en la robleda las aclamaciones de la muchedumbre.

Así transcurrió la tarde. Puesto el sol, poco a poco se fué dispersando la gente de la romería. Los invitados de la terraza se despedían y marchaban a la cuidad en sus coches, que ya tenían que encender los faros. Uno tras de otro, por la carretera, se les veía como un desfile de gatos fabulosos. La noche vino con gran lujo de estrellas en su manto azul. En toda la cuenca de la bahía sonaban las cántigas, cuya última nota flotaba en los ámbitos largamente...

Quedaban en la terraza el administrador con su mujer y algunas otras señoras, a quienes Fernando no se creyó tan obligado. Los dejó a todos y se fué a ver a Isabel.

Isabel, que se había levantado aquel día, se hallaba en una butaca, envuelta en una gran bata azul. Un poco pálida, con el pelo en trenza, escampado el rostro, su hermosura era clara y delicada. Abrigaba en su seno a la hijita dormida, y la miraba a cada momento con ternura inefable. Isabel creía un milagro su maternidad, una gracia divina.

Fernando se sentó junto a ella.

—Cuéntame. ¿Eres absolutamente dichosa?

—Absolutamente. Te bendigo a toda hora y en mis oraciones pido por ti.

—¿No hay nada, no hay una bruma en ese cielo?

—En mi matrimonio no, te lo juro. En los que nos rodean...

—Cuéntame. Debes contármelo todo.

—Es verdad. Acaso tú puedas remediar algunos males.

—Primeramente, ¿cómo se llevan tu marido y mamá?

—El la respeta, hace por agradarla, pero... ¿a qué ocultarlo? Mamá no le quiso nunca a Mariano, y cada día le quiere menos. El ver que adora en mí, que trabaja, que se va haciendo un nombre, que gana dinero, yo creo que, en vez de alegrarla, la exaspera. Para salirse con la suya era necesario que yo no fuese feliz, que me quejase de algo. Se trata de una cuestión de amor propio: ha salido bien una boda hecha contra su voluntad.

—¿Y qué tal Pucho?

—Pucho es un insensato. Va a la ruina a ochenta por hora. Eso de los automóviles es en él una obsesión, una monomanía. Compra uno, lo malvende; compra otro, lo cambia perdiendo una

atrocidad; vende el que tomó, compra otro... y así. Y como además vive en las carreteras, siempre de pruebas, de excursión, con unos cuantos amigotes que se divierten y derrochan a cuenta suya... ¡Vamos: es el modo más estúpido de quedarse en la calle que se puede idear!...

—¿Qué hace Lydia al ver eso?

—¡Callar! Es una víctima de su suegra y de su marido. Mamá defiende a Pucho. Ya lo sabes: ¡que no le toquen a su Pucho! Pues como Eloísa no puede ver con calma el abandono en que vive su hija, le llamó la atención a mamá, y no sé lo que pasaría entre las dos. El caso es que Eloísa por poco si se muere del disgusto y que desde entonces no la hemos vuelto a ver.

Entró en la habitación Mariano.

—¡Bravo, Mariano!—le abrazó Fernando—. ¡Así se portan los hombres! En cuanto a los demás, tu mujer me ha pintado el cuadro.

—Lamentable, chico. Tu hermano es una calamidad. Ya hablaremos. Vengo a buscarte porque se despiden esos señores...

EN EL MISTERIO DE LA NOCHE

Para cuidar a Isabel, que debía tomar alimento a horas fijas, Lydia y Adela alternaban las

noches. Aquella le tocaba a la madre velar. Sabiéndolo Fernando, dejó que todos se retiraran y se quedó, por fin, solo en la terraza del *chalet.*

Estaba tumbado en una meridiana de junco. A su lado, en una mesilla, tenía una caja de cigarros y una copita de coñac, que iba gustando a pequeños sorbos. Estaban apagadas todas las luces del *chalet.* Cada pocos minutos Fernando, aunque su cigarro ardía perfectamente, encendía una cerilla, cambiaba de postura o producía algún ruido. Su madre, que debía velar por allí cerca, no le advertía, sin embargo, o no quería venir a conversar con él.

La noche era una noche limpia con muchas estrellas. Se veían tantas que el cielo era todo un dorado resplandor. Abajo, la tierra y el mar estaban completamente negros.

Ahora se apreciaba que las luces artificiales, aunque suelen darnos la ilusión de estrellitas caídas, es porque les añade misterio nuestra imaginación. Las luces de Atlántica no tenían la vividez de limaduras de oro de las luces del firmamento.

Pensaba también Fernando en la perfidia de la luna, que nos encanta con una luz que no es suya y nos priva de ver la grandeza del mundo. Cuando ella sale parece que se han ido las estrellas. La luna y la mujer limitan la comprensión del

pensamiento del hombre con un resplandor usurpado.

Por fin, se oyeron unos pasos quedos, una puerta. Adela llegaba a la terraza, invisible como un trasgo.

—¿Te vas a pasar ahí la noche?

—No tengo sueño, mamá, y se está bien aquí. La temperatura y el ambiente son deliciosos.

Crujió una butaca. Adela se había sentado.

—¿Piensas permanecer en España mucho tiempo?

—No lo he calculado. Ya que vine, voy a poner en mejor orden algunas cosas. Es posible que trate de vender la fábrica, porque, no estando yo a la vista, no marcha del todo bien.

—Lo mismo pensaba yo. Debías poner a Pucho al frente de ella.

—A Pucho no le gustan los negocios, mamá. Ya ves que no se le ha ocurrido hacer nada.

—No le dejaste a su disposición más que cuatro cuartos. El no se puede dedicar, como tú, a grandes especulaciones y no va a meterse por la menuda a mercachifle.

—No tiene preparación ni afición, mamá. No aprecia el valor del dinero.

—Otros, que se tienen por listos, fracasan donde él triunfa.

Fernando sacudió la ceniza del cigarro. El rubí de la brasa vibraba en la negrura.

—En la conquista de Lydia, por ejemplo.

—Por ejemplo.

—Mamá: tú no puedes imaginar el daño que le haces a Pucho con esa idolatría.

—Ya salió la idolatría. A la justicia le das tú ese nombre.

—Has querido decir que si Lydia me prefiere a mí...

—Quiero decir que si el tío Julián hubiese conocido la inclinación de su hija...

—El heredero sería Pucho y ¡pobre de mí! no hubiera visto una peseta.

—Para evitar eso madrugaste.

La lumbre del cigarro tembló otra vez.

—Aun suponiendo que así fuese, yo, que pude guardármelo todo, he hecho ricos a mis hermanos.

—Para aquietar un poco tu conciencia.

—Así, pues, no me lo deben agradecer.

—El catedrático sí debe agradecértelo. Por eso te adula. El despojado, tal vez se ha dado cuenta de tu acción.

—¿Sabe Pucho?...

—¡No! Al menos, si sabe, no es por mí.

—A Eloísa sí le plantaste la verdad.

—Me buscó la lengua. Se mezclaba en el pro-

ceder de mi hijo, que es muy dueño de obrar como le parezca.

—Mamá—dijo Fernando, lentamente—. Voy perdiendo la esperanza de que se ilumine tu razón. Eres una pobre mujer. Ya que no me quieras, por lo menos, no me irrites, no me hagas tú peor de lo que soy. ¡Mira que yo puedo resignarme a que Pucho conquiste los corazones de todas las mujeres de la tierra, pero sostendré una guerra a muerte por arrebatarle el tuyo!

—¡Falso! Tú aborreces a tu hermano como Caín aborreció a Abel: por envidia.

—¿De qué, mamá? ¿De su talento? ¿De su suerte, que estuvo y está en mis manos?

—En tus manos estuvo por una traición. Tú le jurarías en falso al tío Julián que eras novio de su hija. Tú te apoderaste de su dinero, Dios sabrá de cuánto, enfermo él, y él murió en París, y tú lo arreglaste allí todo.

—Si en lugar de oírte eso a ti se lo oyera a tu marido..., dudaría. Así no puedo dudar de que me odian las entrañas que me engendraron. Y el caso es que a Isabel tampoco la quieres. ¡Es monstruoso esto! Sólo existe para ti el hijo de la ilusión perdida, del amor muerto en el mismo instante de concebirle. Isabel y yo no somos hijos de tu amor, y, en realidad, no somos tus hijos. Si Pucho tuviese un poco de talento, no te debía

agradecer esa locura. De como te pague..., el tiempo hablará. Adiós madre. ¿No podría yo darte otro nombre? Yo te podría decir: adiós, incubadora... Pero no, ¡no puede ser! ¡No puede ser! ¡Adiós, madre!

El ascua del cigarro se perdió entre las frondas del jardín.

EN LA PENDIENTE

Fernando se dedicó a reorganizar sus negocios de Atlántica. Se pasaba las mañanas en su despacho con el administrador, y por las tardes se iba a la ciudad. Algunos días se iba por la mañana y no volvía hasta bien entrada la noche. La familia no le veía apenas. Unicamente frecuentaba las habitaciones de Isabel. Allí solía pasar algún tiempo charlando con su hermana y contemplando el capullo de rosa que dormía en el "moisés".

—No hace más que dormir esta criatura.

—¿Qué quieres que haga? Todavía no ha pensado en casarse.

—¡Y qué linda es! Se parece a ti, Isabelilla. Va a ser una muñequita como tú.

Una mañana se encontró Fernando a Lydia en el cuarto de Isabel.

Lydia había acabado de formarse. Era una es-

pléndida mujer, que recordaba las de Miguel Angel. Se la imaginaba, al verla tan apta, tan mujer, madre de una generación de guerreros y de atletas. Se había esclarecido su color en las mejillas sonrosado y los labios finos se enrojecieron intensamente. La sangre de Lydia debía ser espesa, rica, candente.

—Ahora te toca a ti, Lydia—la dijo Fernando.

La amapoló no se supiera si el rubor o la ira.

—Yo no deseo bebés—contestó con despego.

Después de las del saludo, eran estas las primeras palabras que, en esta época, se decían los dos.

Isabel, la inocente, no les vió lo que con los ojos se dijeron.

—Hoy salgo al comedor, Fernando—dijo Isabel—. Todos almorzarán aquí. Supongo que no faltarás tú.

Durante el almuerzo, se habló únicamente de automóviles. Fernando acababa de comprar uno, mucho mejor que el que Pucho tenía.

—Te han engañado—le decía Pucho—. Ese coche no tiene más que fachada. El motor es un cacharro. ¿A que no le sacas más de noventa?

—No, ni más de setenta. Yo no tengo el coche por ilusión, como tú. He comprado este para mo-

verme en la temporada. Me basta con que sea cómodo y seguro.

—Pues ni eso. Como tú no entiendes una palabra de coches, te han metido una camama. ¡Ya me dirás!

En Pucho se iniciaba la tendencia a la obesidad. La cara se le iba llenando de carne rubicunda y blanda, "de carne cruda", como decía Mariano.

—Si quieres ver un coche arrear, vente mañana con nosotros.

—¿Te vas, por fin?—le preguntó Lydia.

—Sí.

—¿Adónde?—quiso Fernando saber.

—A San Sebastián. Vamos cuatro amigos. Dentro de dos días es el circuito de Vizcaya y pensamos correr.

—¿Lleváis varios coches?

—No—confesó, obligado—. Llevamos el mío.

—¿Y quiénes son tus acompañantes?

—Tú no los conoces.

Lydia, que estaba estallando, no pudo reprimir una pregunta:

—¿Has vendido las acciones?

—¿Las del tranvía?—dijo Fernando—. Sí, las ha vendido. ¡Y mira tú qué casualidad! Las he comprado yo. Me las ofrecieron muy baratas y yo, creyendo que se trataba de una maniobra para

hacerlas bajar, las tomé en el acto. Ignorando, por supuesto, que eran las de Pucho. Ahora casi todo el capital de la Empresa está en casa otra vez, porque esas acciones que he comprado se las voy a regalar a la recién nacida.

—Es demasiado, Fernando—dijo Isabel—. Mariano: no lo consientas.

—¡Tarde piaches! La operación quedó hecha ayer.

Silencio. Lydia, mirando al mantel, se mordía los labios. Adela se había puesto amarilla; los ojos acuosos de Pucho no sabían adónde mirar.

—De buena gana—dijo Fernando—iría a ver ese circuito. Lo que no hacen los organizadores es anunciar contra qué árbol se van a estrellar los corredores a quienes toca su vez. Se podía levantar allí una tribuna y cobrar caro el asiento. Cuida tú de no ser el que llene ese número del programa.

—¡No hay miedo!—dijo Lydia—. Pucho conduce muy bien.

—Reconocido—dijo Mariano—. Pero tantas veces va el cántaro...

—Bueno que quieras verlo—dijo Adela—, puesto que te gusta. Ahora que tomar tú parte en la carrera, no. Me vas a matar de un sobresalto, hijo mío.

—¡Déjame en paz!

Mariano creyó oportuno cambiar de conversación. Se habló de nodrizas. Isabel se obstinaba en criar a su hijita, a lo que se oponía el marido.

—Déjala que críe—dijo Fernando—. Es cuestión de que se someta a un régimen de sobrealimentación. Déjala que sea madre del todo.

Pucho se levantó de la mesa antes de que sirvieran el café.

—Me esperan—dijo y desapareció.

EN EL CORAZON

Fernando despachaba su correspondencia. En la casa, como en otros días que parecían tan lejanos, no se oía ruido alguno. Fernando trabajaba en el buró americano, se sentaba en el sillón giratorio, escribía con la misma pluma que usara la última vez el tío Julián. Nada denunciaba en aquel despacho el cambio de dueño: hasta los mismos papeles, al ser tocados por esta mano vigorosa, no advertían la diferencia; las llaves se creerían poseídas por el mismo señor.

Había silencio en la casa porque todos estaban en el *chalet*, hasta la servidumbre. Isabel había oído aquella mañana la misa de purificación, acompañada por sus deudos y criados como una gran señora de pasadas épocas. Ahora en el *chalet* se

estaba preparando un festín. Fernando hizo invitaciones con el propósito de dar al acontecimiento la mayor importancia. Un gran deseo de suntuosidad y de divertimientos parecía haberse apoderado de Fernando Aduín, que en todo hallaba motivo de una fiesta. Para una semana después estaba organizando una verbena en los jardines del *chalet*, a la que acudiría la buena sociedad de Atlántica. El mismo Fernando había encargado exprofeso sendos trajes para Isabel y para Lydia a París.

—Vamos a convertir el jardín en un pequeño Versalles. No estaría mal que las parejas ensayasen una gavota y un minué.

Isabel aplaudía todas estas iniciativas de Fernando, en las que Lydia, por su parte, ponía toda su actividad. Ella estaba adornando hoy la mesa.

De pronto, Lydia había sentido despertarse su afán de lucir, de frecuentar el Gran Casino. Si Pucho no la quería llevar, se iba con Fernando.

Adela una vez la hizo una observación. Lydia miró a su suegra de frente, teniéndoselas por primera vez.

—Señora: si mi marido cumpliese con su obligación, me acompañaría en vez de irse con cuatro borrachines y cuatro perdidas a gastarse lo que no sabe ganar. Me he cansado ya de quedarme

haciendo calceta y devorando mi humillación. Cada uno nos divertiremos por nuestro lado.

—Tú tienes una mayor responsabilidad.

—Ya no soy una niña.

—Me opongo a que continúes por ese camino.

Lydia se plantó:

—Mire usted, señora: no le reconozco ni chispa de autoridad sobre mí. Si mi marido me lo manda, ya sé lo que le tengo que contestar. Hemos concluído.

Adela se calló, meditó, observó. Muy pocos días después de la escena sobredicha, acaecía en el despacho de Fernando Aduín lo que se cuenta ahora.

—¿Se puede?

—¡Adelante!—Fernando levantó los ojos del telegrama que estaba escribiendo—. ¡Ah! ¿Eres tú, mamá?

—Sabía que estás solo.

Adela se sentó cerca de su hijo. Traía puesta la mantilla que llevó a la iglesia y los guantes negros. Se sentó como una señora desconocida que viniese a tratar algún asunto.

Fernando recató los telegramas cubriéndolos con una hoja de papel secante, hizo girar el sillón americano, que rechinaba, y miró a su madre, perspicaz.

—¡Mala cara traes! ¿Has tenido algún nuevo disgusto con tu nuera?

—Fernando—dijo Adela secamente—: hoy mismo te vas.

—Hoy mismo, no; pero pronto, no te apures. Demasiado veo cuánto te enoja mi presencia.

Adela habló en voz baja, poco ruidosas y muy afiladas, como lancetas, sus palabras. Nada más semejante a su silabeo que una lanceta escindiendo carne viva.

—Eres tan cínico como canalla. A ti te debieron cambiar por el verdadero hijo mío; no es posible que en mis entrañas se haya formado un monstruo así. Hoy mismo te vas y para siempre. Si no te vas, estoy dispuesta a provocar la catástrofe: le diré a Pucho que eres el amante de su mujer.

Fernando miró a su madre fija y fríamente antes de decir:

—Puedes hacerlo. Tu Pucho es cobarde como una liebre: ni intentará matarme ni me pondrá en el caso de matarle yo a él, cosa que haré si es indispensable. Provoca el escándalo, y eso conseguirás: el escándalo. Quedamos en que Lydia no me quería a mí, en que tu Pucho me desbancó sencillamente con sólo bailar con ella una vez. ¿No es eso? Mira a qué extremo nos ha traído tu aberración. Pero hoy vas a saber más: vas a

saber que ella fué mía antes de la boda, que fuí yo el primero y que tu Pucho no se enteró de nada. Y ahora, madre, ¿qué desenlace tendrá este drama horrendo?

Adela no respiraba al parecer; sus ojos, inmóviles, brillaban como de cristal. Una de esas figuras de cera que, despintadas, causan espanto.

Fernando corrió la persiana que cerraba el buró, miró de nuevo a su madre fríamente y salió, dejándola allí.

SEGUNDA PARTE

VISTO POR DENTRO

X

ATRIO

Esta tarde, ¡por fin!, me he atrevido a entrar en un templo. He elegido para mi prueba un templo pequeño y humilde, una capillita de monjas cuya existencia apenas se advierte entre el hacinamiento de casas de un barrio populoso y antiguo. El convento está como opreso y angustiado por la densidad urbana que lo circunda y esconde, no dejándole, en la calle estrecha, más respiradero que la puerta de su capilla entre una carbonería y una taberna. Creo que al interior se espacia el edificio, hasta que tiene una huerta muy grande. Cuando salgan a ella las monjitas no se darán cuenta de que están confinadas por una especie de panal inmenso.

He elegido para mi prueba ese templo recata-

do y pobre. Las grandes iglesias que elevan sus fábricas enormes e ingentes ante las plazas anchas, donde reina su masa granítica, labrada profusamente, y esos otros templos de cemento y lafusamente; y esos otros templos de cemento y ladrillo, con cúpulas de cinc, me intimidan. Yo no puedo acercarme a Dios en sus viejos palacios ni en sus flamantes residencias; el Dios majestuoso de los grandes retablos me aterra. Yo quisiera encontrar al Dios pobre y niño del establo mísero. A El me acercaría sin este miedo que me angustia y aparta de sus imágenes marridas en los crucifijos.

Este templo en que me he arriesgado a entrar, es pequeño. Su planta tiene forma de cruz, con una media naranja en el crucero. Los muros y las concavidades de las bóvedas están sencillamente enjalbegados, y el Cristo que lo preside duerme; ha declinado su cabeza en la expiración. Detrás de las celosías verdes del coro habrá alguna monja que no reparará en mí.

Concurre poca gente en esta hora del anochecer a este pequeño templo silencioso y acogedor. Las altas ventanas parecen ópalos. No se siente que la luz vaya dejando de entrar por ellas; más bien parece que por ellas se escapa la que había dentro, abandonando el recinto que se enlobreguece. Hay hasta tres lámparas perpetuas, cuyas

llamitas van, en apariencia, aumentando su fulgor como va faltando la claridad diurna. Por último, convertidos en azabaches los ópalos de las ventanas, queda sólo el claror piadoso de las lamparillas, tan escaso y tan tenue, que no llega a los rincones, y se han borrado los detalles de las esculturas.

Junto a un confesionario antiguo, semejante a una garita, está arrodillada una penitente. Otra, que acaba de confesar, reza más acá. Son dos mujeres del pueblo, pobres, ancianas y temblicones las dos.

La segunda irá a acabar su confesión. Yo me he arrodillado. ¿Me atreveré? Quiero atreverme, estoy resuelto a atreverme. Me asusta salir del templo, encontrarme de nuevo en la vida, ante el problema tremendo que sólo otro crimen o mi arrepentimiento, mi entrega a Dios, pueden resolver. ¡Si yo me atreviera! Esta iglesia está lejos de mi casa, en un barrio del viejo Madrid que yo no había pisado nunca. El sacerdote, este bendito capellán de monjas, no me verá el rostro en la semiobscuridad en que nos hallamos, y aunque me viese, ni sabrá quién soy ni volverá a mirarme nunca. ¡Si yo me atreviera!...

Se ha levantado la segunda vieja. Da unos pasos y se arrodilla otra vez. El sacerdote busca con la mirada otros penitentes, y por fin se fija en

mí. Siento en mí, interrogantes, solícitos, invitadores, caritativos, los ojos del confesor; es una mirada dulce y mansa de infinita misericordia. Un escalofrío doloroso me hace tiritar. El sacerdote, después de unos eternos momentos de espera, se levanta, sale del confesionario, me mira por última vez, va al presbiterio, se prosterna, ora, se santigua y desaparece por una puertecilla que hay al lado del altar mayor. ¡No me he atrevido!

En realidad, he obrado bien. ¿Qué le hubiera yo dicho al sacerdote? ¿Cómo exponer en el breve espacio de una confesión todas las malas acciones, las tremendas dudas que me acosan y muerden como manada de lobos hambrientos? Me lo dejaría casi todo por decir. No sabría hacer algo así como destilar todo el veneno que hay en mi alma para ofrecer su esencia al examen y fallo del Supremo Juez. Debo hacer una confesión general, debo escribir una declaración completa, la relación de mi vida vista por dentro, en la caverna de mi yo. Y cuando esta relación verídica, valerosamente sincera, fiscal yo de mí mismo, esté concluída, debo presentársela, como mi proceso, a un confesor muy sabio para que la estudie y me aconseje y me salve.

Hoy empiezo. ¿Me faltará fuerza de voluntad? ¿No retrocederé, espantado, de mi propia

alma, al verla? ¿No me aborreceré a mí mismo y querré huir de mí mismo, metiéndome una bala en este infierno de cráneo?

Pero, en realidad, ¿soy tan malo como me juzgo? ¿He obrado libremente? ¿Soy malo porque lo soy o porque me han hecho? Una remota esperanza me anima al fin. Sacerdote para quien escribo, único lector de estas páginas: tú me dirás, después de analizar mi pobre vida, si todavía puedo aspirar al bien.

De mi mano te llevaré al interior de mí mismo. Es tenebroso, único lector mío; no sueltes mi mano porque te puedes extraviar.

PRIMERAS ESPINAS

No haré un relato de mi vida. Mezclando sin conexión ni criterio el pasado con el presente, allá irá lo que hay en mi conciencia. Mi alma va a fluir en esta confesión, como saldría la sangre de una herida abierta. Seré incorrecto, desordenado y tal vez confuso, porque no sé escribir de otro modo; pero seré absolutamente veraz.

.....

Las arcadas de estómago que le anunciaban mi venida al mundo le causaron a mi madre una viva contrariedad. Seis meses antes de dar yo tan importunas y molestas señales de existencia,

había nacido Pucho, a quien mi madre amamantaba con la mayor ilusión. Pucho era un querubín, carirredondo, de carnes lenes y sonrosadas, que casi no lloraba nunca, a quien yo venía a privar de su natural sustento. Mi madre, reacia a entender los síntomas, insistió en amamantarle, con lo que Pucho empezó a ponerse amarillo, mientras ella enflaquecía, empañado el rostro. He aquí cómo hice ya estragos antes de nacer.

Mi madre ,que, al parecer, se casó enamorada de un modo flamígero, aborreció el matrimonio al ponerse su breve luna de miel. De dos o tres semanas después de la boda data el retraimiento de mi padre, ofensivamente repugnado por su mujer. Todo esto es muy de tener en cuenta.

Mientras su estado la atormentaba a mi madre, pues pasó todo el tiempo entre mareos, dolores y vómitos, Pucho, en manos de nodrizas, estuvo a la muerte con el sarampión, la tos ferina y no sé cuántas enfermedades más. Mi advenimiento coincidía con su dentición. Imagínese cómo, después de una intervención cruenta, pues hasta en eso fué mi camino tortuoso, recibiría mi madre a un crío escuálido, negruzco y llorón. Dicen que nací feísimo y que no callaba ni un momento.

Me envolvieron en unos pañales viejos y me entregaron a la nodriza, que hubo de destetar a

Pucho, con riesgo de su vida. Mi padre dijo que no podía pagar dos nodrizas a la vez, y mi madre se encontraba muy débil. Se me destinaron, pues, los residuos de una mercenaria, que inmediatamente empezó a meterme en el cuerpo pan mascado, patatas cocidas y otras cosas por el estilo. Encanijado y miserable, yo era una especie de lombriz que moriría pronto. Desnudo, no tenía más que cabeza y vientre; mis brazos y mis piernas eran delgados, fláccidos y péndulos. Los médicos decían: "Trae un reato de desnutrición irremediable ya." Todo esto me lo ha contado mi nodriza, atribuyéndose el mérito de haberme sacado adelante.

Tan feo como nací, cetrino, llorón y mocoso, eché a andar un día y rompí a hablar otro sin que nadie celebrara tales acontecimientos.

Mi madre me ha confesado que ni me sacaban a la calle ni jamás me mostró a las visitas, porque se avergonzaba de mi color de hongo y de mi cara de ostra. Me crié en el cuarto de plancha clandestinamente.

Ahora empiezan mis recuerdos personales. Pucho era un niño fuerte y blanco, que tenía una melena de oro. No me permitía tocar sus juguetes y me maltrataba, sañudo, en toda ocasión. Esta época duró muy poco; en cuanto tuve fuerzas me agarré a sus cabellos y le mordí, le clavé

los dientes en la cara de muñeco. Mi madre castigó azotándome el atentado a la belleza de la casa. Creo que aquel día quedó planteado el problema: odié a Pucho, le deseé la muerte; pero comprendí que estaba protegido y que me costaría muy caro saciar mi odio. Empecé a fingir y a esperar.

La aparición de Isabel me postergó aún más en la jerarquía doméstica. Isabel, como Pucho, nació rubia y bonita. O porque yo no podía descender más o porque mi madre no sintió por Isabel los entusiasmos que la inspiró Pucho, o, en fin, porque la niña era más débil que yo, no la odié ni la envidié. Tampoco llegué por entonces a quererla, pues mi corazón sólo tenía fuerzas para odiar.

Apurando los trajes de Pucho, servido en la mesa después de Pucho, estudiando en los libros que dejaba Pucho desencuadernados, sucios, pintarrajeados, he vivido hasta los catorce años. Toda mi infancia y mi pubertad las llena el odio a Pucho; su influencia en el hogar era incesante y tiránica. A sus quince años, Pucho era un hermoso efebo de cutis aterciopelado, cabellos de metálico brillar, grandes ojos dulces y formas de Adonis, mientras yo era un larguirucho, chupado, de pelos lacios y la color quebrada, que se había acostumbrado a no mirar de frente. Con-

tribuía a mi mal aspecto lo estrafalariamente vestido que siempre andaba, pues aseguraba mi madre que era tirar el dinero hacerme ropa, porque era un adán.

El tío Julián, a su regreso de América, no reparó apenas en mí; no solía yo estar en casa cuando él venía, y si estaba, opuse a sus intentos de acariciarme una resistencia de jabato. Me fué antipático desde luego el tío Julián, aquel tío fachendoso, despectivo y autoritario, a quien adulaban los demás tan servilmente. Tenía él el mal gusto de recordarme mi fealdad, llamándome lambrija, *Don Alambre* y otros motes no menos depresivos. En dos o tres viajes de los que hizo a Madrid, me las compuse de modo que no me viera. Que se fuese al diablo con sus bromas poco caritativas. El tío Julián debió de convencerse de que yo era un pobre degenerado, candidato a tísico, de quien no se podía esperar nada. Pero cuando llegué a los quince años las cosas cambiaron completamente.

UN EPISODIO

A los quince años yo adelanté a Pucho en los estudios, lo que hizo necesario que se comprasen para mí libros nuevos. Mi padre dió la orden

oportuna; pero mi madre, día por día, descuidaba su cumplimiento. Sucedía además que yo había dado un estirón: era ya má alto que Pucho y tampoco me servían sus trajes usados. Como a comprar los libros, se resistía mi madre a hacerme ropa nueva. Le parecía una cosa absurda semejante necesidad. A juicio suyo, yo debía ir en todo detrás de mi hermano mayor; cerraba los ojos a la realidad. En este punto, la incomprensión de mi madre ha sido siempre impenetrable. Su concepto de la primogenitura es absoluto. Ella "no quiso" tener más que el hijo primero. Jamás le concedería el mismo rango al segundo hijo, feo, arisco e irreverente, que vino sin su amor, sin su gusto y contra su voluntad.

Cansado de estudiar en los libros de los compañeros y de llevar los pantalones a media pierna, un día le escribí al tío Julián. Le conté lo que me pasaba y le pedí dinero para los textos, prometiéndole que sacaría sobresaliente en todas las asignaturas. El tío Julián me mandó dinero para libros y para ropa, advirtiéndome que si no salía verdad lo de los sobresalientes, no me acordase más del santo de su nombre.

La llegada del giro y de la carta ocasionaron en mi casa una gresca epónima. Yo divido mi juventud en dos períodos: antes y después del primer envío del tío Julián. Mi madre me abofe-

teó. Yo la había calumniado, yo era un mal hijo, yo era un infame. ¿Qué pensaría de ella el tío Julián? Yo la había puesto en evidencia y lo pagaría caro; no habría librotes ni vestidos; aquel dinero se devolvería sin tocar.

Sufrí la reprimenda y las manotadas con la misma pasividad con que las sufriría un pelele relleno de paja; pero cuando volvió mi padre de la oficina, el pelele tomó carne y nervios. Dejé a mi madre que expusiera a su gusto la cuestión, para decir después sencillamente:

—El caso es que yo voy como un golfete, que no tengo dónde estudiar y que ese dinero es mío.

Me miró mi padre y le sostuve por vez primera la mirada. El, entonces, tomó el dinero del giro y me lo puso en la mano.

—Es tuyo, en efecto, y por eso yo te lo doy. Empléalo en lo que necesitas.

—Está bien—dijo mi madre.— ¿Y en qué lugar quedo yo?

—En el que te pones—replicó mi padre inapelablemente.

Mas en cuanto él salió a la calle se reprodujo con mayor trascendencia la trifulca. Pucho se encaró conmigo temerariamente:

—Te ha salido bien la soplonería, tisicucho.

Con el designio neto, preciso, de matarle, me lancé sobre Pucho, echándole las manos al cue-

llo, y apreté, agarrotándole con todas mis fuerzas. Recuerdo que pensé en clavarle el corazón; pero no intenté tal cosa porque los cuchillos que había sobre la mesa carecían de punta. Además, confiaba yo en asfixiarle, de lo que ya su rostro amoratado y sus ojos saltones iban dando muestras. Apreté más. Mi madre pugnaba por desarticular el dogal de mis manos, duras como el acero. Pucho empezó a sacar y meter la lengua, haciendo un visaje espantoso, que aumentó mi ira. Sentía hundirse en su garganta las yemas de mis pulgares y crujir bajo ellas el cartílago de su laringe. La cara cianótica de Pucho se desencajaba. Aquello iba bien: todo el rencor de mi niñez, toda la envidia acumulada, toda mi maldad actuaban en mis garras, angostando la argolla. Sí, lector único, sacerdote: me acuso formalmente de haber querido perpetrar el fratricidio. A los quince años ya era yo todo un criminal.

Hubiese asfixiado a Pucho si mi hermana Isabel no está allí. Isabel, espeluznada por el terror, empezó a gritar:

—¡Que lo matas! ¡No lo mates! ¡No lo mates!...

Se distendieron mis manos. Pucho le debe la vida a la dulce voz de nuestra hermana Isabel. Isabel tenía entonces doce años y era muy bo-

nita. Estoy viendo ahora mismo el gesto trágico en su rostro, en sus ojos tan bellos.

Pucho se tambaleó y fué a caer en el sofá atontado y respirando con ansia. Durante muchos días conservó su piel un collar morado. Corrió a él mi madre, le mojó el rostro con una servilleta, lo que le hizo pronto reaccionar.

Entonces mi madre se vino a mí, ciega de rabia y me pegó, sin mirar dónde descargaba los golpes, que yo recibía quieto, las manos caídas, ofreciendo mi rostro imperturbable a su furor. ¿Qué pensaba yo en aquel instante? Pensaba que si hacía el movimiento más leve ya no me podría dominar. Isabel, en un rincón del comedor, gemía, sin osar acercarse, aterrada la pobre niña; Pucho presenciaba la escena con cara de idiota; las criadas, que habían acudido, no sabían qué hacer.

Los golpes de mi madre seguían mancillando mi rostro. Sentí una cosa caliente, y en seguida, el sabor de la sangre, que manaba de mis encías, de mis labios y de mi nariz. Aquella sangre manchó las manos que me castigaban. Una de las criadas vino y se interpuso:

—¡Basta ya, señora!

La hemorragia nasal, que salía a chorros, asustó a mi madre. Me miró inmóvil, lívida, jadeante. Yo la dije:

—Esto no es nada; puedes seguir.

Vaciló, como si hubiese recibido un balazo en la frente, y dando traspiés salió del comedor.

Yo, entonces, fuí a mi alcoba. Con compresas de vinagre cohibí la hemorragia, me desnudé, quitándome las prendas interiores, manchadas de rojo, y me lavé cuidadosamente. Después me miré al espejo; empezaba el livor en uno de mis pómulos, tenía una rasgadura en la oreja izquierda y varias cortaduras en los labios, macerados contra los dientes; total, nada.

Nada. Mas al contemplar en mi cara aquellas lesiones me vi la cara horrible de criminal que yo tenía, y una fría tristeza, una atrición hondísima, me hizo caer en la cama sollozando. Mi madre no me quería, mi madre me odiaba, y tenía razón: yo era un malvado. Abrasó mi alma el remordimiento. No hay mayor tortura que la de no poder volver atrás, no existir remedio contra los hechos consumados. Yo me revolcaba furioso contra mí mismo. Un lobo invisible estaba devorando mis entrañas.

De esta crisis salí extenuado físicamente, pero confortado en mi voluntad. La hora de la ferocidad y del orgullo había sido un crisol en donde se había consumido toda la maldad de mi alma. Un amor inmenso, humilde, dulcísimo a mi madre me nacía, y un ansia grande de caricias me

animaba. ¡Si mi madre me tomase, me permitiese reclinar la cabeza en su pecho y me arrullase como a un niño!... ¿No sería ésa la suprema felicidad?...

Me levanté y me vestí, procurando disimular las heridas redentoras: un trozo de tafetán transparente tapaba el desgarrón de mi oreja, y en cuanto a los labios, sus cortes eran interiores. No había modo de esconder la equimosis ciliar: mi ojo izquierdo, inyectado, mostraba su rojez en el centro de una mancha azulosa, que me desfiguraba mucho. "Si me presento así—pensé—la hará daño verme. Lo mejor es esperar a que esté anocheciendo, a que haya poca luz."

Me tumbé de nuevo, mirando al techo, a esperar que pasasen las horas. Imaginaba la escena según mis designios y deseos. Yo me acercaría a mi madre y me arrodillaría para pedirle perdón; me apoderaría de sus manos y las bañaría en el agua de rosas de mis lágrimas y mis besos. Ella entonces me atraería y nos daríamos un abrazo. Después ella me pediría mi palabra de ser bueno, y yo se la daría con los labios muy cerca de su corazón. Mi madre, acogiéndome, estaría muy hermosa, estaría tan hermosa como la Virgen de la Silla, de Murillo. Y desde aquel momento, yo, recuperado, no, conquistado al fin el cariño de mi madre, iba a ser muy feliz.

Creo que todo esto lo soñé.

Cuando le quedaba ya poca luz al día, antes de que encendiesen en la casa la artificial, salí al pasillo y lo recorrí varias veces, sin atreverme a abrir ninguna puerta. Mi hermana Isabel acudió al oír mis pasos.

—¿Y mamá?

—En su alcoba, acostada. Se ha pasado llorando toda la tarde. ¡Dios mío, Fernando, cuando vuelva papá!...

—¿Y Pucho?

—Ha salido. Mamá le ha mandado salir.

Entré en la alcoba de mi madre de puntillas, sin ver nada. La alcoba recibía luz de un gabinete, y el gabinete, de la calle, por un balcón entornado en que la tarde ponía ya apenas un tenue palor. A tientas, temeroso, llegué junto a la cama y me arrodillé. Oía respirar a mi madre con ritmo regular y tranquilo: sin duda dormía rendida de llorar. ¡Pobre madre mía! ¡Cuánto la había yo hecho sufrir! Con mucho tiento deslicé mi mano sobre las ropas hasta encontrar una de las suyas, que dócilmente se dejó acariciar y traer hasta mis labios. La besé largamente y lloré en silencio. Empezaba a ser feliz.

Pero la mano de mi madre, al reconocerme su dueña, se crispó, se retiró bruscamente.

—¿Eres tú, asesino? ¡Fuera de aquí! ¡No te quiero ver!

Mi orgullo me enderezó vibrante, como una espada. Salí.

Madre mía: hiciste mal, muy mal. Todo lo que ha sucedido después, todo lo que suceda hasta el desenlace de este drama, lo causaste tú en aquel momento. En aquel momento me hiciste malo, me volviste al crimen...

Si yo hubiera insistido, si a pesar de tu repulsa yo hubiera insistido... Pero no insistí, porque soy orgulloso, y tú dejaste pasar el instante propicio... Soy culpable: debí rogar, humillarme, arrastrarme. Pero una madre, si tiene un hijo malo, altivo, rebelde, ¿no debe aprovechar el instante de atrición y de ternura?

VIVO EN MI MISMO

No me volvieron a faltar ni libros ni la ropa indispensable. Ya he dicho que entrábamos en la segunda época. Mi madre alegó que ya éramos casi unos hombres y debíamos dormir en distinta habitación. Me separó de Pucho, destinándome una con un balcón al patio y adjunto un ropero obscuro, que yo fuí convirtiendo en mi biblioteca poco a poco. Compraba cajones del tabaco, y

con sus tablas construía los estantes. Fueron emigrando de allí baules y sombrereras hasta dejarme libre todo el mechinal.

Me acostumbré a vivir en mí mismo. Si estaba en mi casa, estaba en mi celda leyendo, sin comunicarme con nadie. Durante largas temporadas no veía a mis padres ni a mis hermanos más que a las horas de comer. En la mesa hablaba poco, casi nada, comía lo que me dejaban, porque siempre me serví el último, y me levantaba en cuanto mi padre lo hacía.

Por aquella época me hice amigo de Mariano Giner. Mariano tenía un gran corazón, e instintivamente se acercó a mí. Fué un movimiento de caridad, que yo he procurado pagarle.

Así durante siete años. No le volví a dar ningún disgusto a mi madre ni a pedirle nada nunca. Con el dinero del tío Julián, yo tenía de sobra para mis atenciones de estudiante ejemplar. Fuí un estudiante ejemplar.

De tarde en tarde, por ver si a mi madre se le pasaba el rencor, aventuraba unas palabras. Me llevaba ella la contraria inmediatamente, y yo me callaba para mucho tiempo. Si tenía que pedir algo, una pastilla de jabón, por ejemplo, se lo decía a mi hermana Isabel.

Isabel, en cuanto fué mayorcita, tomó a su car-

go mi guardarropa. Isabel me miraba con respeto: la verdad es que yo estaba serio casi siempre.

Yo observaba a mi madre, sin que ella se diese cuenta de mi vigilancia incesante. Su adoración a Pucho era un embelesamiento morboso, una locura inexplicable entonces para mí. Muchas veces contemplaba a su Pucho absorta, en éxtasis, como a un Dios. En aquellos trances de arrobamiento, yo creo que mi madre se espiritaba, suspensos el latir y el respirar. Pucho recibía el culto aquel con la impasibilidad de una esfinge; pero al fin de cada plegaria le pedía a mi madre más dinero.

Después he descubierto que para dárselo, hacía sisas en el gasto de la familia, simulaba cuentas, se reservaba gran parte de los presupuestos del veraneo, que mi padre no regateaba, también he sabido por qué, y hasta iba vendiendo poco a poco sus alhajas.

Pucho, sintiéndose un ser superior, nos miraba con desprecio a todos, menos al tío Julián, que era para él el más alto jerarca de la tierra.

Indirectamente, mi madre y Pucho fueron inculcándome la idea de que la gran cuestión era heredar al tío Julián. La codicia, la afición al dinero, la debo traer en la masa de la sangre.

Pucho dió en no estudiar, en levantarse tarde y en dedicarse enteramente a ese simulacro del baile moderno. Los que se entregan al baile mo-

derno son en amor lo que en cuanto al vuelo los patos: siempre están moviendo las alas, pero no vuelan nunca.

A fin de curso mi madre, con el mayor desenfado, le solía presentar a mi padre unas notas de Pucho a sabiendas de que eran falsas.

Yo veía todo aquello como un extraño. Me había acostumbrado a vivir en mí mismo. Mi interior fué como un castillo en que me hice fuerte. Yo tenía un propósito, una idea fija: humillar a Pucho. Pucho era mi rival, un rival al que yo debía aplastar en cuanto pudiese.

He supeditado a este tesón criminal casi todos los actos de mi vida.

LAS VISITAS DEL TIO JULIAN

El tío Julián era un ser odioso. Venía a Madrid cada año, luego he comprendido que a ver a su hija, y durante su breve permanencia nos insultaba a todos con su dinero, adquirido Dios sabrá cómo. Sus dádivas tenían siempre el significado deprimente de la limosna.

Claro es que yo estaba predispuesto; pero a no existir el tío Julián, yo no hubiese sido heredipeta. El heredipeta es el ser más encanallado de la humana canalla. Espera la muerte de otro para

apoderarse de su dinero, y con escondida impaciencia, la desea. No se atreve a matar, no arriesga nada y así obra con más cobardía que el pistolero. La premeditación, el abuso de confianza, el dolo, en fin, del heredipeta tienen un proceso a veces de largos años de perseverancia.

Mi madre trabajaba la herencia del tío Julián para su Pucho. En cuanto el tío Julián ponía los pies en Madrid, Pucho se convertía en su paje, en su perrillo faldero. El tío Julián, que tenía sus negocios y sus aventuras, espantaba al can con ese chasquido que se produce remangando la boca y haciendo pasar el aire entre las muelas. Pucho se alejaba entonces con las orejas gachas; pero volvía al día siguiente zalamero, humilde.

Me propuse birlarle a Pucho la herencia del tío Julián, a cuyo fin empecé por estudiar el tipo. Al tío Julián había que adularle indirectamente, emboscando la lisonja en una áspera altivez. Era, además, necesario simular aquellas cualidades que él tenía o que imaginaba tener: principalmente, el tono despectivo, la ambición y la tenacidad. Los padres, cuando un hijo les asemeja, sienten orgullo. Los tíos se vuelven locos. El que quiera heredar a un tío ha de cojear si el tío cojea.

Empecé mi labor hace cinco años, cuando yo tenía veinte. El tío Julián comía en casa, y yo solté en la mesa mi primer globo-sonda.

—El hombre—dije—que no siente la necesidad de ser rico es imbécil. La riqueza debe ser la idea fija de un hombre, y no se debe dar un paso que a ella no conduzca. Yo no iría a esos tés a bailar más que en el caso de que por allí se cazasen al vuelo los billetes. Si estudio con ahinco—añadí—no es para saber, para adiestrarme en el garbeo de la fortuna.

Aquella tarde me convidó al teatro el tío Julián.

En el teatro molesté con toda intención al espectador de al lado hasta hacerle perder la serenidad. Me increpó, y yo, cogiéndole de la solapa, le hice sentarse, y le dije:

—No chiste el hombre, porque le meteré la nariz en el cráneo.

Se acobardó el espectador. En otro caso yo le hubiese dado un golpe que traía ensayado.

A la salida del teatro, el tío Julián me dijo:

—Sobrino: eres valiente.

—Si llega el caso...—respondí—hay que serlo.

El tío Julián me convidó a almorzar al día siguiente y me quiso hacer un regalo extraordinario de dinero.

—No me dé usted dinero—le dije.

—Eres orgulloso.

—Un poco, sí. Pero mi razón es otra: no quie-

ro acostumbrarme a disfrutar lo que con mi esfuerzo no haya conseguido.

¡Oh! Bien veía yo a qué réditos quedaba colocado aquel dinero que rehusé.

XI

CONOZCO A LYDIA

Cuando comprendí que el tío Julián se fijaba en mí para hacerme su sucesor, no sentí la alegría que me había prometido. Mi victoria sobre Pucho iba a ser definitiva, y mi madre tendría que reconocerlo así. Pero yo había sacrificado enteramente mi personalidad. El tío Julián imperaría ya sobre mis acciones y sobre mis pensamientos de un modo absoluto; mi claudicación no admitía reservas; yo debía instaurar en mi espíritu la sumisión despótica de las ideas del tío Julián; en una palabra: yo había resignado mi facultad de discernir.

Hay hombres que se encuentran así a sus anchas y que delegan la función intelectual en otro voluntariamente. Yo no pertenezco a esa casta gregaria y perruna. A mí el tío Julián me parecía

mi natural enemigo, y tanto más le odiaba cuanto más me sometía a su férula.

Soy de ruín condición. Mi designio de heredar al tío Julián se adueñaba de mí: él debía morirse para que yo fuese rico. Si tardaba en morirse, era un estafador.

Esta era mi posición mental cuando fuimos a hacer aquella visita de cumplido. La presencia de Lydia me reveló instantáneamente la verdad: Lydia era hija del tío Julián. Me parece mentira que todos no lo descubriesen al primer golpe de vista. Es verdad que si no se advierte al primer golpe de vista, ya no se advierte el parecido.

Por si yo desconfiase de mi sospecha, los ojos de Eloísa y del tío Julián me la confirmaron: fué la suya una mirada de cómplices, de valor entendido.

En cuanto a Lydia, tuvo en el momento de la presentación toda la vida del tío Julián en el semblante: fué el suyo el mismo gesto de desconfianza, de reserva, del tío Julián ante todo desconocido; un gesto de atención, de alarma, de defensiva: algo parecido a la expectación latente de un toro bravo cuando oye un ruido sospechoso: se ponen en guardia su olfato, sus músculos y sus armas.

La traza, el esquema de la fisonomía de Lydia, fueron los de su padre: con unas mismas líneas

principales, con un mismo "estilo", la Naturaleza había modelado las dos caras.

Yo sabía, pues, a qué atenerme. En primer lugar, Lydia era hija del tío Julián; en segundo lugar, era falsa, insidiosa y calculadora como él.

No necesitaba ser muy listo para colegir ya el significado de la visita: me traían a ver si gustaba para testaferro, para servir de vehículo legal a la fortuna.

Una ira profunda me abrasó las venas al inducir todo esto. Por muy vil que yo sea, era más vil la misión que se me iba a encomendar: la de instrumento de una falsedad, la de máscara de honor de una malnacida.

Lo espantoso era que Lydia, como mujer, me gustaba, me estaba encendiendo una pasión. Comprendí que iba a enamorarme de su carne morena, de sus ojazos ascuas y de sus labios finos, arrebatadores. En libertad mi amor específico, suponiéndonos a Lydia y a mí en estado primitivo, Lydia hubiera sido mía, la hubiera conquistado con mi hacha de silex. El salvaje que todos llevamos dentro despertaba en mí ferozmente al mirar a Lydia, al percibir su aura. A cada vibración de sus pestañas correspondieron centellas en mis fibras, y cuando nuestras miradas se encontraron, nada quedó por decir.

A todo esto, yo seguía observando a Eloísa y

al tío Julián. Eloísa era otro esclavo de aquel hombre: un secreto, el de un delito, la sometía a él. No podía yo dudar de que Eloísa, como yo, odiaba al dominador. Sí, sí; yo la vi mirarle como deben mirar los que rabian al perro que les mordió.

Seríamos tres las víctimas del millonario: la mujer, prisionera de su falta, cautiva con la cadena que forjaron sus entrañas inconscientes; la hija, que traía en su sangre el crimen, y yo, el miserable ladrón robado.

Pero si no lo quería así, Lydia se casaría con Pucho...

Y yo, de un modo tremendo, amaba ya a Lydia. Ella también debía vislumbrar que se trataba de unirnos. En la despedida, al tocarse nuestras manos, se anudaron nuestras vidas como con el atadijo hecho con el alambre de un rayo.

ESPERANDOLA

Hoy hemos estado en nuestro nido. Nuestro nido está alto: en el último piso de uno de esos edificios modernos que hace poco tiempo embellecen Madrid. En los pisos inferiores de este edificio hay almacenes, un gran hotel, un dentista, un taller de modas y varia numerosa vecindad. Esto

nos hace pasar relativamente inadvertidos. No ha sido, sin embargo, tal circunstancia la determinante de nuestra elección. Lydia me mandó alquilar este pisito tan alegre, con las ventanas redondas e irregulares — corresponden a unos adornos del frontispicio—principalmente por la azotea de que disfrutamos. Desde ella dominamos el panorama como desde un avión.

Muchas veces Lydia y yo salimos a la azotea para contemplar la urbe que desde lo alto parece más pequeña: se quieren tocar con las manos las ingencias grises del Guadarrama. El Palacio Real nos resulta, lejano, como en los billetes de mil pesetas, destacando en el fondo verde y azul, de frondas y de cielo, su fábrica blanca y marfilina. Mirando hacia el otro lado, tenemos a nuestras plantas un Madrid provinciano, un Toledo o un Segovia, con sus calles estrechas, entre las cubiertas de teja romana jibosas, a las que asoman los ventanucos de las guardillas. Más allá se extienden los trigales y barbecheras, formando un mosaico de colores sin brillo. A nuestro nivel, hacia otro lado, sobre la línea quebrada de las edificaciones, se recortan las cuádrigas del Banco de Bilbao, que no tienen, así vistas, la impropiedad que nos disgusta al contemplarlas desde la calle: desde aquí no les falta a los caballos suelo: se

encabritan al marchar por un camino fragoso, como entre peñascales.

A Lydia le gusta mucho este espectáculo. Desde la azotea tiende ella sobre Madrid una mirada de dominio y de desprecio.

Hoy me hizo esperar. Tumbado en uno de los divanes de nuestro gabinete, sobre la fonje suavidad de muchos cojines de raso y de terciopelo, he fumado varios cigarrillos. No sé por qué tarda hoy Lydia, tan puntual siempre.

Este nido está todo impregnado de ella, de su aroma, de su aura que tiene la virtud de permanecer en las cosas, de quedar en los poros de las cosas para siempre. La carne de Lydia, que por su color las recuerda algunas veces, debe tener parentesco con ciertas maderas odorantes, más cercano con el sándalo y el alcanfor. A mí, en algunos momentos me llega a parecer, evocada por mis sentidos, otra madera, que sus brazos han sido tallados en dos ramas de cerezo.

Tarda. Esperándola he revisado punto por punto, para ver si está todo en disposición de recibirla. En el cuarto de aseo manan los grifos, silbando, agua fría y agua caliente. Su pila se halla limpia, inmaculada, y en las repisillas existen los jabones, los perfumes que ella prefiere y todos los utensilios que pueda desear. En el comedor se halla preparado el servicio de te, las pastas finas,

los fiambres, las mermeladas de rosas, los licores... No falta nada. La mujer que nos cuida estas habitaciones no ha olvidado ningún detalle hoy. Antes de retirarse lo ha prevenido todo.

Esperando a Lydia siento la misma impaciencia y el mismo temor de la primera vez que hube de esperarla: el mismo deseo de que venga y de que no venga; el mismo divorcio, la misma lucha entre mis instintos ciegos y mi corazón atormentado. La odio como entonces, más que entonces. Aquella tarde el tren llegó a Atlántica con retraso. Yo me paseaba por el andén pensando que se acercaba a mí la mujer a quien debía unirme para ser rico, la mujer a quien debía enamorar. Llegar ella era llegar mi prevaricación, mi venta, mi envilecimiento, y, sin embargo, deseaba que llegase. Mis ojos querían verla y todos los hacecillos de mis nervios, todos los senos de mi vitalidad en sus celdillas microscópicas clamaban por ella, envolviéndome como en un campo magnético producido por mis propias vibraciones.

Al llegar, aquella tarde como esta, se buscaron las antenas de nuestras manos...

Hemos estado juntos dos horas. La maravilla de su belleza me ha lanzado al abismo de sus ojos hasta desear morir en las profundidades de Lydia, la insondable. Antes de despedirnos hemos merendado muy contentos.

—Ahora—me ha dicho—voy a tu casa, a ver a tu madre. Sé que no me quiere porque no me dejo arruinar, pero voy a verla.

Por fin, Lydia me ha pedido dinero. Pucho ha derrochado aquella parte de que podía disponer y, como administrador de lo demás, cobra las rentas y no le da un céntimo a su mujer.

—Se obstina en vender parte de mi dote, pero no me hará firmar ni a palos.

—¿Temes tú que llegue a eso?

—De un momento a otro. No tiene un real.

—Y mi madre, ¿qué dice?

—Me ha rogado que no hablemos del asunto. Yo no sé en qué piensan ella y él. ¿Creen que vivo del aire, que me sirven de balde los criados, que regalan los trajes las modistas?

Le he dado dinero a Lydia; le doy mucho dinero. Es gastadora, caprichosa; compra por comprar mil cosas inútiles; padece oneomanía, como tantísimas mujeres. Yo le doy dinero, pero sin exceso, con relación a mis beneficios. Mis negocios van bien. No me arruinará Lydia; ni siquiera me impedirá seguir acumulando riqueza. Mi avaricia es mucho más fuerte que mi amor.

Cuando me he quedado solo en el nido, he caído en una de esas hipostenias que me ponen en riesgo de pegarme un tiro. Soy el más canalla de los hombres. Yo quiero dejar a Lydia, huír de

ella, redimirme. Mi criado sonríe ya cuando le digo que lo prepare todo porque nos vamos a París. Es una orden que le doy todos los días al volver del nido...

RIVALES

Volvamos al pasado. En cuanto nos hicimos novios, Lydia quiso dar a nuestras relaciones un carácter semioficial. Me revolví contra el designio como un lobo al que se intenta encadenar. Lydia, siguiendo consejos de su madre, se procuraba garantías desde el primer momento. Pero yo soy malvado. En el fondo de mí mismo germinaba ya el proyecto de estafar a Lydia y a su protector. Yo debí tener en sueños la premonición de la muerte prematura del tío Julián. Lo cierto es que no quería comprometerme demasiado pronto.

La maniobra de mi madre viniendo a veranear con nosotros, complicó las cosas. Si Pucho no se atraviesa en mi camino, tan inhábilmente lanzado por ella, o yo me hubiese enamorado noblemente de Lydia, que me iba conquistando con su recato pérfido, o, convencido de que no me incitaba más que el instinto, hubiese renunciado a ella y al dinero. Aun quedaba algún reducto por capitular en mí.

Mi madre al venir a poner en pleito la herencia, renovó todas mis amarguras y azuzó todos mis malos pensamientos. Mi madre es lista, es sagaz: vería pronto que la herencia estaba en la mano de Lydia, adivinaría el secreto. Lydia tiene ademanes, fruncimientos de cejas, un rictus de ironía en los labios, que son indicios elocuentes. El tío Julián y Eloísa procuraban no verse y apenas se hablaban; pero cuando dos vidas se han confundido para crear, queda entre ellas una relación indestructible: la chispa del amor brilla en sus ojos, aunque se aborrezcan.

A mi madre no se le iban a escapar estos y otros mil signos delatores. La historia de la enfermedad y de la gratitud era demasiado burda para que ella no sospechase...

Y vendría una lucha solapada, subterránea y terrible. Pucho iba fatalmente a ser mi rival. Nuestro sino así lo había dispuesto.

Yo pude inhabilitar a Pucho y frustrar todo intento de mi madre publicando desde luego mis relaciones con Lydia. ¿Por qué no lo hice? Porque soy refinadamente malo. Quise vencer a Pucho frente a frente y quise, además, poner a Lydia a prueba. Quise, por último, gustar el sabor de los celos.

¡Ah, no tardaron en atormentarme! Yo creí, desde el primer momento, que mi madre le sugería

a Pucho que enamorase a Lydia. Después he visto que me equivoqué. Yo creí que mi madre me daba la batalla en aquel terreno en que era manifiesta mi inferioridad: en el baile maldito.

Lydia bailó con Pucho. Fué aquella una de las horas de mayor tormento de mi vida. El medio y los hechos están como cincelados en mi memoria.

Se bailaba en un salón contiguo a la terraza. El recinto comprendía cuatro galerías, dos de ellas sobre terreno ganado al mar; en el centro, el verdadero salón. Su techo, en bóveda, estaba decorado por una cubierta de cristales muy lujosa y por pinturas al fresco, que representaban la historia de la navegación. Las mesas de te se alineaban en las galerías y entre las columnas de mármol de un blanco de azúcar, dejando libre un espaciado "danzing". Como no había muchas parejas, evolucionaban distantes una de otra y disputándose la admiración de la gente. El Gran Casino de Atlántica era un excelente estadio donde lucir una "robe" atrevida y nueva.

La salida de Pucho y Lydia fué atendida con singular expectación porque ambos vestían muy bien y eran buenos tipos. Pucho llevaba una americana azul marino, cruzada, entallada, unos pantalones de franela barquillo, planchados con gran arte, y unos preciosos zapatos de ante inmacula-

dos. Pucho era un hombre bonito, detallado, acabado, perfumado: un "niño pera", un querubín adulto.

Lydia estrenaba un vestido que parecía estar por hacer: como si la modista se hubiese limitado a envolverla ligeramente en el crespón de color de malva. En los talleres de los escultores una tela húmeda suele cubrir un desnudo modelado en barro. Este lienzo flexible dibuja y desdibuja los contornos que afloran y se pierden a los ojos, pero no a la imaginación.

El barro que envolvía aquel crespón de color de malva era variado en sus líneas en mil esguinces, escorzos y flexiones por un escultor genial, veleidoso e invisible: los hombros de Lydia en el "fox" iban aleteando como los de un pájaro prisionero; toda era un tremar lento y rítmico; sólo sus pies, agudos, parecían gozar de libertad completa para pespuntear en el pavimento espejeante un arabesco complicadísimo y sinusoide: acude a la pluma la imagen consabida: "bordaba" Lydia el "fox". Iban muy juntos. La línea de tangencia se ondulaba como una lengua de fuego.

Les hubiese yo apuñalado a Lydia y a Pucho. Ella llegaría a ser mi mujer, pero ya no podía ser mi amada, "ya no podía ser toda para mí". Pucho la había revelado.

Y mi madre había clavado su aguijón.

¡ME ASEGURO LA HERENCIA

El tío Julián iba a morir. Yo le vi la muerte en la cara cuando me descubrió su dolencia y la necesidad de someterse a una operación en la que se jugaría el todo por el todo. ¿Qué infernal espíritu es el mío? ¡Me alegré! Iba a morir, se quedaría en la operación; el final de mis luchas estaba próximo.

El tío Julián tenía en el cerebro un tumor de origen traumático. En la plataforma de un tranvía una parada brusca le lanzó contra uno de los barrotes; el golpe le produjo conmoción primero y un chichón como una nuez consecutivo. Nadie pensó en que el coscorrón aquel pudiese causar un tumor tan peligroso. Ahora era indispensable trepanar, llegar a los centros vitales. El cerebro del tío Julián se inundaría de pus. ¡Muy bien! ¡Me alegré!

La codicia humana es así de feroz. Pocos se atreven a asesinar al tío que deja herencia, pero alegrarse de que reviente se alegran el cincuenta por ciento de los sobrinos. Lo que sucede es que ninguno se hace a sí mismo esta confesión, porque el hombre a quien más le miente es a su propia conciencia.

Las herencias y los escalafones son cadenas de

deseos de muerte. Se desea sin rubor heredar y ascender. Las almas menos malas, al deducir la consecuencia natural de este deseo, se espantan. La mía no porque soy un malvado. Yo deseaba la muerte a mi tío Julián y me alegré mucho cuando él me descubrió que la tenía entre las orejas.

Estoy escribiendo mi confesión: debo denunciar sin atenuaciones los recovecos de mi alma. Busco la expiación.

Se imponía ahora que yo obrase rápidamente para asegurarme la herencia. El tío Julián podía no tener formalizada su disposición. Para disipar sus últimas dudas y decidirle, le declaré que Lydia era mi novia. Pero él era muy desconfiado, como de mi linaje. ¿Quedaría tranquilo legándome sus millones antes de ser marido de su hija? ¿No sería ella, directamente, la heredera del tío Julián? ¿No lo serían, por ejemplo, el primer hijo o todos los hijos que fuese a tener Lydia? El tío Julián, caviloso, con el consejo de un buen abogado, podía haber hecho un fideicomiso o algo semejante. Abogado yo, debía pensar en todo, calcularlo todo.

Lydia podía ser la heredera del tío Julián y yo debía ausentarme: la dejaría cerca de Pucho, que bailaba tan bien, y expuesta a las maniobras de mi madre, que me pintaría, según su plan, como un ser odioso...

Me aseguré la herencia. Lydia salió a la playa. La noche era tibia y densamente azul. Lydia era mi novia y estaba decidida, por su parte, a asegurarse el marido, presunto heredero. ¿Conocía ella ya el testamento del tío Julián? Sospecho que sí.

Su resistencia no fué mayor que la del pétalo de una rosa. No olvidaré su vago mirar a las estrellas, su gemir a las estrellas inmóviles en el cielo...

EN PARIS

El tío Julián, cuando se acercaba el día de la operación, sintió la necesidad de contarme la historia de sus amores con Eloísa. Comprendí yo que aquel hombre iba a morirse, porque sólo en trance de muerte podía escapársele tal confidencia, de la que habría de arrepentirse si salía de la operación.

Fué allá en América. El tío Julián había ganado sus primeros miles de pesos en un negocio de curtidos. Cerca de su almacén, que era un tinglado todavía, en las afueras de la gran ciudad, vivía un fotógrafo modesto, atenido a hacer retratos para pasaportes y cartillas de identidad: un fotógrafo de ínfima categoría, que trabajaba con una máquina vieja y utilizaba como galería el ángulo de un corralón.

Se trataba de un español fugitivo. Empleado de un Banco de Barcelona, se había jugado una suma que no pudo reponer; para eludir la acción de la justicia emigró a América y allí se procuraba una existencia miserable ejerciendo como oficio lo que antes fuera una distracción. Pésimo aficionado, sus negocios no prosperaban, y como no se atrevía a intentar otra cosa, ni siquiera a transitar por las calles céntricas, solía pasar hambre. Todo esto lo averiguó el tío Julián interesadísimo porque el fotógrafo tenía una hermosa mujer. El tío Julián se había enamorado de aquella mujer del modo que nos enamoramos los de este linaje: del modo primitivo, instintivo y salvaje, del modo simplemente específico.

Nuestra característica es poner al servicio de un instinto o de una pasión todos los recursos y astucias de la inteligencia; los de mi estirpe somos malhechores metódicos, reflexivos y cautelosos. Para conseguir a aquella mujer hermosa y desvalida, el tío Julián se trazó un plan sinuoso, escalonado y complejo, que fué poniendo por obra paulatinamente. Lo primero, trabó amistad de vecinos con el fotógrafo y fué ganándose su confianza. Veía a Eloísa con frecuencia. A Eloísa, que tenía entonces veinticinco años, empezaba a ajamonarla su matrimonio infecundo. Era una rubia, de un rubio fuerte, casi castaño, mórbida y sonro-

sada, con los ojos garzos y la boca túmida, muy encarnada. Ni los disgustos ni la alimentación deficiente atenuaban su color ni su aspecto de hembra vigorosa.

Eloísa acogía con agrado al compatriota franco, un poco brusco, pero atrayente por sus cualidades de hombre de acción. El fotógrafo era un hombre lacio, desmedrado y pusilánime. Había jugado porque se lo llevó un amigo de "juerga"; había bebido porque el amigo bebía, y ofendió a Eloísa con otra mujer porque el amigo se la puso delante. El amigo le incitó a desfalcar, asegurándole el desquite... Eloísa vino a América con el desgraciado porque en Barcelona se hubiera tenido que poner a servir. Intimamente, debía despreciar a un hombre sin voluntad, en toda ocasión débil como un trapo.

El tío Julián, conocidas las circunstancias y situación de sus vecinos, supo esperar. Esperar mucho para obrar rápidamente en el momento oportuno, es otra característica nuestra.

Un día en que el hambre les mordía fieramente al fotógrafo y a su mujer, fué ella quien arrostró el sonrojo de pedirle unos pesos a Julián Aduín. El marido, ni aun retorciéndosele el estómago, era capaz de un acto así. Fué la infeliz la que dió el primer paso.

El tío Julián remedió generosamente la situa-

ción de sus vecinos. ¿Cómo se entendía? ¿Pasar apuros unos compatriotas, unos amigos, estando él allí? No les perdonaba que hubiesen tardado tanto en acudir a él. Lo que iban a hacer era cambiar de rumbo.

—Es una tontería que se obstine usted en hacer mamarrachos, sabiendo, como sabe, contabilidad y teniendo práctica mercantil.

El fotógrafo se puso lívido.

—Si no fuese para su bien y porque le estimo, yo no le diría esto. Tranquilícese. Un mal paso lo da cualquiera y más habiendo de por medio barajas... y lo otro. Pero el que lleva dentro de la sangre ser un granuja, no da más que un mal paso, y usted es una persona decente. Lo prueba el haberse dedicado a manchar papel bromuro en vez de buscárselas por otro camino. Pues eso se acabó. Usted va tirar la máquina y las cubetas y va a venirse a mi almacén a trabajar en lo suyo, en los negocios. ¡No hay que pensarlo más!

Cayeron en la trampa la mujer y el marido. El tío Julián le dedicó a Gerardo a las compras de pieles, para lo que tenía que viajar casi de continuo, dándole sueldo y una buena comisión. Desde el primer día le confió sumas considerables.

Durante las ausencias de Gerardo, el tío Julián empezó el asedio. Visitaba a Eloísa, solicitaba de ella servicios insignificantes y la hacía re-

galos que iban, progresivamente, aumentando de valor. Ella se dió cuenta bien pronto de las intenciones del amigo.

—Le agradeceré a usted, Julián, que no me visite mientras viaja Gerardo, y en cuanto a sus obsequios, le anuncio que no recibiré ni uno más.

El tío Julián respondió, sin inmutarse:

—¿Es posible, Eloísa, que le guarde usted tanto respeto a un perdulario, que la estaba dejando morirse de hambre y que ni siquiera la sabe querer? Ni para sostener sus vicios, ni para darle a usted lo que se merece se le ocurrió a ese desgraciado otra cosa que jugar. Si yo hubiese encontrado por el mundo una esposa como usted, para ella hubiese ganado toneladas de pesos; pero por el camino del trabajo, como deben hacer los hombres.

Eloísa calló un instante. "Vi—me decía el tío Julián—que menospreciaba a su marido, y comprendí que ya era mía. La mujer, cuando tiene que compadecer a su hombre, empieza, sin darse cuenta, a serle infiel. A las hembras, sobrino, hay que fascinarlas siempre por la fuerza, por la superioridad." Sin embargo, Eloísa replicó:

—Si la protección que nos viene dispensando es para conseguirme, abandónenos a nuestra desgracia, señor Aduín. Yo soy una mujer honrada.

—No voy a negar lo que está a la vista—dijo

él—. La quiero a usted, me he prendado de usted y, si fuera usted libre, el hacerla mi esposa sería para mí cuestión de vida o muerte. Vea cómo mi desgracia es mayor que la suya: encuentro mi tesoro en manos de un pillastre y no se lo puedo quitar espantándole de un puntapié. Sea usted honrada a su modo, Eloísa, encubriendo a un raterillo, sin poder presentarse en el mundo, privada de todo placer, de todo lujo, de toda alegría por seguir al qué cayó ofendiéndola, y ni la merece a usted ni la estima. Está bien. Yo respeto esa equivocación. Pero no me prive de su amistad; cédame, a lo menos, esa pizca de cariño.

"Tolerar una mujer el trato, la amistad y, lo que es grave, tomar el dinero de un hombre que le ha planteado la cuestión—me decía el tío Julián—, es prometer. Yo sabía ya que Eloísa iba a caer en mis brazos. La esperanza avivaba más mi deseo. El deseo se apoderó de mí: yo no pensaba más que en Eloísa, en sus labios, en su piel, que transparentaba las venas, en su aroma particular."

Al decirme esto el tío Julián, yo recordaba a Lydia y la evocaba en mis sentidos. "Enloquece uno—decía él—. No hay crimen que asuste con tal de llegar al fin, de tener a la mujer que nos parece ya nuestra porque ha solicitado toda nuestra vida..."

El tío Julián esperó, abrasándose, lo que tenía que suceder. Gerardo jugó y perdió; buscó el desquite y perdió más. "Yo fingí que no me daba cuenta del desfalco y le di más dinero. Naturalmente, aquel sinvergüenza volvió a jugar, siempre soñando con reponer lo robado. Cuando la cantidad fué de importancia, le llamé a rendir cuentas. En la carta le decía que, caso de haber correspondido a mis favores con una pillada, le denunciaría sin piedad para que pagase lo mío y lo de Barcelona. El resultado estaba previsto: huyó."

—Y bien—le dijo el tío Julián a Eloísa—. ¿Y ahora? Ya la ha abandonado a usted ese canallita. Tengo entendido que con mi dinero se divierten él y una italiana de mala vida. Ya es usted libre y yo la quiero. Decida usted.

"Se entregó—decía el tío Julián—llorando como una víctima, para despertar en mis brazos como vencedora. Ellas son así."

"Dejé pasar—seguía la narración—los primeros días de frenesí, de desvarío, para arreglar la cuestión. La hice ver que, no pudiendo casarnos, lo más prudente era atraer al marido. Yo le perdonaría el desfalco y haría más: le daría lo necesario para restituír el de Barcelona. Corría de mi cuenta gestionar la rehabilitación. "Así—le decía yo a Eloísa—podrás presentarte en todas par-

tes como una señora, podrás divertirte y lucir." Ella se resistía al engaño, la repugnaba; pero yo insistía, y entre tanto, le mandaba emisarios al fugitivo para que volviese sin temor."

Acudió Gerardo a una entrevista secreta con el tío Julián. El tío Julián le prometió perdonarle si le juraba no jugar nunca más, juramento que, naturalmente, hizo Gerardo de la mejor buena fe. En cuanto a lo perdido, lo iría amortizando con su trabajo poco a poco. Convenidos, lo difícil era la reaparición.

—Yo no tengo valor—decía el pobre—para presentarme a mi mujer.

—Está ofendida y con razón; pero déjeme usted a mí ese asunto.

Eloísa hubo de resignarse. La traición fué llevada a sus últimas consecuencias ante la duda de que un nuevo ser pudiese venir al mundo sin honor.

"Con la brevedad que el caso requería—acabó el tío Julián—los reconcilié."

Yo, al llegar el tío Julián a este pasaje de la historia, no pude contener esta exclamación:

—¡Bien jugado! ¡Es usted un hacha, tío Julián!

—¡Un hacha!—me contestó melancólicamente—. Ahora verás el hachazo. El marido descubrió el adulterio y se pegó un tiro. Había sopor-

tado la vergüenza de ser ladrón, pero no pudo sobrevivir a la pérdida de su amada.

—¿Y Eloísa?

—Eloísa se dió cuenta de toda mi intriga y me aborreció. Yo le ofrecí casarme con ella, buscar el modo de arreglar luego los papeles para que el hijo que iba a venir llevase mi apellido... Pero ella lo rechazó todo. Nos odiábamos; no podíamos vernos sin sentir un furioso deseo de acusarnos; nuestras carnes se repelían con estupor. Esa mujer y yo hemos sufrido mucho; nos separaba un cadáver y nos juntaba un nuevo ser. Si el dolor redime, mi culpa debe ya serme perdonada. Ante mi hija he sentido, a la vez, el espanto y el amor. El crimen era ella, la niña inocente. El que roba puede restituir, puede quemar lo robado; el que mató puede olvidar al muerto; yo había de ver en mi hija, juntos, el efecto de mi crimen y el objeto de todos mis amores. El mejor bien que pudiste hacerme, sobrino, fué proporcionarme la ocasión de darla un beso.

El tío Julián desapareció tres días después. Morir, había muerto ya cuando me hizo esta confesión; en ella dió su alma.

MILLONARIO

No sé si Dios, en su infinita misericorida, habrá perdonado al tío Julián. Yo no le perdoné. Con sus millones me había encanallado. Me encontré como quien ha vendido su alma al demonio y ya no puede rescindir el contrato.

Reconozco y declaro aquí que yo soy peor que el tío Julián. Mas veamos qué fuerzas actuaban en aquel momento para imprimir una dirección a mi voluntad. El tío Julián sobornándome para encubrir una sucesión ilegítima, dañada; Lydia poniendo su caricia total de carnada en el anzuelo, pues ya no dudaba yo que salió a la playa con el mismo designio mío de asegurarse la fortuna—¡ah!, ¡y cómo encubrió en comedia de pudores y arrebatos su codicia!—; la madre de Lydia obrando como la celestina más vil, y la mía, mi madre, sazonando con su aberración la mezcla de tanto veneno. ¿Qué se podía esperar de mí?

El tío Julián me había entregado los documentos y dinero más que bastante para legalizar la herencia y entrar a disfrutarla sin moverme de París. Me encontré de pronto dueño de una enorme fortuna en la gran ciudad. Todos los placeres, todos los vicios me solicitaron con apremio; mas como no tengo temperamento de disipador, la

orgía me fastidió en breve. Entonces me recogí en mí mismo para trazarme un plan.

Ni un solo instante pensé en casarme con Lydia. En renunciar a la herencia, tampoco. Soy un ladrón, lo afirmo categóricamente: soy un ladrón. Sin embargo...

Siempre en el corazón más depravado hay un destello de la divinidad, un deseo de ser bueno. Un hombre no puede ser malo absolutamente. Es demasiado pequeño para alcanzar esa jerarquía del arcángel rebelde. Siempe habrá del malvado a Satanás la distancia que de un santo a Dios.

Mis malas pasiones no aniquilaron nunca esa esencial inclinación a la bondad que existe en el fondo de todo humano corazón. No hay criminal irredimible...

Como la de un amanecer de tempestad, mas, al fin, como la de un amanecer, en mi conciencia alboreaba una luz: yo podía ahora conquistar..., comprar a fuerza de generosidades el cariño de mi madre, rendir su corazón. Si yo hacía ricos a mis hermanos, si hacía rica a Lydia también, si lo repartía todo, ¿no se vería mi madre obligada a quererme?

Ella malogró este intento mío. En los primeros días, irritada e irreflexiva, me escribió una carta plagada de insultos; después, con más cálcu-

lo, otra llena de insidias. Venía a decirme que mi victoria sobre Pucho no era tal victoria. "La riqueza, por sí misma, envilece. Siempre estará más alto quien nada tiene, porque no mintió." En la segunda carta la puñalada fué certera: "Te admiro. No sabrás nunca enamorar a una mujer; pero supiste conseguir rápidamente la fortuna."

Así, pues, ella le atribuía a su Pucho cualidades de Don Juan, de que yo carecía; en eso consistía su superioridad. Mi propia madre, desde su plano de mujer, admiraba al lindo "niño pera"... ¿Ah, sí? ¡Pues en ese terreno aniquilaría a mi rival!

Tu Don Juan, madre, va a resultar un magnífico buey.

Al día siguiente tomé el sudexpreso camino de Madrid.

LA FAMILIA

He almorzado en casa de Isabel. Es una casa en que se siente uno saturado de alegría y de paz. Viven muy bien Isabel y Mariano. Han decorado primorosamente el piso principal de su casa propia. Todo brilla: las paredes, los cristales, el pavimento. El despacho de mi cuñado es señorial; el gabinete de Isabel, un camarín de novela.

Es feliz mi hermana. Su marido triunfa y su

hijita se cría muy hermosa. Ya me conoce la criatura, me llama con sus manos gordezuelas y ríe mostrando sus encías de coral. Fernandita tiene los ojos muy grandes y azules, casi redondos al abrirlos para mirar con ese gesto de extrañeza tan propio de los niños. Mi hermana la viste como una muñeca, sobre todo cuando sabe que voy a ir yo. Fernandita es, en efecto, una muñequita preciosa. No hay seda tan sutil y brillante como su cabello ni rosa como la rosa de sus mejillas. Me la como a besos.

Mi hermana Isabel está muy hermosa. El criar a su hijita no la daña; antes bien: obediente al médico, se sobrealimenta metódica y hace ejercicio, con lo que se está robusteciendo a la vez que cumple espléndidamente su natural obligación. Cuando acabe va a salir hecha una matrona soberbia. Su marido está más enamorado cada día. Hay que reconocer que ella es una mujer que merece toda la vida y toda la ilusión de un hombre.

Como siempre, me han recibido con alborotada alegría. Mariano se desvive porque yo vea su contento y su gratitud; me da cuenta de sus estudios y de sus medros profesionales. Vale mucho este hombre tan leal y optimista, que tiene una salud eufórica.

Yo habré hecho y habré de hacer todavía mu-

chas cosas malas; pero también he instaurado este hogar venturoso.

Se quejan Mariano e Isabel de que vengo pocas veces. Ellos no saben lo desesperado que es mi infierno después de asomarme a su gloria.

Isabel me habla de Pucho como si yo ignorase lo que sucede. La pobre no sospecha de mí. Pucho—me dice—ha agotado ya su dinero y su crédito; sus amigos le huyen porque "da sablazos", pues ha agotado también su haber de dignidad. Ahora acude a mi madre, y hasta ella se ha visto obligada a negársele.

—¿Qué me cuentas?

—Lo que no quisiera contarte. Al negársele mamá, Pucho la ha faltado al respeto. No sé qué la diría; debió de ser algo gordo, algo brutal, para que ella viniese a llorarlo aquí. Lo lloró y..., ya la conoces, acabó pidiéndome dinero para dárselo a Pucho.

—¿Y tú?

—Yo no hago nada sin permiso de mi marido.

—Y yo—intervino Mariano—no me creo con derecho a mermar lo que conceptúo un sagrado depósito, para sostener los vicios de un gandul.

Estábamos a los postres cuando se presentó mi madre inopinadamente. Me ha saludado, dándome un beso, y me ha hablado con cordialidad, no me atrevo a decir que con cariño. Desde aque-

lla escena terrible en que me declaré ante ella el amante de Lydia antes y después de ser su nuera, apenas nos habíamos visto. A solas, ni nos hemos vuelto a ver, ni yo daré lugar a que nos veamos. Creo que me ha mirado como no me miró nunca. ¿Será una ilusión mía? ¿Habré vencido a mi rival? ¿Empezará mi madre a despreciarle desde su plano, desde su punto de vista de mujer?

Mi madre está vieja; le deslustran el pelo unas canas amarillas, le faltan pestañas, todo su rostro se abolsa y se va tiñendo de morado. La estamos matando poco a poco entre Pucho y yo.

Como la presencia de mi madre me inquieta, me he despedido pronto. Ella me ha vuelto a besar, esta vez con los ojos arrasados, sus ojos tan tristes, casi sin brillo. ¿Qué significa esto? ¿Me irá a querer al fin? ¿Es posible que me vaya a querer ahora, cuando sabe que mi traición, que mi crimen continúa? No es verosímil. Lo probable es que trate de ganarme para acabar pidiéndome dinero con que atender a las demandas de su ídolo.

Sale Mariano a despedirme, y al llegar a la puerta, tira de mí y la cierra con ruido, dejándome dentro. Ha puesto el índice en sus labios e insiste en tirar de mí. Le sigo, intrigado, a su despacho. Mariano va a comunicarme algo grave,

lo leo en su rostro. ¿Sabrá? ¿Me irá a hablar de Lydia?

Nos hemos sentado frente a frente.

—Bien sabe Dios—empieza—que no quisiera comunicarte nada desagradable, Fernando. Espero que me disculparás.

Me pongo en guardia y replico con acritud:

—Sin rodeos; habla.

—¿Tú no has sospechado nunca de la seriedad de tu padre? A mí, esos hombres que le dan a su rostro la inmovilidad de una careta de cartón, me han parecido siempre máscaras.

—Vamos, suelta ya.

—Tu padre hace muchos años que tiene queridas. En su *picadero* no es el hombre fúnebre que conocemos nosotros.

—No me sorprende la noticia. Mi padre se divorció a los pocos meses, tal vez a los pocos días de casado. El y mi madre, apenas iniciada la vida conyugal, se encontraron, estupefactos, con que no se querían. De ahí arranca todo. Tiene queridas. ¡Que las tenga!

—Es que la última, la de ahora, lo engaña con un chulillo y lo saquea. Mientras ha sido un hombre, supo nadar y guardar la ropa. Ahora, de viejo, siente por esa mujer una pasión senil. Ha vendido los valores, que supo conservar, y es-

catima en su casa lo más necesario. Tu madre ha llegado a pasarse un día entero sin comer.

—Eso ya es tremendo.

—En el matrimonio hay disgustos graves porque ella ha descubierto la verdad, y él, al ser acusado...

—¿Qué?

—La pegó.

No le contesté a Mariano. Sus revelaciones causaron en mí un gran dolor. Otro valor moral que se iba al lodo...

—Yo — seguía Mariano — la daría dinero, ¡figúrate!, con alma y vida; pero sé que volverá a quedarse sin comer por entregárselo a Pucho. ¿Qué te parece?

—Que no le des un real.

—He pensado que Isabel la invite a venirse a esta casa.

—No aceptará.

—Lo mismo temo. ¿Qué hacemos en este caso?

—Nada. Al menos, a mí no se me ocurre nada.

DESPUES DE LAS BODAS

Volvamos al pasado. Después de las bodas de mis hermanos sentí un gran deseo de paz. No era santo este deseo. Mi venganza de todos los agra-

vios había sido cumplida: Pucho, marido de Lydia y rico por mi generosidad. El espectáculo de su boda me proporcionó una perversa delectación. Ya estaba satisfecho. Me contentaría con estarlo ante mí mismo; no humillaría a mi madre descubriéndole la verdad. Quería yo vivir tranquilo.

Lydia podía ser dichosa con dinero y con la pareja de baile que tanto le gustó. Callaríamos ambos. Olvidaríamos. Así quería arreglar las cosas mi egoísmo.

Busqué a Narda. Si encontrase a Narda como la dejé, la ofrecería mi nombre y mi riqueza; ella tendría que confesar su error al juzgarme, me querría de nuevo y hasta era posible que yo llegase a ser feliz.

Encontré a Narda mujer de otro, con la vida y el amor de otro en las entrañas.

El amor bueno, el amor honrado, el bien, truncaban mi camino.

Aquel día he llorado, juzgando imposible mi redención.

En este estado de ánimo conocí a Olga. Ignoro por qué razones biológicas las mujeres del tipo de Olga son las que más me gustan. Siento la que llaman afinidad electiva ante esas morenas altas y macizas, de carne de molusco, cuya flexibilidad terrible me recuerda las trompas de los elefantes. No prenden mi fuego los ojos claros,

en los que siempre encuentro algo infantil e inexpresivo. En cambio, la chispa de unos ojos negros me incendia.

Pensando en esta predilección de mis sentidos, he analizado mi complexión, mis signos y estigmas, y creo descubrir en todo ello la raigambre de alguna raza oriental, cuyos avatares se revelan en mí. Las costas de Atlántica son traidoras; están erizadas de sirtes y escollos, de bajos que son estratos cortantes en los que se rajan los cascos de acero en los días de niebla, como cascarones de huevo con un cuchillo. Esto sucede hoy, a pesar de las cartas minuciosas y de los balizamientos profusos. En lo antiguo, los barcos de vela con casco de madera se perdían en proporción mucho mayor. Hay pueblos enteros formados con despojos de naufragios. El maderamen de sus viviendas procede de las cuadernas y quillas; hay puertas de caoba, escaleras, muebles de maderas raras, cordajes, faroles y hasta vajillas y ropas del mismo origen. ¿De qué comerciantes turcos, de qué piratas argelinos, náufragos quedados en aquellas aldeas, desciendo yo? Advierto en mi sangre la influencia de antepasados exóticos. Los cruzamientos habidos hasta llegar a mí han ido derivando los caracteres aborígenes. Mi perversidad debe ser, o salto atrás, muy atrás, o degeneración.

Estaba hablando de Olga, que me confesó ser armenia. Olga me retuvo más que otra alguna por el sabor especial de sus caricias. ¿Será Olga de mi raza? ¿Encontré en ella un amor de siglos pasados? Lo cierto es que yo hubiese hecho de Olga mi compañera por mucho tiempo, y quién sabe..., quién sabe.

Olga, al reparar en la sortija del tío Julián, me heló la sangre. Me separé de ella, ocultándola mi secreto terror. Sí, sí; Olga, yo no lo había precisado antes, traía en sus ojos, en el fondo de sus ojos, la imagen de un muerto...

REINCIDO EN EL CRIMEN

Me iba convirtiendo en un negociante. El afán de lucro y las emociones que agitan los patios de las Bolsas y los centros bancarios, me gustaban cada vez más. Mi sueño era acumular una fortuna de muchos millones, ser uno de esos reyes de la industria que los Estados Unidos producen para admiración del mundo entero.

Realicé especulaciones navieras con suerte, manejé unos valores con astucia y vi en poco tiempo muy acrecentado mi caudal. Este género de vida, acuciada por un deseo insaciable, vida absorbente, dinámica, llena de peligros, cuadraba

bien a mi temperamento impetuoso y despiadado. Por otra parte, mi serenidad y mi excelente disposición para el cálculo, mi prudencia y, en fin, un como sentido de orientación comercial, me animaban a seguir.

La mujer iba siendo para mí una de tantas cosas que proporciona el dinero. En relación al precio está la calidad de la mercancía, y yo las podía pagar de las más caras. Fueron mis amigas complacientes muchas bellezas de fama internacional.

En mi alma—pensé—se ha agotado el pequeño caudal que había de ternura; se acabó el querer y el odiar. Aquella madre y aquellos hermanos de España, ¡qué lejos estaban de mí! Hasta el idioma castellano parecíame ajeno. Como un árbol pierde sus hojas en invierno, las palabras españolas fueron cayéndose de mí, y en remolinos se las llevó el viento. Los nuevos brotes eran franceses.

El telegrama de Mariano diciéndome que tenía una hija me demostró mi error. El cariño a mi hermana y a aquella niña nacida de ella, despertaron en mi corazón un ansia inmensa de caricias, de ternura. ¿Seré yo bueno al fin? Hice el viaje con el propósito de ser bueno.

Mas al respirar el ambiente de la familia comprendí bien pronto que estaba perdido. Hablamos

mi madre y yo aquella noche inolvidable en la terraza del *chalet*. Ella me irritó, me desafió..., y yo soy un malvado.

Renuente mi deseo, miré a Lydia, que estaba en sazón de pecar. Tenía ante sus ojos el cuadro de Isabel, madre amada y feliz; su marido era un gausán que no confirmó ilusión alguna y que además la abandonaba. Ella le conocía ya bien.

No escribo todo esto para disculparme. Lo escribo para anotar la observación de que el crimen, lo mismo que todas las semillas, necesita terreno propicio para germinar, y acaso no hay nada que tanto predisponga al crimen como la envidia. Yo envidio a Pucho, lo aborrezco; su presencia me convierte en un lobo; no puedo ver, sin ganas de rasgarla con mis dientes, su carne fofa de linfático, su cara mofletuda, sus ojos vagos y desdeñosos.

He querido asomarme a la ciencia, al estudio de estas enfermedades del sentimiento. En cuanto a mí, se trata de una psicastenia que trae su origen en un anormal desarrollo intrauterino. Mi madre me escatimó su sangre; su naturaleza, obediente a un estado de exasperación y repugnancia, de aversión al huésped involuntariamente recibido, fué avara para mí. Todos sus impulsos tendían hacia el exterior, hacia Pucho, cuya vida encarnaba el único instante de amor conocido por ella.

Me formé imperfectamente, y traje al mundo insuficiencias que determinaron mi desarrollo desproporcionado y precoz, mi anormalidad...

En cuanto a mi madre, el psicoanálisis me da una explicación espantosa. No quiero creer a la ciencia. ¡No la puedo creer!...

Estoy consternado. Hoy me ha dado Lydia una noticia transcendental. Mi crimen germina. ¿Qué va a suceder aquí?

Ante todo...

TERCERA PARTE

EL DRAMA

XII

DELACION

Adela estaba sola. Don Prudencio, después de mal comer, habíase marchado como todos los días. Según pasaba el tiempo se parecía más a un autómata don Prudencio Aduín: sus palabras eran menos frecuentes, y sus acciones más rígidas y maquinales. Todos los días hacía las mismas cosas, los mismos movimientos, con la exactitud mecánica de un reloj. Su cerebro debía ser un conjunto de ruedas dentadas, cremalleras y piñones.

Cosa sorprendente la mutación que acaecía siempre en la misma esquina del mismo edificio. Don Prudencio, al salir de su casa, venía por la calle con el paso que debió tener el famoso hombre de palo construído por Juanelo. Mas al quebrarse en la esquina la línea de su marcha, súbito

se animaban sus facciones, se agilitaban sus músculos y chispeaban, aviesos, los ojillos de viejo depravado. Parecía que su sinovia, antes cristalizada, se hubiese fundido y calentado de pronto.

Quedó Adela completamente sola en aquella tarde de domingo. La única criada salió en disfrute del asueto semanal. Por la casa vacía vagaba Adela silenciosa, como un duende. Claudicaba Adela: entorpecía sus piernas una hinchazón blanca y fría, de vejigas llenas de manteca en cuya superficie queda por largo tiempo la depresión blanca de la yema del dedo que las toca; su rostro iba adquiriendo esa marchitez cárdena de los cuellos de los pavos: venillas azulosas surcaban la rugosa tumefacción.

Sonó el timbre. Adela, después de atisbar por la mirilla, abrió. Era Pucho.

—¿Ha salido papá?

—Ya hace una hora.

—¿No hay nadie en casa?

—No; estoy sola yo.

—Me alegro.

Con un gesto de resignación siguió Adela a su hijo hasta el gabinete. En el gabinete, la sillería antigua había ido perdiendo su color, primitivamente azul; el velador maqueado estaba cojo. Por el mirador se veía la fachada de enfrente,

deslumbrante de sol. Silencio de tarde de domingo en la calle estrecha.

—Y tu mujer, ¿ha salido?

—No lo sé. No me preguntes.

—¡Siempre lo mismo, Pucho!

—Si estás cansada de ver que no nos entendemos, ¿a qué me preguntas? Ella habrá salido en su coche, con su lujo, con su dinero. ¡Es suyo todo! Así lo dispuso Fernando después de robarme.

—Así evitó que lo derrochases. Te conocía tu hermano.

Y mi madre también. Por eso me casó con esa hiena.

—Yo te di un consejo.

—Tú me engañaste de acuerdo con el ladrón.

—¿Te engañamos?—le tembló la voz a Adela—. Explícate: ¿en qué?

—Yo sería rico, yo dispondría de dinero. Y ya ves: hoy me veo avergonzado por un compromiso de diez cochinos duros.

—Yo paso hambre, que es peor.

—Esa es la muletilla que has tomado. ¿A que me vas a negar diez duros?

—¡Si no los tengo!

—¡Ah! ¿No los tienes? De modo que yo, el hijo mayor, el que debía ser dueño de todo, voy a quedar como un cerdo por diez duros. ¡Que te

crees tú eso! ¡Vamos! Déjate de tonterías, y dame ese dinero.

—¡No tengo un céntimo, Pucho!

Pucho se levantó, tirando el velador de un puntapié. El violetero se hizo añicos.

—Pues yo, antes de pegarme un tiro, se lo doy a alguien. ¿Entiendes? A ver: dame las llaves. Si no hay diez duros, algo habrá que los valga. Trae el llavero.

Adela opuso resueltamente:

—No, Pucho. ¡Ya basta! No seguirás desvalijando esta casa como un ladrón.

Pucho miró a su madre como un ladrón.

—¡Dame las llaves!

—¡No!

—¿Que no? Pues descerrajaré.

Iba hacia el armario en donde Adela guardaba sus alhajas, cuando las tuvo. Ella le quiso detener asiéndole de un brazo y consiguió solamente, al ser despedida, caer gimiendo de espanto y de dolor.

—¡Hijo mío!

El armario tenía las llaves puestas. Pucho abrió y empezó un registro brutal: las prendas de ropa blanca eran arrojadas violentamente, eran pisoteados con rabia los estuches vacíos.

—¡Ah, vamos! ¿Has escondido las cosas? ¡Dime dónde están, o no respondo de mí!

Adela se levantó con mucho trabajo. Al caer se había lastimado una rodilla.

—¡Pégame, hijo mío! ¡Mátame! ¡Lo merezco!

—¡Sin pamplinas! Dame ese dinero.

Adela se rehizo; su tono de voz era sardónico y siniestro.

—¡Eres un hombre! Un hombre que no ha sabido conocer que su novia no era pura, ni ha sido capaz de tener un hijo, ni de evitar que su mujer le engañe. ¡Eres un valiente, que ultraja a su madre y que no se atreve a pedirle un duro a su mujer. ¡Hombre! Creí que lo eras. No; ¡eres un eunuco! ¿Y sabes de quién es el hijo que lleva Lydia en el vientre? ¿Quieres que te lo diga?

Pucho quedó paralizado un momento. En seguida salió, sin mirar a su madre. El portazo hizo retemblar todo el edificio.

EL DRAMA

Fernando fumaba paseando por la azotea del nido. El sol bañaba en oro la ciudad llena de rumores en la tarde de primavera y de domingo. Desde la azotea se veía en las calles el hormigueo de la muchedumbre que iba a la plaza de toros y a los estadios de fútbol. Un vaho de vida se ele-

vaba de Madrid. El dolor, expulsado como una escoria, parecía haber subido a la azotea, apoderándose del hombre alto y moreno, de ojos febriles, que fumaba paseando a la vez consumido por la impaciencia y el temor.

El sonido de un timbre le hizo entrar en el pisito elegante y acudir a la puerta por sí mismo, pues estaba solo. Quien había llamado era Lydia.

—¿No has encontrado la llave?

—No. En la calle la debí perder.

—O en tu casa. Quién sabe si te la ha quitado tu marido para venir a sorprendernos.

—Cavilaciones tuyas. El infeliz no tendría valor para eso. Hoy mismo, si me llega a pedir dinero, se lo doy. Pues ni para pedirme dinero tiene entereza. Sé que empeña las alhajas de tu madre. Las mías no se atreve ni a mirarlas. Por supuesto, ni a mí. Hace no sé cuántos días que no nos hemos hablado. Sé que duerme en casa tres noches ya. Acude al comedor, y cuando acude es porque no puede comer en otra parte: el hambre lo humilla hasta tal extremo. A mí me da lástima.

Se dejó caer Lydia en un diván. El amor hecho vida la hacía languidecer; su belleza, antes sencillamente cálida, era ya debilidad, laxitud y misterio.

—¿Vienes cansada?

—¡Muy cansada! He pasado la noche en vigilia. He pensado mucho.

—Quieres una taza de te.

—Quiero comer algo. En casa no he podido vencer mi desgana. El pobre Pucho me miraba, y al rechazar yo cada cosa estuvo a punto de hablar.

Pasaron al comedor. Lydia mordisqueó algunos fiambres, y comió, por fin, mermelada y galletas. Luego tomó unos sorbos de vino de Oporto.

—¡Oh! Esto me reanima. Venía desmayada.

Fernando la miraba, y miraba ella a Fernando, cohibidos, como vergonzosos los dos. Ella se decidió a hablar.

—Fernando: esto que sucede, ¿no te hace a ti pensar?

—Mucho.

—Dime.

—No, dime tú antes.

—Comprendo que decirlo primero es mi obligación. Esto que sucede nos ha hecho pensar a los dos en un cambio de conducta: en poner a nuestra aventura el punto final. Nacerá el hijo de una mujer casada, de la que no se sospecha todavía. ¿Comprendes? Debemos sacrificarle lo que ya, entre nosotros, no es una pasión.

—¡No me quieres ya, Lydia!

—Sí. Y tú a mí. Nos empezamos a querer aho-

ra, cuando se ha apagado lo otro. ¿Vas a negar que digo la verdad?

—No. Dices la verdad. Antes no nos queríamos. Ahora es distinto; ahora somos compañeros de infortunio, hermanos en la desgracia. Esta es la situación.

—Esa es la situación. Comprendemos el error cometido por los dos al no haber sido buenos. Estaríamos casados. ¡Qué alegría entonces saber que nos venía un hijo! Pero fuimos malos, por codicia, por ser ricos los dos. Y no sé cuál de los dos fué peor que el otro.

—Yo.

—Yo. Por ser rica me entregué a ti y engañé a tu hermano. Pero no nos atormentemos poniendo en cada platillo nuestras culpas. El caso es que pudimos querernos y ser felices, y que ya no podemos ni querernos de aquel modo ni ser felices. Nos queda un camino, Fernando, un consuelo: sacrificarnos por el honor y el porvenir del nuevo ser. ¿Quieres?

—Quiero.

—Gracias. Mis entrañas de madre te dan las gracias. Oye mi plan: no volveremos a vernos aquí, no volveremos a amarnos. Yo tendré benevolencia para mi marido; tu madre, estoy segura de ello, me ayudará a conllevar sus debilidades. Lo hará por su nieto. En cuanto a ti, serás el cu-

ñado generoso y por fin el tío millonario que deja su fortuna al sobrino predilecto.

—Seré el segundo tío Julián.

Lydia balbució, muy pálida, los ojos en el suelo:

—¡Te ruego que no me abochornes. Esa culpa no es mía!

—Perdona.

—Fernando—lloraba ya Lydia—, por la vida de nuestro hijo te ruego que aceptes mi plan... y que no hablemos nunca más a solas los dos.

—Tienes mi palabra, pobre mujer—Fernando se levantó; mientras seguía hablando, paseaba con las manos en los bolsillos, mirando donde ponía los pies—. Mañana mismo me marcharé a París. Vendré a España de raro en raro; veré a mi "sobrino"; os obsequiaré a todos... Y únicamente tú y yo cambiaremos unas palabras en secreto cuando se trate de "él", de su porvenir. Este es el plan.

Se oyeron pasos en el nido. Fernando de un brinco fué a la puerta del comedor. Pucho estaba en el gabinete. Se había plantado Pucho en el centro de la estancia, y los miraba a los adúlteros con el estupor de quien ha cometido la imprudencia de provocar un conflicto y le parece mentira. Péndulo estaba el brazo, la mano que asía la pistola.

—Este idiota—dijo Lydia—lo viene a echar todo a perder. Mírale: se ha quedado atónito. No sabe representar la escena de celos: la de marido que descubre la traición. Aquí no hay traición, puesto que yo le dije hace tiempo que tenía un amante y que mi amante eras tú.

Fernando habló despacio, en voz baja.

—¿A qué has venido Pucho? Si no sabes matar, ¿a qué has venido?

Se vió temblar la mano de Pucho al levantarse. Fernando se lanzó a asirla de un zarpazo; el forcejeo fué breve; sonó un tiro, y la pistola cambió de poseedor.

—¡Me has herido, cobarde!—bramó Fernando al apoderarse del arma—. ¡Morirás como un perro!...

Lydia abrazó a Fernando, que se libró de ella fácilmente; mas no tan pronto como huyera Pucho, a quien puso alas el terror. Renunció Fernando a perseguirle.

—¡Espera!—le dijo a Lydia—. ¡Silencio!

No se percibía nada. Nadie había oído la detonación.

—Bueno. No hay escándalo. Veamos ahora qué tengo yo.

Se dejó despojar por Lydia de la americana.

—Es aquí, en el brazo. Rasga.

Lydia rasgó la manga de la camisa, desnudando el antebrazo nervudo, que la bala había atravesado.

—No me ha interesado más que músculos, puesto que puedo hacer todos los movimientos—decía Fernando mientras accionaba, abría y cerraba la mano—; pero me ha cortado una arteria, porque sangra mucho. Lígame fuerte con cualquier cosa; haz tiras una servilleta.

Lo hizo Lydia pronto, sin aturdirse. La hemorragia quedó cohibida en momentos.

—Eres serena, Lydia.

—Y tú. Nos merecíamos el uno al otro.

—Ayúdame a poner la americana. Bien. Yo tengo un coche en la esquina. Voy a casa de Isabel. Por el camino inventaré una historia. Mariano buscará un médico que sepa callar. Tú, en seguida, te presentas allí, por si ellos han salido. ¿Comprendes?

—¿Puedes ir solo?

—Sí. No hay cuidado por ahora. No gastes tiempo tú.

—Yo tengo otro coche un poco más lejos: en la plaza. Estaré allí pronto: lo que tarde en cambiar por otro este vestido que tiene manchas de tu sangre. Por fortuna, me dejé el otro día aquí un abrigo de seda.

—Hasta pronto.

—¡Me da miedo que vayas solo!

—No hay cuidado. No hay cuidado.

LA CURA

Isabel creyó de buena fe que su hermano se había defendido de unos atracadores, y llamó, angustiada la pobre, a su madre y a Lydia, mientras Mariano corría en busca de un médico de confianza.

Adela ayudó al herido a desnudarse. Le descalzó, le fué quitando las prendas una a una. Al hacer cualquier movimiento, un rechinar de dientes denunciaba lo agudo del dolor. Cuando cayó en la cama gimió al fin:

—¡Madre!

Adela le tomó la mano sana, y le miró al fondo de los ojos.

—¿Ha sido él?

—Sí. Pero no te inquietes: él está ileso.

Adela se estremeció, espantada por el tono en que Fernando dijo esto. Fernando añadió:

—Ileso, porque ha huído como una libre.

Vaciló, amagada de un síncope.

—¡Calla! ¡Calla, por Dios!

En tarde de domingo, Mariano necesitó dos

horas para hallar y traer el médico. Por fin llegó y descubrió el brazo herido, ya lívido e inflamado. En la carne se veían los dos orificios: el de entrada, diminuto como un pinchazo de lezna; el de salida, más grande, con los bordes túmidos en forma de estrella.

Fernando ofrecía al médico su brazo de atleta con aparente impasibilidad.

—Si cree usted necesario desbridar todo el trayecto, hágalo en seguida. Resistiré.

A la vista de las heridas, Isabel había perdido el color.

—Señora—le dijo Mariano a su suegra—, llévese a Isabel, que se nos va a desmayar.

—Y quédese por allá con ella—añadió el médico—. Me parece que no podemos contar más que con esta señora.

—Sí—respondió Lydia—. Conmigo puede contar. Yo le ayudaré, doctor.

Tomó ella entre las suyas la mano de Fernando, que quemaba febril. El médico, después de lavar las heridas, desató las tiras de servilleta que comprimían los vasos, con lo que la hemorragia manó de nuevo.

—Le voy a hacer sufrir algo.

—Lo que sea preciso—aceptó el paciente.

—Usted, señora...

—No se preocupe de mí, doctor.

—Sujete firme.

—Bien.

En busca de la arteria rota, el médico iba seccionando la carne, que se abría en un corte recto y profundo inmediatamente inundado de rojo. La arteria retraída apareció al fin, y, al quedar libre, surtió de ella un chorro rutilante, que fué al pecho de Lydia, describiendo como un rayo de la herida del hombre al corazón de la mujer. Las salpicaduras constelaron el escote de ella, que al sentir una gota en los labios y gustar su herrumbre—¡oh!—quiso sonreír.

El médico atrapó diestro y rápido la arteria con una pinza de presión. Cortado el chorro, en el escote y en el rostro de Lydia quedaron las manchas de carmín, mientras ella sentía correr por su piel cálidos regueros que estarían dibujando en su desnudo como itinerarios sinuosos.

Tras el ligar de la arteria vino el suturar, dejando una gasa entre los labios de la escisión, y, últimamente, el vendaje. Lydia ayudó a todo. Después, mientras el médico se lavaba, solos los amantes, dijo ella:

—He probado tu sangre.

—¿Te gustó?

—Te juro que refrené un impulso de aplicar mis labios al venero.

—¿Me quieres, Lydia?

—Ya sabes cómo. En cuanto sanes te ausentarás.

—Es lo convenido.

TRANSACCION

Después de laboriosas conferencias, Mariano llegó con Pucho a una transacción. He aquí los términos en que la examinaron Mariano y Adela.

—En primer lugar, señora, sepa usted que yo poseo pruebas irrecusables de que Pucho conocía y consentía la infidelidad de su mujer. Hace dos meses que me escribió una carta hablándome de ello y amenazando con la Justicia, si no se le daba cierta suma. El pobre, como no es abogado, ignora la transcendencia de un documento así. No contesté a esa carta; me limité a guardarla en lugar bien seguro.

—Para garantía de la impunidad de Fernando.

—Para eso, señora.

—Está bien.

—Persuadido por mí Pucho de que se le han cerrado todos los caminos, desiste del escándalo, y se aviene a seguir viviendo, en apariencia, con su mujer; pero en realidad separado de ella. Esto, al fin, venía sucediendo hace bastantes meses.

Continuará, pues, la simulación por algún tiempo. Es necesario asegurar al hijo que Lydia va a tener una situación honorable. Pucho ha de recibirle como a hijo suyo, ha de poner su legitimidad fuera de toda duda y maledicencia.

—¿Pucho está conforme con eso?

—Sí, señora. Pucho está conforme con todo si se cumplen dos condiciones: la primera, que Fernando desista de matarle.

—¿Tiene miedo?

—Pánico, señora.

—¿La segunda condición?...

—Dinero. Hemos discutido la cantidad. Pucho la quería de una vez; pero yo, como le conozco, no he pasado por eso. Se le dará un tanto mensual, un setuado.

—¿Dónde está Pucho? — preguntó en un arranque Adela.

—En su casa lo tiene usted. No sale. Hoy ha comido a la mesa conmigo y con Lydia. Como ya habíamos llegado a un acuerdo, ellos dos han precisado ciertos detalles. Pucho se aquieta, se sacrifica por el honor de "su hijo".

Adela miró a su yerno. Una pregunta, una interrogación había en el gesto angustiado.

—No es sólo él quien se sacrifica — contestó Mariano a la pregunta tácita—: Fernando se propone ausentarse, desaparecer de Madrid, de la fa-

milia.—Y subrayó Mariano sus palabras.—Fernando ha dejado obrar a sus pasiones mientras hubo para ello estímulos. Desde que existe un inocente, todos debemos aniquilar amores y odios: para todos es uno mismo el deber. ¿No le parece a usted, señora? De hoy en adelante..., ¡silencio!

EL MANUSCRITO

Fernando había pasado el día tranquilo. Su herida cicatrizaba lentamente, retardada la sanidad por una infección, una septicemia atípica: la fiebre describía una curva térmica caprichosa, bruscas las remisiones y los recargos.

Adela no se separaba del enfermo: ella le velaba en las noches interminables y azarosas.

Al atardecer del quinto día estaban solos en la alcoba los dos. Fernando abrió los ojos lentamente, y miró a todas partes, a su madre, por último, con un gesto de extrañeza.

—¿Estás mejor, hijo mío?

El habló con esa voz de los dementes, que parece lejana:

—¿Quién eres? No te conozco.

—¿Llevas tan allá tu venganza, Fernando?

—No te conozco, no te conozco.

Cerró los ojos otra vez. Respiraba aceleradamente; la fiebre subía.

Aquella noche, Adela se puso a ordenar las ropas y los papeles de Fernando, traídos del hotel en vista de la gravedad que iba tomando la infección. El médico y Mariano se preocupaban, a todo evento, de prevenir responsabilidades.

Entre los papeles de Fernando había un manuscrito, que la madre escamoteó para leerle a solas. No era un testamento, como ella sospechaba: tratábase de un intento de confesión general, de notas truncadas, de párrafos incoherentes.

Adela esperó a que durmiesen todos para leer aquellas páginas. La noche iba pasando silenciosa y negra. En la alcoba del herido se oía el anheloso respirar, y de poco en poco, el bisbiseo de una hoja de papel que pasaba.

A sus horas, Adela suspendía la lectura para dar a Fernando la cucharada de poción o de extracto, que él ingería sin enterarse, abrasado de sed.

Al amanecer, la calentura cedió: el enfermo pasó del delirio a una gran postración, que parecía sueño.

Adela leyó, leyó hasta el final del manuscrito. Después quedó inmóvil, con los ojos abiertos,

sin mirada. Más tarde, su cabeza fué declinando y sus párpados violáceos cayeron: se durmió.

Por la mañana la encontraron muerta.

FIN

Marzo-abril, 1924.

ÍNDICE

Páginas.

PROLOGO 5

PRIMERA PARTE.—Visto por fuera.

I.—Un cuadro de familia..... 13
Los Aduín..... 26
El tío Julián..... 33
II.—Los méritos de Pucho..... 39
Los méritos de Isabel..... 55
III.—Las aficiones de Fernando..... 61
La elección..... 67
Fernando suelta las amarras..... 69
Una visita de cumplido..... 77
Despedida 84
IV.—El viaje..... 89
La casa del "Americano"..... 94
Gestiones en Atlántica..... 100
El "Mirador"..... 106
Los ojos de Lydia..... 109
V.—Lydia sabe bailar..... 117
Novios 126
Episodios menudos, pero trascendentales..... 130
VI.—Novedades 139
La irrupción de los Aduín..... 147
Complicaciones 157
Lo que sucedió en ocho días..... 164
Separación 170
VII.—Nueva situación..... 175
Regreso 180
El secreto..... 182

Páginas.

Una visita que era de esperar..... 187
Mariano Giner..... 190
El cielo gris..... 194
VIII.—Bodas 199
Noticias 205
El pasado no vuelve..... 208
La sortija reveladora..... 211
IX.—Ha pasado un año..... 221
El bautizo..... 223
En el misterio de la noche..... 227
En la pendiente..... 232
En el corazón..... 236

SEGUNDA PARTE.—Visto por dentro.

X.—Atrio 243
Primeras espinas..... 247
Un episodio..... 251
Vivo en mí mismo..... 259
Las visitas del tío Julián..... 262
XI.—Conozco a Lydia..... 267
Esperándola 270
Rivales 275
Me aseguro la herencia..... 279
En París..... 281
Millonario 290
La familia..... 292
Después de las bodas..... 297
Reincido en el crimen..... 300

TERCERA PARTE.—El drama.

XII.—Delación 307
El drama..... 311
La cura..... 318
Transacción 321
El manuscrito..... 323

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
000252479 38